# Novísima Historia Universal,

desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV, por ERNESTO LAVISSE, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París, y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, Profesor de la Universidad de París. Traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. La Historia Universal más moderna y más barata del mundo. 20.000 retratos de hombres célebres, estatuas, cuadros, armas, monedas, monumentos, artefactos militares, naves antiguas y modernas, ídolos, costumbres populares, grabados de época, autógrafos, edificios y monumentos, reconstrucciones, historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en numerosas láminas de colores, mapas, planos, etc.

Tomo I.—Introducción á la Historia, por Michelet.—El hombre primitivo, por E. Lagrange.—Historia antigua de los pueblos de Oriente, por G. Maspero.

Tomo II.—Historia del pueblo de Israel, por Ernesto Renán.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán.

Tomo III.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán *(continuación)*.—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy. Obra premiada por la Academia francesa.

Tomo IV.—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy *(continuación)*.—Historia de la República romana, por Michelet

Tomo V.—Historia de la República romana, por Michelet *(continuación)*.—El Imperio romano, por Víctor Duruy.—Historia de la literatura romana, por Alexis Pierron.

Tomo VI.—Los orígenes (395-1095).

Comienza en este tomo y prosigue en los sucesivos hasta el fin de la obra, la magnífica **Historia Universal, desde el siglo IV hasta nuestros días,** escrita bajo la dirección de los académicos Ernesto Lavisse y Alfredo Rambaud, por lo más notable de la Ciencia francesa.

Tomo VII.—La Europa Feudal.—Las Cruzadas (1095-1270).

Tomo VIII.—Formación de los grandes Estados 1270-1492).

Tomo IX.—Renacimiento y reforma.—Los nuevos mundos (1492-1559).

Tomo X.—Las guerras de religión (1559-1648).

Tomo XI.—Luis XIV (1643-1715).

Tomo XII.—El siglo XVIII (1715-1788).

Tomo XIII.—La Revolución francesa (1789-1799).

Tomo XIV.—Napoleón (1809-1815).

Tomo XV.—Las Monarquías constitucionales (1815-1847).

Tomo XVI.—Revoluciones y guerras nacionales (1848-1870).

Tomo XVII.—El mundo contemporáneo (1870-1900).

R. 43.145

M. Fernández y González

# LA BUENA MADRE

TOMO TERCERO

## EL INFANTE DON ENRIQUE

LA NOVELA ILUSTRADA
**Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.**
**Oficinas: Mesonero Romanos, 42.**
MADRID

# Obras publicadas por La Novela Ilustrada

1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt.
3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
4.—Carmen, Próspero Merimée.
6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
7.—Humo, Turguenef.
8.—El pescador de Islandia, Loti.
9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
10.—La Savelli, G. A. Thierry.
13.—Amor de española, J. B. d'Aurevilly.
15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
18.—Miss Mefistófeles, F. Hume.
19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
20.—Tiempos difíciles, Dickens.
23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
24.—Venganza corsa, P. Merimée
25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
26.—El ilustre Cantasirena. G. Rovetta.
27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
28.—El ídolo de los ojos verdes, P. Brebner.
30.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
31.—La bohemia, E. Murger.
33.—La peña del muerto, por Q. Couch.
167 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
173.—El oro sangriento y
174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
177.—Eugenia Grandet. H. Balzac.
221 á 222.—La dama de la ganzúa, G. le Faure.
223 á 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
251, 252 y 253.—La Maffia; Georges le Faeru.
255.—Aventuras de Gordón Pym, Edgardo Poe.
257.—Werther.—Goethe.
258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
273 á 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
Venganza africana, E. Sué
265 á 272.—El judío errante, E. Sué.
274 á 281.—Los misterios de Paris, E. Sué.
El año 2000, por E. Bellamy.
282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.

### Colección Conan Doyle.

11.—Sable en mano. 12—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

### Colección Víctor Hugo.

35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero.)—284.—El Año Terrible.

### Colección Tolstoi.

44.—Resurrección.
45.—La guerra y la paz.
46.—La sonata de Kreutzer.
47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

### Colección Rocambole, por P. du Terrail.

77. La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luises.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocambole tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de les tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azuas.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96 Los lobos de la nieve..—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color de rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La viuda de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rapto de una muerta.—119. El hilo rojo.

### Colección Dumas.

51 á 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 á 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 á 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 á 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 á 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 á 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 á 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 á 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 á 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 á 158. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 á 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 á 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 á 199. Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

### Ortega y Frías

130 á 138.—El Tribunal de la sangre; 9 tomos.
139 á 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos.

### Mayne Reid

159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los náufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

### Fernández y González

200 á 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos.
204 á 208.—La maldición de Dios; cinco tomos.
210 á 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 á 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 á 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 á 264.—Lucrecia Borgia.—La buena madre, 285 á 289.

### Clásicos españoles

275 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares.
209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo.
241.—Moratín, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras.
244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes.
248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa.
249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado.
250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz.
254.—Romancero del Cid.
256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra.
259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...

# LA BUENA MADRE

## LIBRO TERCERO

### El cerco de Mayorga.

(CONTINUACIÓN)

### CAPITULO IX

EN QUE EMPIEZA Á PARECERLE AL ZURDO NO TAN BUENO EL TRATO QUE HABÍA HECHO COMO HABÍA CREIDO.

Subíase á más andar el sol calentando más de lo justo y amenazando con un día calurosísimo.

—Es imposible, imposible de todo punto—decía Zancudo, pensando en el calor que se preparaba—que una dama tan delicada como ella pueda resistir el sol que hará dentro de dos horas; de seguro que se parará á sestear en algún otero en el camino; marchemos, sin embargo, de prisa, que después nos pondremos al paso de la señora. Pero ¡diablo! se me olvidaba; cuando se engancha á un soldado, se le toma pleito homenaje y juramento, y yo me he olvidado de esto.

Y Zancudo refrenó su caballo, se detuvo, y dijo al Zurdo:

—Empinemos las botas.

—Empinémoslas—contestó el Zurdo, que era hombre de buen tragadero.

Y las botas se empinaron, permaneciendo empinadas un espacio monstruoso.

Oíase el despeñarse del vino por la garganta.

Aquellos dos hombres debían estar huecos, según el vino que les cabía.

El Zurdo dió su bota á Jusepillo, que empinó también de una manera razonable.

—Echemos pie á tierra—dijo Zancudo.

—¿Y para qué?—dijo el Zurdo, puesto algo en cuidado, porque era tuno, y se le figuró que lo que Zancudo quería era quitarle lo que le había dado, y además el cuartago, sacar las herraduras de balde y con ganancia, y dejarle atado con Jusepillo á un árbol, y tal vez zurrado.

Todo había que temerlo de los aventureros, que eran mala gente, y que tanto hacían á *boquillas* como á *cangrejos*; es decir, que tanto servían á sueldo, como se buscaban la vida salteando cuando no había quién los asoldase.

Aunque el Zurdo era hombre bravo, iba sin armas, y causábanle espanto la prodigiosa humanidad, la larguísima lanza y la inconmensurable espada de Zancudo.

—Ya lo veredes para qué quiero que echemos pie á tierra—dijo descabalgando Zancudo; acude, Jusepillo, y ten el caballo y el cuartago.

Jusepillo saltó al suelo listo como una ardilla.

El Zurdo echó pie á tierra con recelo.

—Vámonos entre aquellos árboles, cuya fresca sombra convida, dijo Zancudo, enderezando hacia el lugar que había indicado.

Siguióle siempre receloso y algo mohíno el Zurdo.

Cuando hubo llegado Zancudo al pie de una enorme haya, se detuvo y dijo al Zurdo:

—Arrodilláos.

Y al mismo tiempo tiró de la espada.

El Zurdo dió un salto atrás, y exclamó pálido y descompuesto:

—¿Y es esto una acción hidalga? ¿Qué queréis hacer de mí?

E inclinándose rápidamente al suelo, cogió una piedra y se armó.

—Asustadizo sois, hermano—dijo Zancudo soltando la carcajada—: y por habérsemeos puesto de uñas merecerías bien que yo os diese una vuelta de cintarazos; pero tranquilizáos, que yo no pretendo otra cosa que tomaros juramento.

Y volviendo su espada, la asió por la hoja y presentó la cruz de su empuñadura al Zurdo.

—Venid y arrodilláos—dijo Zancudo.

—Vuéltome habéis el alma al cuerpo—dijo el Zurdo—, que creídome había otra cosa, y resuelto estaba á enviaros este mendrugo de campo á las narices; pero puesto que de juramento se trata, perdonad, y arrodíllome.

Y arrojando el pedrusco, llego y se arrodilló.

—¿Juráis sobre la cruz de esta espada—dijo gravemente Zancudo—, fidelidad y obediencia con todo el pleito homenaje capaz y bastante al caballero del Aguila Roja, que os ha tomado á sueldo, por Dios, por la Santísima Trinidad, por la beatísima Virgen María y por todos los santos y santas del cielo?

—Juro como se me pide—contestó el Zurdo.

—¿Sabéis que por este juramento os poneis bajo el poderío absoluto del señor don Gutierre de Silva, caballero del Aguila Roja, capitán de la compañía franca de los Hermanos de la Selva?

—Lo sé ahora.

—¿Y confirmais vuestro juramento?

—Lo confirmo.

—Si así lo hacéis como le habéis jurado y por el pleito homenaje que habéis rendido, Dios os lo premie, y si no, os lo demande.

—Amén—dijo el Zurdo.

—Alzáos, y vamos á las botas y bebamos y y démonos las manos como buenos amigos y compañeros bajo una misma bandera.

Alzóse el Zurdo y se encaminaron adonde estaban las caballerías.

—¿Sabéis que pienso una cosa, Zurdo?—dijo Zancudo por el camino.

—¿Y qué pensáis?

—En lo de buen herrador, no hay que deciros nada, que ya se ha visto, que seguro estoy que bien puedo con mi corcel, tal como le habéis herrado, correr sin temor sobre pedernales; pero en lo de zahorí, hermano, habéis dado marrón, que paréceme á mí que vos adivinais las cosas cuando ya han sucedido.

—Decíslo porque me temí de vos un mal hecho, ¿no es verdad?

—Cierto.

—Es que yo no os conozco ni poco ni mucho, ni sé cómo os llamáis, ni os he tentado la cabeza, ni os he puesto la mano sobre el corazón, ni os he visto la palma de la mano.

—¿Y todo eso es menester para decirle á un hambre lo que le ha de sobrevenir, compañero?

—Eso y más, amigo.

—Pues bebamos y cabalguemos, que por el camino iremos hablando.

Bebieron, montaron, y siguieron la marcha.

—Pues ya que es necesario que vos sepais quién es un hombre para que le podais decir lo que ha de sobrevenirle, sabed que yo me llamo Melchor Zancudo, que nací hace veintiocho años, por San Juan, en Valladolid.

—¿Y nacísteis de la noche abajo ó del día arriba?

—Nací en el punto en que empezaba el día de San Juan, es decir, á las doce de la noche.

—Buen pronóstico: ¿y quién fué vuestro padre?

—Soy sobrino de un canónigo.

—Pero, ¿y vuestro padre?

—En todos los días de mi vida me han hablado de él, sino cuando tenía quince años, que me dijeron que se murió y que mi madre se murió también, y que mi padre se llamaba Zancudo y mi madre la Polvorosa, y aquí paz y después glória, y yo no volví á preguntar por mi padre, porque no me gusta que me hablen de muertos: el canónigo me enseñó latín y letras humanas, y entré á estudiar derecho civil y canónico en la Universidad de Valladolid, cuando la fundó el señor rey don Sancho IV, que santa gloria haya, y llegué á bachiller, y me divertí de veras con lo gente de la Hampa, y murióse mi tío y heredé y fuí rico y gasté, y quedéme pobre, y metíme á soldado con nuestro capitán, y tal hice, que me hizo alférez, y aquí tenéis que yo soy Melchor Zancudo, bachiller en derecho civil y canónico, soldado y alférez del caballero del Aguila Roja en su compañía franca de los Hermanos de la Selva, y si es menester que sepais más, aquí tenéis mi mano ancha y membruda, y si no callosa como la vuestra, fuerte para la lanza, la maza y la espada, como veréis en la primera ocasión que se presente. Conque vamos, ¿qué decís de mis sucesos?

—Digo que acabaréis pacíficamente y sin cuidados.

—¿Y rico?

—Con algo qué.

—Tenéis razón, porque por mucho que Dios mz dé, siempre acabaré yo en algo qué, si no es que acabo haciéndome sentir de medio mundo cuando me muera; ahora, yo uoy á ser para vos mas zahorí que vos para mí: os estoy viendo zurrado de cuerda hasta que se os levanten seis dedos las espaldas por cualquler quisicosa.

—¡Cómo¡ ¡quél lexplicáos!

—Suponed que un día os presentáis borracho en la compañía.

—¡Y bien, y quél ¿pues para qué han hecho el vino?

—Para que el capitán don Gutierre de Silva mande que os atraquen de agua caliente hasta que arrojeis las entrañas, y que os den después dos docenas de zurriagazos á lomo limpio.

—¿Y qué más?—dijo el Zurdo.

—Suponed que blasfemáis de Dios, de la Virgen ó de los santos porque tengáis esa mala costumbre, ó porque sin tenerla os desesperéis, y que el caballero del Aguila Roja lo sabe.

—¿Y qué sucede entonces?

—Poca cosa; una friolera; que os tienen lo menos un mes con la geta hinchada.

—Pues hombre, ¿qué hace vuestro capitán con el que blasfema?

—Manda que le aten y luego que le apliquen á los labios un hierro ardiendo.

No fué ya una oreja, sino el cogote, lo que se rascó él Zurdo.

—¡Conque sí!—dijo.

—Esperad aún: suponed que un día una doncella, ó no doncella, va al capitán y se queja de que vos la habéis burlado.

—¿Y bien, y qué?

—Según ella sea, se os da un trato de cuerda por trataros con malas mujeres, ó si la que se queja es buena y verdaderamente burlada, os dice: elegid entre casaros con ella ó ser aballesteado.

—¡Diablo! ¡diablo! ¿Pues sabéis que es más estrecha de lo que parece la religión en que me he metido?

—Esperad aún: si tenéis el caballo sucio ó flaco, mal aderezadas las armas, mal cortantes y mal punzantes la lanza, la espada ó el puñal, os ponen á la vergüenza en medio del campo con un letrero feo en medio del pecho, os azotan y os tienen quince días sin sueldo y á media ración.

—Bueno, bien; todo eso está muy bien—dijo el Zurdo—; con perdonar el sueldo de hombre de armas estamos al corriente, y nos libramos de todos esos peligros.

—No vale: todo el que sirve en la compañía, hasta el capellán, que es un bendito, está sujeto á las ordenanzas del caballero del Aguila Roja; pero aún no he concluído: si robáis lo que monta un cornado, horca; si respondéis mal con lo más mínimo de soberbia al capitán ó á mí, que soy uno de los cabos principales ó á cualquiera de los otros cabos, horca: si levantáis calumnia grave al capitán ó al rey, cortada la lengua; si caéis en delito de traición y levantáis puñal ó espada contra el capitán ó los cabos, mano derecha cortada, y horca; si herís ó estropeáis á un compañero dentro del campo, horca.

—¡Pero señor—exclamó ya cansado el Zurdo —¡vuestro capitán ahorca por todo!

—Y decid: ¿qué hacía el buen rey don Alfonso el Sabio?

—Como su señoría nos necesitaba por la rebeldía de su hijo, hacíamos lo que queríamos.

—Pues que se os olvide eso, porque quien sirve al capitán del Aguila Roja, no hace lo que quiere, sino lo que el capitán le manda.

—Pues no le sirvo—dijo el Zurdo refrenando su caballo—, que aunque paga bien, puede perdonarse el bollo por el coscorrón.

—¿Cómo? ¿qué es eso? Voy á deciros otra parte de las ordenanzas de la compañía franca del caballero del Aguila Roja.

—¿Y qué es ello?

—Mirad: desde el momento en que un hombre se pone bajo la bandera de la compañía, pertenece tan por entero á ella, que no puede abandonarla sin exponerse á mucho.

—¿Y estoy yo bajo la bandera de la compañía del caballero nel Aguila Roja?—dijo con algún cuidado el Znrdo.

—¡Pues nol ¿no acabáis de jurar á mi capitán, sobre la cruz de mi espada, pleito homenaje y fidelidad y obediencia?

—Cierto que sí,

—Pues os cogen las ordenanzas del capitán de medio á medio.

—¡Y bien! ¿qué?—dijo ya gravemente amostazado el Zurdo.

—Oid lo que acerca de esto rezan las tales ordenanzas. "Al soldado que abandonare sin licencia del capitán la bandera que ha jurado, donde se le coja se le ahorcará.„ ¿Qué os parece?

—No me parece muy bien.

—Y á mí me parece mucho peor el que os parezca mal: estoy viendo que voy á verme obligado á hacer con vos una de las mías. ¿Qué es esto? vos os ponéis á defender á los miserables, á los traidores que olvidan sus juramentos, á los cobardes que abandonan sus estandartes, á los miserables capaces de todo, porque de todo es capaz el que se ha olvidado del honor y del temor de Dios: buscad, que no faltan, un árbol á propósito para que os ahorquéis de él, que sólo ser ahorcado merece quien como vos piensa. ¡Ya lo creo! como que allá en los malos tiempos del buen rey don Alfonso os acostumbrásteis á hacer lo que os daba la gana y á tener al rey á vuestra merced, entre las puntas de vuestras lanzas, vendiéndoos al que más os pagaba.

—Yo fuí siempre leal al rey don Alfonso, [illegible] pan comía, y á mí no hay que decirme eso, [illegible] tengo más de una herida tomada por el rey, que testifica mi lealtad.

—Pues entonces, seguid siendo leal, y no hablemos más de esto.

—Leal soy yo, porque me sale de adentro; pero á mí no me tiene cuenta eso de ahorcar por todo: y si es todavía tiempo hábil de que yo me vuelva á mi casa, tomad vuestros dineros y dejadme ir en paz.

—Pero venid acá, tozudo y torpe que sois: ¿qué os importa á vos que se azote, se ahorque y se aballestee, si esto no se hace más que por delitos? con no ser delincuente, no os cogen ni los azotes, ni la horca, ni la ballesta: ¿y que se os pide? que obedescáis ciegamente las órdenes de vuestro capitán, que no conspiréis, que observéis buena conducta, que no engañéis mujeres, ni robéis á nadie, que no hagais, en fin, nada de lo que no hace ni puede hacer un hombre de bien, que no seáis cobarde, ni embustero, ni borracho. ¿Qué hay de malo en todo esto?

—Verdad es también—dijo el Zurdo—¿pero quién le libra á uno de una mala voluntad y de un testigo falso?

—Poco á poco—dijo Zancudo—, que mi capitán es hombre de tanto ingenio como valor, y no le engaña nadie, y ya sabe él los que son buenos soldados y los que no lo son.

—Pues si eso es así—dijo el Zurdo—, afírmome en el pleito homenaje y en el juramento, y me declaro ahora más que nunca, soldado, albéitar, médico y astrólogo de la compañía del caballero del Aguila Roja.

—Pues siendo así—dijo Zancudo—, yo os absuelvo, y no siento más que el tiempo que hemos perdido en esta inútil conversación, y que nos hacía falta para adelantar la jornada, porque tal está aquello, que un hombre como vos hace mucha falta, ya sea para herrar y curar los caballos ó los soldados, porque anda por allí la peste negra, y es posible que haya dejado de suceder el milagro que con nosotros no pegue.

—Peste negra tenéis en Mayorga?—dijo el Zurdo—pues afírmoos que en cuanto yo llegue, la peste negra se marcha, porque tengo yo contra ella un remedio á que esa señora no resiste.

—Y decidme: tenéis un medio para que crezca?

—¿Y para qué queréis que crezca esa calamidad espantosa?

—Es que hasta ahora—dijo el Zancudo—, esa calamidad, por milagro sin duda, no ha pegado más que en el campo aragonés.

—Pues dejad, dejad, que si con el campo aragonés ha pegado, no cesará hasta dar cuenta de todos, y pedidle á Dios que, cuando con los aragoneses acabe, no empiece con nosotros.

## CAPÍTULO X

### DE CÓMO ZANCUDO ENTRÓ Á SERVIR TEPORALMETE Á DOÑA JUANA NÚÑEZ DE LARA

Se habían puesto de nuevo en marcha hacía poco tiempo, y en una plática sabrosa y entretenedora pasaron el camino hasta llegar al monte de Torozos, que atravesaron, viniendo a dar al Páramo y arroyo de la Mudarra, donde á la sombra de algunos grandes árboles estaban sesteando, porque ya había entrado el gran color del día, algunos hombres de armas con algunos acemileros.

Los caballos y las acémilas, quitados los frenos, pastaban libremente de la fresca hierba que á la margen del arroyo crecía.

Entre unos copados árboles había armadas tres tiendas, una de las cuales, la del centro, era mayor que las otras.

Avanzado sobre el camino, á caballo, con la adarga en el arzón, y apoyado en la lanza, había un hombre de armas á guisa de centinela.

Cuando vió acercase á Zancudo y al Zurdo con su apéndice Jusepillo, el armado embrazó la adarga, terció la lanza, y saliéndose al medio del camino, dijo:

—¿Qué gente sois? ¿Adónde vais?

—Yo soy—dijo Zacundo, sin apercibir sus armas—, alférez de una compañía franca al servicio del rey, y éstos que conmigo vienen también son de la compañía; y digo esto, sin saber si vos sois del rey ó no lo sois, porque yo nunca entro en tierra de miedo, ni miento, mirando á lo qne puede sobrevenir.

—Nosotros no somos—contestó el armado—, ni de rey ni de Roque, que quien nos paga sueldo es el señor infante don Enrique el Senador, á cuya señora esposa vamos resguardando sin saber adónde va.

—¡Cómol ¡quél ¿está aquí la señora infanta doña Juana Núñez de Lara?—dijo Zancudo—; pues huélgome de saberlo, qué tenía yo deseos de conocer á dama tan principal, de quien he oído contar maravillas, y que priva mucho con su señoría la reina; y si fuera posible que yo la hablase, me alegraría.

—Pues pasad é id á aquellas tiendas que se ven allá abajo, y á los qué guardan la de en medio, decidles lo que deseáis.

—Agradézcoos el favor, hidalgo—dijo Zancudo—, y quedad con Dios, y hasta luego, que bien me parece qne hemos de ir juntos algún buen espacio de camino.

—Placeríame de ello, señor alférez—contestó el hombre de armas.

Y Zancudo, el Zurdo y Jusepillo, pasaron.

Como le habían visto hablar con el guarda los soldados que estaban sesteando á la sombra de los árboles, no se movieron; pero moviéronse, sí, los que guardaban la tienda del centro, que adelantaron cuando vieron qne Zancudo y el Zurdo se acercaron á ella.

A cierta distancia dieronles el alto, y preguntáronles qué era lo que querían, á lo que contestó Zancudo:

—Señores hidalgos, yo soy alférez de la compañía franca de los Hermanos de la Selva, más conocida por el nombre de su capitán, el caballero del Aguila Roja: voy haciendo mi vía hacia la villa de Mayorga, y habiéndome dicho el guarda que está allá en el camino, que aquí para su merced la señora infanta doña Juana Núñez de Lara, no he querido pasar sin hacer acatamiento á esta señora: decidla, pues, si esto es posible, que el alférez Melchor Zancudo desea besarla las manos y ponerse a su servicio.

Retiróse del grupo de guardas, uno de ellos que fué á la tienda y levantó el tapiz.

En aquel momento apareció una doncella joven, bastante linda, dentro de la tienda, inmediatamente detras del tapiz que había levantado el hombre de armas.

—¿Qué queréis? —preguntó la doncella al hombre de armas.

—¿Qué he de querer yo?—contestó éste—: no otra cosa que decir á su merced que aquí hay un alférez aventurero que con su merced desea hablar, y como éste puede ser el mismo por quien su mercer ha preguntado en las ventas del camino, sin que nadie le haya visto pasar, por eso vengo á anunciarlo á su merced, que de otro modo no traería el mensaje.

—Habéis hecho bien—dijo la doncella—, y voy á avisar á la señora.

Y se metió para adentro.

Doña Juana, completamente vestida, estaba echada sobre unos ricos almohadones, puestos en una especie de camilla de tigera muy baja.

—Y bien, Cinta—dijo á la doncella—, ¿qué es eso, ha llegado ya el que esperábamos?

—Creo que sí, señora, porque hay ahí un hombre que se dice alférez de la compañía franca del capitán del Aguila Roja, y ha de ser el que vuesa merced espera.

—Pues que entre al momento—dijo doña Juana.

Y se levantó de los almohadones y se puso de pie.

Tenía un traje verde de vellorí tomado de oro, y como de caza, tocas blancas de una tela semejante á gasa de plata que dejaban ver sus ricos cabellos, y un birrete de brocado con pedrería y pequeñas plumas de garza en el birrete, azules, rojas y amarillas.

Este birrete, que tenía el ala muy ancha, como para defender del sol, tenía todas las apariencias de uno de estos sombreritos de viaje que hoy usan las jóvenes, con la sola diferencia de que era muy rico; en fin, si doña Juana hubiera llevado ahuecadores, entonces no se usaban porque duraba aún en las modas la influencia de la estatuaria, hubiera parecido completamente una de nuestras elegantes, sólo con más viveza en los colores del traje, y en él bordaduras y briscaduras de oro.

Una reina no hubiera podido ir mejor atavia-

da que doña Juana, porque además de lo rico y de lo ostentoso de su traje, llevaba en la garganta alhaite ó collar de gruesas perlas en triples vueltas, grandes arracadas de pedrería, y ajorcas ó brazaletes de oro macizo guarnecidos de perlas, esmeraldas y rubíes.

Unos guantes finísimos, perfumados, la llegaban hasta la mitad del mórbido brazo, y en la mano izquierda tenía un riquísimo ventalle de plumas, esto es, un abanico que no podía cerrarse.

Estaba gallarda y hermosísima doña Juana, y Zancudo, que no la conocía, no pudo menos de maravillarse al verla, de dar un paso atrás y exclamar:

—¡Jesús me valga!

—¿Habéis visto al diablo?—dijo doña Juana.

—No, señora, no—contestó Zancudo, que era muy galante—; no he visto al diablo, sino á un ángel, y porque á su vista sobrehumana he creído morir, he pedido á Dios que me valga.

—De buen humor venís, señor alférez.

—No tengo por qué venir con mal talante, cuando vengo sirviendo á una dama tal como vuesa merced.

—Gracias; ¿y á qué hora habeis salido de Valladolid ó en qué diablo os habeis entretenido que me habeis tenido esperando más de una hora?

—He cogido al vuelo un pájaro que puede ser muy útil para mi compañía, porque es herrador, albéitar, médico, astrólogo, y creo, Dios me perdone, que envenenador, saludador, quiero decir, hombre que conoce las virtudes de todas las hierbas.

—En ese caso—dijo doña Juana, dejando ver algo de siniestro en su mirada—, no habeis perdido el tiempo; y decidme, ¿cuánto tardaremos en llegar á Mayorga?

—Según y cómo: vuesa merced, si quiere sestear y descansar por la noche, tardará dos días; pero yo no tardaré más que uno, porque no pienso parar más que dos horas para descansar y comer yo, y para que coma y descanse mi caballo.

—¿Y no puedo yo andar lo mismo?—dijo doña Juana.

—Indudablemente, si vuesa merced quiere.

—Pues así andaremos—dijo doña Juana.—Cinta, añadió.

Entró á poco la doncella que anteriormente y á una seña de su señora había salido de la tienda.

—Dí al escudero Marcos Lesmes—dijo doña Juana—que entre al momento.

A poco entró un soldadote rudo y perfectamente armado, porque las gentes de los Laras que estaban en la corte, iban de continuo ricamente ataviadas y pertrechadas.

—Oid, Marcos Lesmes—dijo doña Juana—; este hidalgo es el por quien se ha preguntado en las ventas del camino; se llama el señor Melchor Zancudo y es alférez al servicio del rey en una compañía franca que está sobre Mayorga; y como allá vamos, he determinado que el señor Melchor Zancudo sea el que comande, como capitán, mis lanzas, y el que como mayordomo gobierne á la servidumbre que he traido conmigo; entendedlo vos y hacedlo entender á todos los demás, para que le obedezcan; voy á descansar hasta el medio día, y en siendo el medio día por filo quiero partir; id con Dios.

Saliéronse el señor Melchor y el señor Marcos, porque la despedida de doña Juana les había comprendido á los dos, y salióse poco después toda curiosa Cinta á la parte de afuera de la tienda, yéndose detrás de los dos soldados hacia la tienda de la izquierda, á que éstos se dirigían.

Aquella tienda estaba abierta en su parte superior y por la abertura salía humo, lo que no siendo invierno y haciendo un calor de veinticinco grados, demostraba que aquella tienda era la cocina.

Dentro de ella, pendiente de una especie de aro sobre una hoguera, había un gran caldero lleno de carne, hirviendo en un caldo aromático; caldero monstruoso, con cuyo contenido podían alimentarse muchos hombres.

Aquella era, sin duda, la comida de la servidumbre y la gente de armas.

Alrededor de esta hoguera y en brasas aparte, había tarteras y cacerolas que debían contener la comida de doña Juana.

El cocinero y los marmitones estaban completamente entregados á la confección de la comida.

—¡Eh, buena gente!—dijo entrando Marcos Lesmes, acompañado de Zancudo, que abría desmesuradamente las narices para aspirar el aromático, confortante y apetitoso olor de los guisos—; mirad bien á este hidalgo y empezad por hacerle salva con algo de aquel buen vinillo

de Portugal que está en esos zaques, y no os olvidéis de llenar mi taza, y llenar si queréis las vuestras en señal de alboroque, porque este hidalgo, por voluntad de la señora, es el que ha de mandarnos á vosotros y á nosotros y á los pajes, y no sé si también á Cinta, que está ahí á tres pasos toda curiosa.

—Pues si yo mando en ella—dijo Zancudo—consolaréme de lo que necesariamente he de rabiar para mandaros á vosotros, que á lo que me parece, más que de santos tenéis de pícaros é inobedientes; pero venga acá esa taza, que sólo de verla se me ha pegado la lengua al paladar y se me han puesto las fauces secas.

Dieron una enorme taza llena de vino tinto á Zancudo, y éste, volviéndose á Cinta, la dijo:

—¿Queréis hacerme la merced, niña?

Cinta hizo un gestecillo torciendo graciosamente la boca, y acercándose y tomando la taza, dijo:

—Venga, porque no creais que os hago desprecio, pero yo nunca bebo más que á la comida; á pesar de cuyo dicho, Cinta se bebió la mitad del contenido de la enorme taza.

—Parecéisme hembra de poder—dijo Zancudo, y si así bebéis cuando no bebéis, cuando bebáis debéis ser un sumidero; conque, añadió volviéndose al cocinero y á los marmitones. ya sabéis que yo mando en vosotros, pero no sabéis que estoy acostumbrado á hacer que se me obedezca, si no de buena voluntad, por virtud del sopapo; conque que no se me ponga en la triste necesidad de lastimaros; vamos á otra parte, á que allí sepan también que han de obedecerme.

Y salió de la cocina dejando algo mohinos y enojados al cocinero y á los marmitones con su breve y enérgica alocución.

—Vamos á ver niña—dijo Zancudo, juntandose al salir de la tienda con Cinta—, ¿y vos estáis también bajo mi mano?

—Yo no tengo sobre mí mas mano que la de mi señora—contestó con altivez Cinta—, y para que otro tenga conmigo mano es menester que yo quiera.

—Pues siento mucho no tener sobre vos dominio, porque podéis tener por seguro que si encontraba en vos algo que arreglar lo arreglaría.

—Mire no le arreglen á él—dijo Cinta, y quede con Dios, que ya nos veremos.

Y se metió en la tienda de su señora.

Cinta era una asturiana blanca, pelinegra, ojinegra, robusta y mórbida, como de diez y ocho años, y bastante viva; vestía con lujo, como convenía á la doncella de confianza de una rica hembra, mujer de un infante, y era traviesa más de lo que permite el recato femenil.

Pero, según aseguraban todos los los de la servidumbre, que tenían motivo para saberlo, honrada é inconquistable; no se sabía que hasta entonces hubiera querido á ningún hombre, á pesar de que habían andado mucho tras ella pajes y escuderos, únicos que por su categoría de hidalgos podían aspirar á la mano de la hidalguísima María de la Cinta Santaella, que se jactaba de descender no menos que del señor rey don Pelayo.

Marcos Lesmes presentó á Melchor á la servidumbre, á los hombres de armas, á los acemileros, á toda la gente, en fin, que llevaba consigo doña Juana, dándole á reconocer como jefe y mayordomo, después de lo cual y llevándose consigo algunas gustosas provisiones y una gran bota, y admitiendo en su compañía al Zurdo y á Jusepillo, los dos nuevos conocidos se fueron á la sombra de una gigantesca haya, y allí, tendidos sobre la verde grama, se entretuvieron comiendo, bebiendo y platicando sabrosamente, hasta que la altura del sol les indicó que había llegado el medio día.

Entonces Zancudo, empezando á usar de las atribuciones de jefe, llamó á un trompetero y le mandó tocar llamada, á cuyo son se pusieron de pie todos los hombres de armas.

Trajéronles la gran caldera de la comida, y despertada por el bélico son doña Juana, la sirvieron de comer, después de lo cual se emprendió la marcha con intento de ir á tomar el primer descanso en el pueblo de Teso de Almenara.

## CAPITULO XI

DE CÓMO EN LAS CRÓNICAS DE VELILLA DE VALDERADUEY EXISTE EL RELATO DE UNA TREMENDA CATÁSTROFE, QUE NO HAN PODIDO COMPROBAR LOS MÁS PACIENZUDOS HISTORIÓGRAFOS, Y QUE ES LA DESESPERACIÓN DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Llegaron aquella noche después de oscurecido á Teso de Almenara, y doña Juana se alojó en la casa del rico hombre que se llamaba Gi-

meno Díaz de Paredes, que la obsequió como era de suponer fuese obsequiada una dama tal, tan principal y tan hermosa como doña Juana Núñez de Lara, que á más de la prepotencia de su casa era esposa no menos que de un infante de Castilla, tutor del rey.

Tuvo consejo doña Juana con Melchor Zancudo y Marcos Lesmes, y se determinó se permaneciese en el pueblo hasta la media noche, y se emprendiese después la marcha para llegar á las nueve ó las diez del día á Mayorga; y como era posible que, aunque apestados los aragoneses, tuviesen alguna gente sana y cubriesen con ella el camino real de Valladolid, se determinó también que Melchor Zancudo fuese delante como en descubierta con ocho hombres de armas y dos acémilas con víveres, para que no tuviesen que pasar mal rato.

Hubo sarao en casa del rico hombre, al que asistieron todos los hidalgos é hidalgas de la villa para cumplimentar á doña Juana; duró este sarao poco más de dos horas; recogióse doña Juana á las diez para levantarse á las doce, y á la hora en que doña Juana se recogía, Melchor Zancudo con el Zurdo y con Jusepillo, de quienes no se despegaba, no fuera que se le escapasen, y con ocho hombres de armas, emprendió en buen paso el camino hacia Mayorga.

Sucesivamente pasaron por Berrueces, Aguilar de Campos, Ceínos, Villavicencio de los Caballeros y llegaron á Velilla de Valderaduey á las cinco de la mañana, y se detuvieron para tomar lenguas, porque este pueblo era el último por el que se tenía que pasar para llegar á Mayorga.

Zancudo se fué en derechura á la taberna, porque tanto habían bebido durante la noche él y sus hombres que habían dado fin de las botas.

En la taberna se almorzó de lo que se llevaba y se bebió de lo que en la taberna había; y después de bien comido y bien bebido, Zancudo se fué á casa del rico hombre que se llamaba Gudiel Fernández de Zamora, y que, como todos los ricos hombres de aquel tiempo, estaba ya de punta, avivando á sus patanes para que se fuesen á la labor.

Preguntóle altivamente, y en nombre del rey, Zancudo qué noticias se tenían del cerco de Mayorga, y aunque Gudiel Fernández de Zamora era altivo como todo rico hombre, se encontraba sin mesnada ni más que dos malos rocines en la cuadra, al paso que Zancudo llevaba en sus ocho hombres de armas un pequeño ejército, contestó mansamente que nada se sabía sino que los aragoneses, afligidos por la mano de Dios, hacía ya días que ni aun habían pensado en hostilizar la villa, sino que, por el contrario, los de la villa, que eran caritativos, habían salido para auxiliar á sus enemigos apestados.

—De modo—dijo Zancudo—que podemos ir tranquilamente á Mayorga, como si fuéramos á nuestra casa, en completa paz y seguridad.

—¿Pues y quién lo duda?—dijo el rico hombre.—Si queréis yo os acompañaré, porque tengo necesidad de ir á visitar á un pariente mío en Mayorga.

—Gracias—dijo Zancudo—; pero yo me quedo en el pueblo hasta que llegue cierta ilustre persona, por cuya seguridad únicamente os he preguntado si se podía llegar sin obstáculo á Mayorga.

—¿Es la reina esa ilustre persona?—dijo todo apresurado el rico hombre.

—No es la reina ni el rey—contestó Zancudo—; pero fuera de sus señorías no hay otra persona más alta en Castilla que la persona que va á pasar dentro de algunas horas por aquí.

—¿Y quién es? ¿Quién es?—se apresuró á decir el rico hombre.

—Es la señora infanta doña Juana Núñez de Lara, esposa del señor infante don Enrique el Senador, tutor del rey—dijo Zancudo, llenándose la boca con estas palabras.

Sobresaltóse el rico hombre al ver que tanta grandeza iba á pasar por Velilla de Valderaduey, cogiéndole desprevenido y poniéndole en apuro.

Hay que advertir que los ricos hombres no eran entonces lo que fueron dos siglos después, infanzones ó grandes de Castilla; eran simplemente el hombre más rico de una localidad; hoy el rico hombre se llama primer contribuyente, y su influencia y sus atribuciones, si así puede decirse, vienen á ser las mismas, porque ellos son los que son ó hacen al alcalde, los que nombran al diputado, los que gestionan en interés propio todo lo que concierne á la localidad.

Lo mismo acontecía en los tiempos de que nos ocupamos respecto á los ricos hombres, que eran más ó menos ricos, más ó menos influyentes en la cosa pública, según que era más ó menos importante ó rica su localidad.

De modo que el rico hombre de una aldehuela era infinitamente menos rico que el de una

villa importante, y un pobre diablo comparado con los ricos hombres de las grandes villas y de las grandes ciudades; la cabeza estaba en relación con el cuerpo: un ratón no puede tener cabeza de león, ni un león cuerpo de ratón, porque esto sería lo mismo que suponer vivos y en ejercicio una cabeza sin cuerpo y un cuerpo sin cabeza.

Ahora bien: el rico hombre de Velilla de Valderaduey era de los ínfimos, una cabeza de ratón: su territorio se labraba con cuatro pares de mulas, y sus cosechas cabían en una panera no muy grande y en una exigua bodega.

A pesar de esto, tenía su rocín, su arnés y su lanza y su piedra de armas sobre el frontispicio de su casa rural, á la que llamaba, no sabemos con cuánto atrevimiento, castillo, y que no tenía de tal más que cuatro almenas melladas encima de la puerta.

Así es que, cuando este personaje supo que iba á llegar á Velilla de Valderaduey una infanzona tal como doña Juana Núñez de Lara, se sintio cubierto de sudor frío por la imposibilidad en que se encontraba de hacer á tan gran señora un recibimiento digno.

Detuvo, sin embargo, á los peones que se dirigían al campo, les mandó cortar juncia para entapizar con ella la calle Real del pueblo, por donde debía pasar doña Juana, y ramos verdes para haberla arcos de triunfo.

Asimismo se fué á buscar al alcalde y á los del concejo; los sublevó, los alarmó, mandóse que los vecinos se visiesen de gala y se alegrasen mucho y diesen muchos vivas, so pena de ir á la cárcel el que no obedeciese.

Convínose con el cura que él, con el beneficiado y el sacristán y el monaguillo y los hermanos de la cofradía que había en el pueblo, saldrían con capa pluvial, guión y fagot, á recibir y la señora infanta; que con el concejo iría el rico hombre y los mejores vecinos vestidos de gala, que se repicarían la campana y el esquilón, que se saldría al encuentro de la señora infanta, que se la alojaría en la casa del rico hombre, preparada de la mejor manera posible, y que mientras la señora infanta tomaba algún refresco, se cantaría en la iglesia un solemne *Te-Deum*, y tocarían delante de la casa del rico hombre los gaiteros del pueblo, y bailarían al son las muchachas.

Dispuesto todo esto, que era lo que podía hacer Velilla de Valderaduey, el rico hombre, promovedor de todo, preguntó á Zancudo cuánto tiempo tardaría en llegar al pueblo la señora infanta.

—Cuatro horas por lo menos—respondió Zancudo.

—¡Ah! —exclamó lleno de alegría el rico hombre: pues en cuatro horas soy yo capaz de volver de arriba abajo la villa.

Y se entregó con un entusiasmo heroico á activar los preparativos.

—¿Pues veis todo eso que hace el rico hombre y lo que se desvive por festejar á la señora infanta, esposa del tutor del rey?—dijo á Zancudo un labriego taimado, cachazudo y morlaco, que estaba echado contra la pared de la casa del rico hombre; pues antes de que la peste acometiese á los aragoneses, iba y venía á su campo, que estaba á partir un piñón con ellos, y gritaba y nos hacía gritar: ¡viva el rey Alfonso! y decía á todo el que le quería oir, que no había más remedio que oirlé, que la reina era una mala mujer y una ambiciosa, que acabaría por hacer que su hijo el rey don Fernando perdiese la corona, con otras muchas infamias que decía, y que si queríamos ser felices, sólo con el infante de la Cerda podríamos serlo; y esto era porque creía que iban á ganar los aragoneses y que la reina estaba abandonada del cielo y de la tierra, que cuando vió que Dios componía las cosas de otro modo y que la peste venía sobre los aragoneses y los mataba, patentizando que Dios protegía á la reina, porque sólo los aragoneses, y no otros, eran los apestados, y que morían como ovejas acometidas de morriña, y que don Diego López de Haro con otros señores se iban al bando de la reina, cambió el sayo y empezó á decir que la reina era una buena mujer, y los que tenían la culpa eran los que la rodeaban, y que servir á la reina y al rey era servir á Dios, con otras muchas cosas que decía, tan contrarias de las que había dicho ántes, como son contrarios el día y la noche, el agua y el fuego, porque este rico hombre es de los que se ponen al sol que más calienta, y de esta manera, y sirviendo siempre al que ha podido más, ha ido aumentando sus terrones y haciéndose riquillo, que para él la conciencia es lo que menos importa, que está siempre dispuesto á venderla, aunque sea por poco dinero.

—Pues amigo, eso nada tiene de particular—contestó Zancudo—, porque así son hoy todos los de Castilla, y hombre hay que nada tenía

cuando empezaron las trabacuentas del rey don Alfonso con el rey don Sancho su hijo, que, cambiando continuamente de lugar y de parecer, se ha hecho rico y poderoso; la lealtad es cosa que no se usa, y nadie sirve al rey cuando el rey nada puede darle. Quedad con Dios, que voy á meterme con mi gente casa de este rico hombre, á ver si nos dan algo bueno que almorzar.

—¡Pues no han de darosl si servís á la señora infanta, esposa del tutor del rey—dijo el labriego—; os dará lo mejor que tenga en su casa el rico hombre, que os haga buen provecho.

—Sí me hará, aunque no sea muy bueno, que yo tengo grande estómago—dijo Zancudo, y se entró en la casa.

Todo el pueblo andaba alborotado: lo primero, porque había que obedecer las órdenes del rico hombre; lo segundo, porque todos sentían una viva curiosidad por conocer á la señora infanta.

El rico hombre había enviado alguna gente á lo largo del camino, á fin de que con humaredas avisasen la aproximación de la señora infanta.

El cura había puesto en la torre de la iglesia un atalaya para que en cuanto viese la señal voltease la campana y el esquilón, cuyo volteo sería la señal para que el pueblo de Velilla de Valderaduey saliese á recibir á la infanta.

Hubo sus disputas acerca de quién había de decir una salutación á la infanta, si el rico hombre, si el cura, si el alcalde: porque el uno era el representante de los hidalgos del pueblo, el otro el de la comunidad, y el otro, en fin, el de la religión y el de un convento de monjas que en el pueblo había y que se estaba preparando también para salir al encuentro de doña Juana, que, como hemos dicho anteriormente, la clausura era poco rígida en aquellos tiempos.

Por último, como el cura, el rico hombre y el alcalde estaban en muy buena armonía, y cada cual tenía tan buenas razones como sus contrincantes para pretender llevar la palabra, determinóse, para evitar disgustos, que la suerte lo decidiese, y echándose en un cántaro tres pequeños pergaminos enrollados, cada uno de los cuales llevaba el nombre de uno de los aspirantes á orador del momento, agitóse el cántaro, metió la mano el cura, á quien se dió la preferencia por lo respetable de su estado, sacó un pergamino, le desenrolló, y con mucho sentimiento suyo leyó el nombre del rico hombre.

La alegría de éste se aguó en un momento.

—¿Y qué le voy yo á decir á la señora infanta?—exclamó.

—Eso vos lo veréis—dijo el cura—, puesto que os ha tocado la suerte de que seais vos quien la hable; estudiadlo allá con vuestra mujer y vuestra sobrina, que lo que es el alcalde y yo no tenemos que hacer otra cosa que añadir un amén á lo que vos digais.

—Pues ese es el caso—dijo el rico hombre—, qué es lo que se tiene que decir antes del amén?

—Allá, allá vos con vuestra mujer y vuestra sobrina—dijo el alcalde, repitiendo lo que el cura había dicho.

—¿Pero qué entienden mi mujer y mi sobrina de lo que se tiene que hablar á tales príncipes? ¿no sería mucho mejor que el señor cura, que es licenciado, lo escribiera?

—Es que yo soy muy corto de vista y no puedo escribir ni vos podéis escribir lo que yo os diga, porque no sabéis escribir otra cosa que una cruz cuando tenéis que firmar.

—Aquí está el alcalde—dijo el rico hombre—que ha sido maestro de escuela y sabe escribir á las mil maravillas; y se me ocurre una cosa: que diciendo vos, señor licenciado, lo que se debe decir á la infanta, y escribiéndolo el alcalde y relatándolo yo luego de memoria, todos hemos hablado con la señora infanta.

—Sí—dijo el alcalde—; pero vos os habréis llevado la loa y el agradecimiento.

—No, señor—contestó el rico hombre—, porque yo diré á la señora infanta que llevo la voz por lo que soy; pero que lo que digo lo ha dicho el señor licenciado, y que lo habéis escrito vos, y que yo lo he aprendido de memoria.

Esto salvó la dificultad, porque igualaba los servicios.

El cura había pensado, el alcalde había escrito y el rico hombre había aprendido de memoria y había relatado.

Empezóse, pues, la redacción del discurso en el consistorio, y aunque resultó muy corto, no se invirtió en ello menos de hora y media.

El cura andaba torpe y se disculpaba con que él no sabía hablar ningún género de oración como no fuese en latín, y que el romance se le atascaba porque no tenía costumbre.

Al fin, el discurso fué hecho: sacado en limpio por el maestro de escuela, retiróse el cura para tener preparada la procesión para cuando llegase la infanta, y el alcalde emprendió la re

ligera tarea de leer una y otra vez y renglón á renglón al rico hombre el discurso, á fin de que lo aprendiese de memoria, en lo cual se invirtió no menos que otra hora y media.

En esto se oyó el volteo de la campana y el esquilón, y el rico hombre y el alcalde salieron á escape del consistorio para ir á ocupar en la procesión su lugar, vestidos tal y conforme se encontraban, y no atreviéndose á ir á sus casas á vestirse de día de fiesta, no fuera que entre tanto la infanta se les echase encima y faltasen á aquella solemnidad.

Emprendióse, pues, la marcha en el orden siguiente:

Primero, los gaiteros de la villa; después, el rico hombre, el alcalde con el concejo y los hombres buenos; después, el guión de la parroquia y el cura con el beneficiado, el sacristán, el monaguillo, el piporro y el tamboril; luego la cofradía de los agonizantes con sus hábitos morados; después, la abadesa con la comunidad del convento de Jesús, entre la cual iban doncellas coronadas de flores, y con flores en las manos para ofrecerlas á la señora infanta.

Estas doncellas eran las hidalgas.

Después de esto marchaba en montón la plebe, y por ultimo, repantigado en su corcel, con la lanza alta, la adarga embrazada, hinchado como un portugués, el alférez Zancudo, llevando tras sí sus ocho hombres de armas, y pegado á la derecha, porque de él no se despegaban, al Zurdo sobre su cuartago, llevando á la grupa á Jusepillo.

En las casas no habían quedado más que los gatos, porque los perros acompañaban á sus amos.

Cuando la procesión salió del pueblo, no quedó en él más que un habitante: el que en la torre de la iglesia volteaba á badajo perdido la campana y el esquilón; y como el pobre estaba solo, rendíase, y había largos espacios en que las lenguas de bronce no se unían al entusiasmo general.

Desesperábanse con estas cortaduras de campaneo el rico hombre, el alcalde, el cura, y sobre todo el sacristán, que hasta cierto punto era el responsable de aquel mal servicio de las campanas, por no haber dejado, en vez de un hombre solo, dos ó tres; y aunque esto hubiera sido fácil de remediar, y tan sencillo el remedio, no se les ocurrió tomarlo, por más que habían dado en el ítem de la falta.

Así sucede muchas veces que se dejan sin remedio las cosas más remediables del mundo, á causa de un absurdo.

Y seguía el pueblo de Velilla de Valderaduey anda que anda por el camino, alargando el pescuezo á ver si veían algo, y sin ver más que correa y más correa, como llaman los soldados á las carreteras.

Consistía esto en que los hombres que habían salido del pueblo encargados de dar la señal de la aproximación de la infanta con humaredas, se habían dado tal prisa á cumplir su comisión, que se habían adelantado más de legua y media antes de encontrar á doña Juana, ó más bien de verla á lo lejos, habiendo dejado en las eminencias un hombre encargado de repetir la señal.

Se había establecido, pues, una pequeña línea telegráfica, porque entonces había telégrafos: estos telégrafos eran las torres de atalaya, sembradas por todo el país de cumbre en cumbre; estas torres hacían la señal, de día con humaredas, de noche con llamaradas, y había hasta cierto punto señales que consistían en que las llamaradas ó humaredas se repitiesen más ó menos con tales ó cuales intervalos, significando tal ó cual cosa convenida.

En la distancia de Velilla de Valderaduey al lugar á que habían llegado los que habían recibido el aviso de la llegada de la infanta, no había ninguna torre de atalaya, así es que ellos suplieron esta falta dejando, como hemos dicho, hombres en las eminencias, que se prepararon haciendo montones de leña seca, mezclada con leña verde, para producir un humo espeso.

En cuanto los más avanzados vieron á lo lejos la nube de polvo que levantaban doña Juana y su comitiva, marchando por el camino reseco por el verano, se detuvieron, hicieron su humareda, repitiéndola las otras atalayas, y diez minutos después empezaba en Velilla de Valderaduey el campanco.

Salían los vecinos, y andaban y andaban sin ver nada más que la humareda que se repetía, como que la Palomilla estaba legua y media de distancia del pueblo.

Item más: la Palomilla se había detenido.

El prudente jefe de sus hombres de armas, Marcos Lesmes, que con ella se había quedado, no había podido menos de extrañar aquellas humaredas, que para él no eran otra cosa que una señal de alarma; porque, ¿á quién había de ocurrírsele el entusiasmo de los vecinos del pueblo

de Velilla de Valderaduey por la ilustre persona que á él se acercaba?

Era mucho más fácil creer que los aragoneses, algo aliviados de la peste, habían avanzado algunas fuerzas hacia Valladolid, habían visto la nube de polvo que levantaban las cabalgaduras de doña Juana y de su séquito, é ignorantes de lo que pudiera ser, daban la alarma.

En esto consistía la detención de doña Juana.

—¿Qué os parece que hagamos, Marcos?—dijo no muy tranquila la Palomilla, temerosa de ser acometida.—¿Qué significa ese humo que se levanta y se repite allá y más allá?

—¡Qué sé yo, señora, qué sé yo!—contestó Marcos, que aunque buen soldado, estaba cuidadoso, porque no llevaba fuerzas bastantes para resistir á los aragoneses—: esto me da muy mala espina; gente de guerra tenemos cerca, que al vernos hace señal: si vuesa merced me creyera, tomaríamos por este atajo que se mete por tierra algo quebrada, en donde es más fácil la defensa; se acorta además el camino para Velilla de Valderaduey, que es el último pueblo que debemos encontrar antes de llegar á Mayorga: yo enviaré delante cuatro lanzas para que exploren y nos aseguren el camino, y así tendremos tiempo para tomar á la derecha ó á la izquierda, y escapar bien; porque el campo abierto es muy difícil que sea atajado.

—Haced, haced todo lo que sea necesario, Marcos, para que no nos suceda una desgracia.

Tomaron, pues, por un atajo que empezaba á la izquierda, abandonando el camino real, de modo que si el pueblo de Velilla de Valderaduey había de seguir hasta encontrar á la infanta, era muy posible estuviese andando hasta llegar á las riberas del Mediterráneo, porque doña Juana se le escapaba, cruzándosele por el flanco, cubierta por la accidentación del terreno.

Y siguió y siguió la población de Valderaduey sin encontrar nada, á pesar de que habiendo dejado de ver los atalayas la nube de polvo, habían cesado de hacer humaredas.

Las primeras se habían extinguido, faltas de un pábulo ya innecesario.

¿Quién sabía si aquella columna de polvo la habían levantado la infanta con sus servidores, ó una hueste, ó una piara de cerdos, que ya era su tiempo, ó un rebaño de ovejas?

Siguió, sin embargo, adelante el pueblo de Velilla de Valderaduey, porque aunque habían cesado las humaredas, decía el rico hombre:

—¿A qué han de hacer más señales, si ya han hecho las bastantes para que sepamos que la señora infanta viene? Seguidme, seguidme, repitiendo la plática, alcalde, á fin de que se me quede tan bien agarrada en la memoria, que no se me escape ni una letra, cuando á la señora infanta encontremos.

Entre tanto, los corredores que habían enviado delante de Marcos Lesmes, volvieron uno á uno asegurando que en la distancia que respectivamente habían recorrido, no se encontraba peligro alguno, y así, al cabo de dos horas llegó doña Juana á Velilla de Valderaduey, y ganando cerca del pueblo, el camino real, entraron por la villa, asombrándose del profundo silencio que en ella reinaba, interrumpido sólo de tiempo en tiempo por el campaneo.

—¿Pero, señor, qué es esto? —dijo algún tanto azorada doña Juana—; ¿en este pueblo no hay nadie? ¿por qué voltean esas campanas? ¿qué sucede aquí?

Llamó Marcos Lesmes á una puerta, y nadie le contestó.

Se fué más allá, al otro lado de la calle, llamó á otra puerta, y respondió el mismo silencio.

Siguieron hasta la plaza donde estaba la iglesia, y encontraron la misma soledad, sólo que como el vecino que repicaba, único habitante que en el pueblo había quedado, viese en la plaza gentes de guerra, creyó posesionado del pueblo á un enemigo, dejó de repicar, y empezó con toda su alma á tocar á rebato.

Temeroso de un peligro próximo, Marcos Lesmes tomó todas las avenidas de la plaza con sus lanzas, y doña Juana se quedó en el centro con su servidumbre, sudando más de miedo que de calor, aunque le hacía y bueno.

Al ver el de las campanas aquel despliegue militar, apretó en el toque de rebato, y hasta tal punto, que Marcos Lesmes exclamó:

—¡Lléveme el diablo! si yo tuviera aquí un solo ballestero, á fe, á fe que no tocaría más á rebato ese pícaro. ¿Dónde diablos nos hemos metido? Apuesto á que dentro de poco nos toman presos los aragoneses. Pues nó, es menester que el rebato cese; á la torre me subo, si no por fuera á falta de escala, por dentro, y sea lo que Dios quiera.

Y desmontando él, y haciendo desmontar á dos hombres de armas, se fué á la puerta de la iglesia, que estaba cerrada, pero antes creyó

oportuno intimar la rendición al campanero, y empezó á llamarle á voces.

Pero inútilmente, el estruendo que movían la campana y el esquilón, impedía que el que las tocaba oyese lo que le voceaban desde abajo.

No se atrevía tampoco á asomar la cabeza, no fuese que desde abajo le enviasen alguna jara, y tal era su miedo, que le parecía oir en el pueblo estruendo de combate y alaridos de moribundos hechos pedazos por el hierro, y apretaba en el toque.

Lo que oído desde allá, desde el campo, por la población de la villa, entróles á todos pavor, y el alcalde dijo:

—¡Cuerpo de Judas, que nos han engañado! ¿que añagaza ha sido la de esos hombres de armas que nos dijeron que venía al pueblo una infanta? De nuestra villa se han apoderado encontrándola sola, porque Cascarones no tocaría á rebato si no la viese negra.

—¿Pero qué estáis diciendo, alcalde?—exclamó el rico hombre—; ¿cómo queréis que nos hayan engañado los honrados hombres de armas que al pueblo llegaron, si se han venido con nosotros?

—Para matarnos desarmados, en medio del camino—exclamó el alcalde iluminado súbitamente por esta siniestra idea—; pues no, pardiez, que ellos son pocos y nosotros muchos, y ahora mismo veréis lo que se va á hacer.

Y disparándose el alcalde hacia el centro de aquella multitud, gritó:

—Las mujeres, las monjas, los clérigos, los chiquillos y los viejos, dentro; alrededor los hombres, piedra en mano, y á esos pícaros que nos han engañado para que no tomen la villa, y se han salido con nosotros al campo para matarnos.

Soltada esta idea, cundió con la rapidez del rayo.

Hízose en un momento, no el cuadro, sino el círculo, y como todos los hombres de aquellos rudos tiempos de guerra y de exterminio, eran fieros como leones, especialmente los campesinos, más expuestos á las acometidas, en un momento empezaron á llover piedras sobre Zancudo y sus ocho hombres de armas, y tan espesa y reciamente, que hubieron de repararse con sus adargas, y recejar y tomar campo, porque aquello no era una pedrea, sino una tempestad.

Gracias á las buenas armas que llevaban, y á que ninguno de los caballos había recibido una contusión grave, pudieron ponerse fuera del alcance de la pedrea y agruparse y conferenciar sobre aquello.

—¿Pero están locos esos brutos?—exclamó Zancudo mirando á la villa que aparecía en un pelotón, sobre el cual descollaba el guión de la parroquia—; ¿por qué nos apedrean de esta manera?

—Y quién sabe, señor alférez—dijo uno de los soldados—; la verdad es que á mí me han metido en la adarga una lágrima de San Pedro, que me la han hecho un bollo como un puño, y me han hecho ver estrellas del dolor que me ha dado en el brazo, y si me permitís que os dé un consejo, os le daré.

—¿Y cuál?

—Que volvamos cara á ellos, y contra ellos cerremos con las lanzas bajas, á ver lo que de esa gente queda.

—Vos decís eso por lo os duele, Peláez, pero á mí, que no me duele nada, no me parece bien ese consejo; lo que vamos á hacer es dejarlos que recobren el juicio como puedan, y largarnos á la villa, á ver lo que en la villa sucede, porque están tocando á rebato, y ya que enristremos las lanzas y cerremos, más honroso será que lo hagamos contra enemigos que puedan resistirnos, que contra esa multitud que no tiene más armas que piedaas; con qué, ¡sús! conmigo, y á media rienda á la villa.

Y picando al caballo, seguido de las ocho lanzas, tomó la vuelta de la villa, creyendo que antes de llegar á ella tendría que habérselas con los aragoneses.

—¡A ellos! ¡á ellos, que huyen y son pocos—gritaron los hombres del lado por donde huían, ó mejor dicho, corrían Zancudo y sus hombres de armas.

Y se dispararon á la carrera, deteniéndose de tiempo en tiempo para lanzar una nube de piedras que no alcanzaban á los que corrían.

La confusión era indecible, las monjas y las mujeres se habían diseminado por el campo.

El sacristán, con el guión, el cura y el beneficiado, andaban de acá por allá, con el aturdimiento del miedo, que no les dejaban tomar una dirección fija.

Los hombres seguían inútilmente el alcance de los hombres de armas.

El alcalde y el rico hombre voceaban deses-

perados, queriendo recoger aquel rebaño en dispersión.

Todo era trastorno, embrollo, y no saber qué hacerse.

Al fin se perdieron á lo lejos los que corrían.

Los hombres fuertes de la villa, convencidos por último de la inutilidad de su seguimiento, se volvieron.

Recogióse, en fin, a las mujeres y á los tímidos, y se conferenció en pleno sobre lo que debía hacerse.

El toque de rebato seguía cada vez más apresurado, como que el campanero, que no había oído las voces, oía los fuertes golpes que con las potentes mazas descargaban sobre la ferrada puerta de la iglesia Márcos Lesmes y los dos hombres de armas que le ayudaban.

La puerta resistía y daba muestras de resistir por mucho tiempo, porque, como hemos indicado, estaba forada de láminas de hierro.

Esto se comprende: la única fortaleza que tenía la villa contra una invasión, ya de aventureros ó bandidos, ya de una hueste enemiga, era la iglesia, de piedra toda, y fuertemente chapeada la puerta.

Gracias á esto, la resistencia de la puerta dió tiempo á que llegase Melchor Zancudo y se entrase por la plaza.

Entonces se explicó todo.

Melchor Zancudo dijo á doña Juana:

—La villa se alborozó cuando supo que llegaba vuesa merced, y quiso obsequiarla saliendo á recibirla, y para salir á tiempo, se determinó que fuesen delante hombres que, en divisando el acompañamiento de vuesa merced, hicieran señal con humaredas.

—¡Cuerpo de Barrabás! — exclamó Marcos Lesmes—; y yo que vi estas humaredas, y no sabía por qué las hacían, creí que de los aragoneses eran, y tomando con mi señora por un atajo, nos vinimos á la villa.

—Pues ya se sabe lo que esto es—dijo Zancudo—: como en la villa no quedó ni perro ni gato que no saliese á recibir á vuesa merced, ni más que el que repicaba las campanas, éste, al ver hombres de armas, ha creído que se entraban enemigos por la villa, y ha tocado á rebato; oído el cual por los vecinos que iban á recibir á vuesa merced, creyeron que yo los había engañado, y se volvieron contra nosotros á pedradas, haciéndonos correr más que á paso; porque, ¿quién que tenga alma atropella á lanzadas á una multitud indefensa? eso no lo hace más que un cobarde de mala sangre, y gracias á Dios, yo no soy de esos.

Pasado el susto, echóse á reir á todo su talante la Palomilla, y riéndose todos; pero era necesario acabara aquella situación, haciendo que el campanero dejase de tocar á rebato, porque claro era que mientras aquel toque sonase, los vecinos no habían de atreverse á volver á la villa, creyéndola ocupada por enemigos.

Pero todo fué inútil: ó el campaneo cubría las voces de los de abajo, ó si el campanero lo oía, no se fiaba, y seguía tocando con más fuerza,

—Y bien—dijo doña Juana—; dejémoslos con su locura: ¿cuanto falta de aquí á Mayorga, Melchor?

—Una legua y un poco más—contestó el alférez.

—Pues en marcha, amigos míos, en marcha, y á Mayorga: id vos delante, Melchor, para ver si está seguro el camino.

Poco después, todos estaban fuera de Velilla de Valderaduey; se había aguado la función, el discurso era ya inútil, quedóse tendida la juncia por la calle Real, y sin objeto los verdes arcos de triunfo.

El de las campanas continuaba tocando á rebato.

Los del pueblo, que no se atrevían á volver á él, tomaron á buen discurso marcharse á Villavicencio de los Caballeros, villa situada fuera del camino, como á media legua de Velilla de Valderaduey.

En Villavicencio habían visto las humaredas, acerca de cuyo motivo no tenían antecedente alguno, y habían oído y seguían oyendo el desesperado toque de rebato.

Supusieron, como era natural, que de Mayorga se hubiesen corrido hacia aquélla parte fuerzas enemigas, y por lo que pudiera sobrevenir, se pusieron en armas.

Ahora bien: en Villavicencio había más población: el rico hombre era más rico que el de Velilla, y tenía algunos hombres de armas.

Hízoles cabalgar, salieron á las afueras del pueblo armados de viejas ballestas los vecinos, tomaron los altos y se pusieron en defensa, cuando he aquí que por una quebrada del terreno ven asomar un guión de iglesia y luego una turba macilenta, despeada, que se acercaba toda triste y con paso lento.

Destacóse Matías Gil de Sansueña, que así se

BIBLIOTECA 17 Granada ARCHIVO

llamaba el rico hombre de Villavicencio, con cuatro de sus rocines, y encontróse con que lo que se acercaba no era otra cosa que la población entera de Velilla de Valderaduey, sin faltar ni siquiera las monjas.

Maravillóle esto, enteróse, dióle un poco de pavor de que un pueblo vecino estuviese ocupado por el enemigo como se suponía, acogió en su villa á los de Velilla de Valderaduey, armó á los hombres como pudo con armas enastadas en palos los unos, hondas los otros, espadas algunos y ballestas pocos, y allá, á la caída de la tarde, con un ejército de ciento cincuenta hombres, armados como Dios quería, empezó á acercarse, no sin miedo, á Velilla de Valderaduey, en la cual ya no se oía nada, porque como el campanero, que se atrevió á mirar á la plaza, vió que nadie había en ella, que reinaba un profundísimo silencio y que habían cesado las humaredas, lo dió por terminado todo, y cansado de tocar á rebato, echóse á reposar un poco en la misma torre, y entróle un sueño, que ni el de los siete durmientes, por cuya razón todo quedó en un silencio profundísimo.

Era ya cerrada la noche cuando el ejército aliado llegaba á las tapias de los corrales de la villa de Velilla de Valderaduey.

Hay que advertir, que el clérigo, las mujeres, los viejos y los niños de esta villa, por lo que pudiera acontecer, se habían quedado en Villavicencio de los Caballeros, y que sólo avanzaban hacia el lugar pavorosos los hombres buenos y los honrados vecinos de ambas poblaciones.

Tomáronse cuantas medidas de precaución deben tomarse en tales casos.

Entróse por varios puntos de la villa con las armas preparadas, y al fin todos los entrantes confluyeron en la plaza sin haber encontrado á nadie.

Miráronse unos á otros los vecinos, no sabiendo cómo explicarse aquello.

Vieron que sus casas estaban cerrado, sin señal alguna de que nadie hubiese entrado en ellas.

Al fin, el alcalde, con una voz prodigiosamente estentórea, gritó desde la plaza:

—¡Cascarones! ¡Cascarones! ¿estás tú ahí, hijo?

Cascarones, como sabemos, era el hombre á quien habían dejado en la torre de la iglesia para poner en movimiento las campanas.

Cascarones dormía aún; pero tan poderosa era la voz del alcalde, que le despertó.

Reconocióla, y asomándose el arco de la campana, dijo:

—¡Qué! ¿se han ido ya, señor alcalde?

—Sí, hombre, sí—contestó éste—; baja, abre la iglesia y cuéntanos lo que ha sucedido; no tengas miedo, que aquí estamos todos con los de Villavicencio.

Seis minutos después, el campanero estaba delante del alcalde.

—¿Por qué has tocado á rebato?—dijo éste.

—Porque aquí se nos ha metido el infierno—contestó Cascarones—, y no hay que decirme que no, que todavía me están zumbando en los oídos los venablos; me parece que oigo el estruendo de la pelea y el son de los clarines y el alarido de los que caían, el relinchar de los caballos y el crujir de las armas: como que esto ha sido la fin del mundo.

—Pero, señor—exclamó el rico hombre de Velilla—: ¿cómo puede ser eso, si no hay en el pueblo un solo difunto, ni un solo herido, ni se ve por el suelo una gota de sangre?

—¿Y cómo queréis ver nada de eso—contestó Cascarones—, si está oscuro?

—También es verdad—dijo el alcalde—; sabe Dios la carnicería que habrá quedado por esas calles: conque á buscar luces, si es que los vecinos, como yo he mandado, se han traído las llaves de sus casas.

Poco después, no se veían más que luces aquí y allá por el pueblo; pero inútilmente se buscó ninguna señal del combate.

Esto no obstante, nadie pudo convencer á los vecinos de Velilla de Valderaduey de que no habían sido víctimas de una traición y de que no se había dado dentro de las tapias de su villa una recia y crudísima batalla, no se sabía por quién.

## CAPÍTULO XII

### DE LO QUE PASÓ EN LA PUERTA DE SAN PEDRO DE MAYORGA MIENTRAS LLEGABA DOÑA JUANA NÚÑEZ DE LARA

Zancudo adelantó gran trecho de camino sin encontrar obstáculo alguno, y envió á uno de los jinetes á decir á doña Juana que podía adelantar sin cuidado.

Y así, enviándola de trecho en trecho un jinete, llegó hasta la puerta de San Pedro de la villa de Mayorga, que estaba abierta de par en par, y no con gran guarda, como si nada hubiera que temer.

—¿Qué es esto?—dijo Zancudo al cabo de la guarda de la puerta: ¿tan de prisa se lleva el diablo á los aragoneses, que así tenemos abierta la villa, y entrando y saliendo gentes de ella como si tal cosa, y no se da el alto á la gente de armas que llega?

—¡Bah!—contestó el cabo—los aragoneses son pan comido; hoy salió contra su campo, que está en Valdemorilla, el rico hombre Diego Ramírez de Cifuentes, con pocas lanzas y no muchos más peones, y se volvió sin tener con quién combatir, porque aquello dicen que mete miedo y lástima de verlo; ya se ve, como que Dios los castiga por haber venido á poner villanamente en aprieto á una tan buena reina como la nuestra; ¿pero no pasáis, hidalgo?

—No por cierto; porque estoy esperando aquí á una muy noble señora, dama de la reina, que viene por asuntos particulares á Mayorga.

—¿Es decir, que su señoría viene á la villa?

—Que una dama de la reina venga á Mayorga, no quiere decir que haya de venir la reina; su señoría se está en Valladolid, que es más fuerte, esperando á que vayan á cercarla los portugueses, aunque estos señores se mirarán bien en lo que hacen, no sea que Dios les envíe la peste que los aniquile como á los aragoneses; la reina tiene muy buena estrella: cuando le faltan los hombres, y todo la combate, y sus enemigos se alegran porque creen que va á sucumbir, pelea por ella Dios.

—Ya lo estamos viendo en lo que Dios ha hecho con los de Aragón; ¿pero no queréis pasar á un aposentillo que yo tengo aquí cerca de la guarda? Vuestros soldados pueden entrar también, y quitarse del sol, que pica demasiado, bajo los soportales.

—Que me place —dijo Zancudo—, además de tengo sed y algo de apetito, y ya habrá por aquí alguna tabernilla de donde nos traigan de beber y de comer: ¿no os parece bien, amigo Zurdo?—añadió dirigiéndose al herrador, del cual no se separaba, y que estaba en su cuartazgo con Jusepillo á la grupa.

— A mí me parece bien todo lo que decís—contestó el Zurdo, porque sois un hombre muy razonable.

—Ea, pues, adelante—dijo el cabo de la guarda—, y quitémonos de este resistero.

—Adelante, amigos—dijo Zancudo á las cuatro lanzas que le quedaban, porque las otras cuatro habían ido sucesivamente á decir á la Palomilla que podía venir sin cuidado. Poneos á la sombra bajo los soportales, que allá os enviaré yo algo con que os entretengáis; vos, Miguelo venís conmigo.

Inmediatamente detrás de la arcada de la puerta, en medio de la cual se veía suspendido un fuerte rastrillo, había una pequeña plazuela, en la cual empezaban tres estrechas calles; dos, una á la derecha y atra á la izquierda, que correspondían á la ronda interior del muro y otra al frente.

Por la parte de adentro se veían dos fuertísimos cubos, unidos sobre un arco por un lienzo de muralla almenado y con matacanes; á la derecha había una fuerte casa de piedra, almenada también, como formando parte de la defensa interior; en la parte baja de esta casa había unos anchos soportales, donde se guarecieron del sol, que verdaderamente era ardientísimo, los soldados de Zancudo; á la izquierda unas casuchas, en el piso bajo de una de las cuales estaba el aposento á que había invitado á que pasase á Zancudo, el cabo de la guarda; bajo los soportales había ocho ballesteros tendidos, durmiendo á pierna suelta, con las ballestas arrimadas á la pared; bajo la arcada y guarecido á la sombra de ella, un ballestero de guardia, con la ballesta entezada ó armada, que tan pronto estaba de pie, como paseaba ó se sentaba en uno de los largos poyos de piedra que se extendían á uno y otro lado de la arcada.

El servicio de centinela no era entonces tan rígido como ahora; además, en las almenas de la parte exterior de la puerta había otro vigilante.

La estrechez de aquella plazuela irregular, las dos torres de la puerta, las altas paredes de las casas, la soledad, el silencio, el calor, hacían de todo aquello un conjunto sombrío, árido, triste; no pasaba nadie; verdad es que se iba acercando la hora de la siesta y el sol era terrible.

Echaron pie á tierra Zancudo, el Zurdo y Jusepillo, ataron los caballos á una reja de madera y entraron en el aposento del cabo de la guarda, que no tenía más mueble que una mesa, en que había un tintero y algunos pedazos de papel moreno y muy ordinario, como que se le podían

contar los hilos, y un banco largo, negro y grasiento.

Zancudo se sentó junto á la mesa, y sin pedir permiso, tomó uno de aquellos pedazos de papel, y escribió lo siguiente:

"Señor caballero del Aguila Roja, mi capitán. Acabo de llegar de vuelta de Valladolid, y escribo en la guarda de la puerta de San Pedro, de la que no puedo moverme hasta que llegue cierta persona que conmigo desde Valladolid se ha venido, y que se interesa mucho por vuesa merced. No os digo ahora quién es esa persona, porque ella misma os lo dirá muy pronto; únicamente puedo decir á vuesa merced que tiene mucha fortuna, de lo que me alegro. Estoy con gran cuidado por la salud de vuesa merced, y envío con ésta al buen Miguelo para que me traiga una contestación. Guarde Dios y alivie á vuesa merced como lo han menester sus soldados.—*Zancudo.*"

—Miguelo—dijo Zancudo cerrando esta carta y entregándola al soldado—, á ver si en dos trotadas lleváis esta carta al capitán y volvéis por el aire.

El soldado tomó la carta, revolvió su caballo y se metió al trote por la callejuela situada al frente de la puerta.

—Perdonad, amigo—dijo Zancudo dirigiéndose al cabo de la guarda—, el que sin pediros venia os haya tomado papel y haya escrito; urgía, y yo soy así, no guardo cumplimientos.

—Todo lo que hay aquí y mi persona es vuestro—dijo el cabo—, porque desde que os he visto me habéis parecido bien.

—Muchas gracias—dijo Zancudo.

—A Dios sean dadas—contestó el cabo.

—Vos habéis sido fraile—saltó Zancudo.

—Sí y no—contestó el cabo—, porque he sido lego de San Agustín, no aquí, sino en Valladolid; pero vi un día á una dueña fresca y rolliza de veinticuatro años, que acababa de quedarse viuda; nos tropezamos, nos hablamos, supe que ella tenía alguna hacienda y que había ido á un pleito á Valladolid; no conocía á nadie, la ofrecí valerla por los conocimientos de mi padre que era un religioso grave de mucho respeto, y sirviéndola y tratándola y habiendo ella ganado el pleito por los buenos oficios de su paternidad, agradecida la mujer y enamorada quiso casarse conmigo, y como yo no tenía voto y era un motilón, pedí á su paternidad licencia, que me la concedió, y que luego nos echó las bendiciones y nos regaló, y con esto nos vinimos á Mayorga, de donde es mi mujer, y lo pasamos bien con su hacienda, y tenemos una tienda de mercería, y yo no soy soldado, sino que como nos cercaron los aragoneses y fué menester que todos arrimáramos el hombro por nuestra buena reina y por el rey nuestro señor, que no tienen quien los valga si sus vasallos los abandonan, me puse al cinto una espada y cogí la ballesta, y como ergo algo qué, y pago buena martiniega (1) y buenas tercias, me hicieron alférez de las milicias de la comunidad, y aquí me tenéis, que me ha dado más de trece veces de porrazos con los aragoneses, y que ahora que ha pasado ya el susto, porque los aragoneses se mueren, estoy guardando tranquilamente la puerta de San Pedro por si acaso, que en verdad en verdad, ya no hay cuidado. ¡Y á mí que me parece que os he visto alguna vez revuelto á lanzadas con los de Aragón!

—¡Aguna vez! ¡bah! no tiene nada de extraño que sólo me hayáis visto alguna vez, porque vos no habréis estado mucho entre los aragoneses.

—Más de lo que hubiera querido, porque en verdad, mercader á tu mercadería, y el que la arma que la desarme, si bien es cierto que cuando la patria está en peligro, todo hombre honrado debe arrimar el hombro para que la patria no se caiga. Y mirad, aunque yo nunca he sido soldado, no soy de los que más se aspavientan, y dadme á mí que ahora vinieran enemigos sobre la puerta y veríais lo que yo tardaba en alzar el puente y en calar el rastrillo y en defenderme á ballestazos desde las almenas, y garras había de tener en que por la puerta se me metiera, que cuando hay que servir á la patria, eso sí, los ratones se vuelven leones y los leones rayos.

—Todo eso está muy bien—dijo Zancudo—, y á mí me parece excelente, pero tengo también una excelentísima hambre y una excelentísima sed: echadme para acá uno de esos ballesteros que están ahí roncando, á fin de que nos traiga una quisicosa, así como un pellejo de vino, una espuerta de pan y una carga de tasajo, que tripas llevan pies y no pies tripas.

Sacó el alférez de las milicias de la comunidad un silbato de hoja de lata, y soltó un silbido largo y agudo, á cuyo son se pusieron de pie,

(1) Tributo que se paga por San Martín.

como movidos por una máquina, todos los ballesteros que un poco antes yacían bajo el soportal; se apoderaron de sus ballestas, las armaron, y se fueron á la carrera á cubrir la puerta.

—Mirad si los tengo bien enseñados—dijo el alférez miliciano—; en oyendo mi pito, allá van como rehiletes á ponerse en frente del enemigo.

—Ya, ya lo veo—dijo socarronamente el alférez bachiller—; todo eso está muy bien, pero el enemigo que hay que combatir aquí es el estómago y contra ése no valen ballestas. ¡A ver—añadió con voz potente—, aquí un ballestero!

Como todos lo oyeron, y eran ballesteros todos, todos se fueron á la puerta del aposento.

—A ver tú, chato—dijo Zancudo á uno que tenía las narices roídas—; la jara en la venablera, la ballesta al hombro, y entra; los otros á dormir.

Obedecieron los ballesteros de igual modo que si su jefe los hubiera mandado, lo que quería decir que obedecían á todo el mundo.

Fuéronse los que sombraban, y quedóse el chato, que adelantó sonriéndolo de una manera candorosa, y dejando ver tras su enorme boca, una dentadura rala y aguda.

—Toma—dijo Zancudo—dándole una dobla de oro de la Banda, á cuya vista se le encandilaron los ojos, no solamente al ballestero, sino al alférez de las milicias; á tu buen entendimiento dejo la distribución de esta moneda, que vale, si no lo sabes bien, treinta y nueve maravedises viejos; truécala por vino, pan y cecina; vamos á ver que es lo que te se ocurre á ti en cuanto á la distribución.

—¡Toma! pues eso está claro—dijo el chato—mitad por mitad vino; de lo otro, las dos partes, cecina, y la otra parte, pan.

—Muchacho, tú has conocido á Salomón, y te doy por hábil; me parece que te entrecojo yo á tí para convertirte de ballestero del común, en hombre de armas de la famosa compañía franca de los Hermanos de la Selva; pero anda, anda, que eso ya lo trataremos después.

El ballestero, se fué dando vueltas en los dedos á la dobla de la Banda, que no cesaba de mirar con codicia.

—¿Conque vos sois—dijo el alférez de las milicias, uno de esos fieros jinetes de la compañía del caballero del Aguila Roja?

—Soy—respondió todo hinchado Zancudo—como quien no dice la cosa, alférez de la compañía.

Figurémonos que está hablando un bigotudo alférez de coraceros, con un alférez de blanquillos de la milicia nacional, y hallaremos la situación respectiva en que se encontraban colocados los dos interlocutores.

Zancudo era todo soberbia y todo desdén, y el alférez de las milicias, todo humildad y todo encogimiento.

—Vaya, vaya—dijo—y qué bien que habéis batido el cobre los de la compañía franca.

—Si algo hay que á mí me irrite—dijo Zancudo—es que la peste negra haya tomado por su cuenta á los aragoneses, porque así van á decir esos fanfarrones que no hemos sido nosotros los que los hemos vencido, sino Dios, y sabe bien Dios que sin que la peste negra hubiera caído sobre ellos, ya éramos nosotros, los de la compañía franca, bastante peste para que de día en día se hubiesen ido quedando tamañitos, y que no quedara por fin uno para contarlo; pero lo qué Dios hace, está bien hecho, y hay que tener paciencia. ¿Y qué se dice de esos perdonavidas?

—¡Callad, señor alférez, callad, que da compasión!—contestó el miliciano:—toda esta mañana no han hecho más que salir frailes, porque aquello anda muy malo: hasta ahora la peste había respetado á los ricos hombres y á los próceres aragoneses, pero ya no respeta á nadie: dicen que el infante don Pedro está muy malo: que no puede decirse que andan de pie y medio sí y medio no, más que don Gimeno de Urrea, el infante don Juan y el infante don Alfonso.

—¡Lástima que no los partiese un rayo! Pero esto es cosa fuerte, señor, se les tiene ahí amilanados, y á nadie se le ha ocurrido ir á prender á los tres infantes y á los ricos hombres de Aragón, que están en la hueste; pero nunca es tarde para obrar bien: en cuanto llegue la persona á quien vengo precediendo y visite á mi capitán, y le estreche la mano, hago sonar las trompas en mi campo, junto á mis buenos jinetes, me voy sobre Valdemorilla, y al que no esté apestado, le cojo y me le traigo atado á la cola del caballo, que la peste mata á los pelaires, á los pobres, pero nunca se mete con los caudillos, eso está probado. Pero ¡diablo! aquí está el chato, con tres ganapanes que no pueden con lo que traen: si no hay cosa más socorrida que una dobla de la Banda.

En efecto, estaba allí el chato con seis tazas grandes en la mano, metida la una dentro de la otra.

Detrás de él venían tres hombres cargados, el uno con un pellejo de vino, el otro con una espuerta con cecina, el tercero con una espuerta de pan.

Púsose todo aquello en el aposento, llamó el de las milicias á los suyos, y á los suyos Zancudo, dióles su ración, echóles vino en un cántaro que encontraron á mano, y fuéronse todos bajo los soportales á comer y á beber.

En aquel punto llegó Miguelo.

—El capitán—dijo—está tan mejor, que habla y dejan que todo el mundo le vea, y aquello está hecho una romería de soldados de todas partes, y dice el capitán que dentro de quince días monta á caballo, y que si no se han ido los aragoneses, que los echa, y el Sin nombre os da las gracias por lo bien que habéis cumplido lo que se os encomendó, y el capitán os espera cuanto antes, y esto es todo; y venga mi ración, que allá los veo comiendo y bebiendo.

Dió Zancudo medio pan, un enorme pedazo de cecina á Miguelo, y éste se fué con los compañeros.

Pero aún no habían acabado de engullir lo que se les había dado, cuando un largo sonido de trompetas que venía de la parte del camino, puso en alarma á los guardas de la puerta, pero no á Zancudo, que conoció que aquellas trompas eran las de la gente de doña Juana.

—¡Ténganse todos!—dijo Zancudo—y dejen quietos el puente y el rastrillo, que con el mucho uso se ponen viejos, que esa que viene, aunque gente de guerra, viene muy de paz, porque es la guarda de la ilustre señora infanta doña Juana Núñez de Lara, esposa del infante don Enrique el Senador, tutor del rey: hágasela, pues, la honra que la corresponde, y no haya temores.

Esta noticia cambió la situación de ánimo de los guardas de la puerta, que se tendieron en ala bajo la arcada, con las ballestas al hombro.

Zancudo cabalgó, haciendo cabalgar al Zurdo y á Jusepillo, de los cuales no se separaba un punto.

Cabalgaron los ocho hombres de armas, y todos salieron al encuentro de doña Juana, que estaba ya próxima.

—Gracias, alférez—dijo doña Juana á Zancudo—: hemos hecho muy buen viaje: aquí me considero en seguridad: ¿qué noticias tenéis de vuestro capitán?

—Que va tan bien, que se propone embestir dentro de quince días con los aragoneses, si es que dentro de quince días hay aragoneses por el mundo.

—¡Oh! me alegro, me alegro—dijo doña Juana sonriendo con toda su alma—: vamos á buscar una buena posada.

—Mejor posada que mi casa, señora, que está en la plaza del Mercado, y es grande y capaz —dijo el alférez de las milicias—no la encontrará en toda la villa vuesa merced, como no se vaya al castillo, que es feo é incómodo.

—Pues voime á vuestra casa—contestó la Palomilla—guiad.

—Yo no puedo moverme de aquí, porque estoy de guarda, señora—contestó el alférez—pero irá uno de los míos.

Y llamando á uno de los ballesteros de las milicias, le mandó guiase á la señora infanta doña Juana Núñez de Lara.

Después de esto y de recibir los honores de su clase, doña Juana, con su acompañamiento, se internó por la población.

## CAPITULO XIII

### EN QUE EL AUTOR SIGUE COMO PUEDE SU RELATO

Era ya muy entrada la hora de la siesta, y el calor se había hecho intenso, cuando doña Juana llegó á la plaza del Mercado y á la tienda de mercería de Lucas Satorres, que así se llamaba el alférez de las milicias de la villa.

Una rolliza mujer, como de veintiséis años, amamantaba un robusto niño detrás del mostrador, que daba á la misma calle, dejando solo una estrecha entrada para la tienda.

Maravillóse al ver tanto boato delante de su casa, y fué necesario que el ballestero chato, á quien había envíado Lucas Satorres, dijese á la señora María Bárbara, que su marido había dicho que aquella señora infanta iba á aposentarse á su casa.

La hermosura, las galas, el gran acompañamiento de doña Juana, afectaron de tal manera á María Bárbara, al saber que toda aquella grandeza iba á parar á su casa, que se echó á temblar como una azogada.

Dejó á su niño en la cuna, salió toda asusta-

da, y fué á ponerse de rodillas junto á la hacanea de la infanta, porque para ella infanta y reina eran una misma cosa, y no se le figuró sino que la mismísima reina de Castilla iba á parar á su casa, lo que no hubiera tenido nada de extraño, porque la sencilla doña María de Molina entraba en todas partes, por humildes que fuesen, y se encontraban tal vez mejor en una casa pobre, llena por la lealtad, que en la ostentosa cámara de un alcázar, inficionada por la traición.

—Alzad, alzad, buena mujer—exclamó vivamente doña Juana—, que á los infantes no se les dobla la rodilla ni se les besa la mano; pero me haríais placer en ayudarme á bajar.

Alzóse la paisana toda conmodida, toda encendida, toda asombro, extendió los robustos brazos, y doña Juana, dejándose caer sobre ellos, se puso en tierra, entrándose en la tienda y mandando quedase con ella parte de su servidumbre, y que la demás y las lanzas se fuesen á una posada.

Dióle un brinco el corazón de contento á Zancudo al verse libre.

Podía ir á ver á su capitán, llevarle noticias de la corte, y tal vez, tal vez alcanzar del Sin nombre que, con la compañía, fuese á apoderarse de los tres infantes enemigos de la reina.

A más de eso, necesitaba llevar al campo y tener algunos días detenido, y en seguridad, para que se acostumbrase al sitio, al Zurdo.

En cuanto é Jusepillo, ni importaba gran cosa á Zancudo, ni era de presumir se fuese, no yéndose su maestro.

En cuatro zancadas de su corcel, seguido del Zurdo únicamente, porque los hombres de armas, como que eran de doña Juana, se habían ido á la posada, plantóse Zancudo en el castillo, cuya puerta no estaba tan franca como la de San Pedro de la villa.

Estaba alzado el puente, y por las almenas de la puerta se paseaba un ballestero, no de las milicias, sino del ejército real, y tan buen soldado, que en cuanto vió un hombre de armas junto á la poterna de la barbacana, se tiró la ballesta á la cara, y dió el alto.

Dióse á reconocer Zancudo, bajóse el puente y no sin algunas formalidades, nuestro alférez pudo penetrar en la fortaleza.

Recibiéronle con regocijo y con curiosidad, como que iba de Valladolid, y debía llevar noticias frescas.

—Lo que había por allí cuando yo llegué—dijo Zancudo—, era mucho miedo, como que el rey y la reina se habían ido á San Pablo á rezarle al Santísimo Cristo de los Desamparados, de donde salían cuando yo llegué, según me dijeron en la posada adonde fuí á hospedarme después, y la reina me llamó caballero, señor García Fernández de Villamayor; conque ya veis, con este poderoso brazo que Dios me ha dado, y con este corazón que me late debajo del coselete, y con esta cabeza mía para idear cosas buenas, y con el latín que sé, dentro de cuatro días soy rico hombre como vos; y que yo no me pararé donde vos os habéis parado, que no tenéis más que una aldehuela que se llama villa, que lo que es yo, he de ser señor de gran señorío, y que me echen á mí aragoneses y franceses y navarros, y todos cuantos pícaros haya y por haber, y ya veréis, ya veréis si á mí me atajan en el camino.

—Dios lo haga como lo deseáis—dijo el rico hombre Villamayor, que era un buen caballero—, pero ya que os he dejado hablar, dadme más nuevas de Valladolid.

—¿Y qué nuevas queréis que os dé, sino que así que la reina supo que los aragoneses no podían hacer nada, porque estaban apestados, se volvió á meter en la iglesia para rezar por ellos?

—¡Buena reina, corazón de oro que hasta por sus enemigos ruega!—dijo conmovido el rico hombre.

—Porque su señoría no los ha visto de cerca, ni sabe lo perros que son, ni lo bien que sacuden.

—No queráis ser vos más valiente que su señoría, alférez—contestó el rico hombre—, que ya la reina ha visto de cerca las lanzas, y ha oído más de una vez el zumbar de los venablos, y la ha cercado por todas partes del combate; y con ser mujer, ni ha palidecido, ni temblado, por más que se le haya llenado de amargura el corazón al ver hacerse pedazos sus vasallos, los unos contra los otros. ¿Y quién está con la reina?

—Don Diego López de Haro.

—¿Y quién más?

—Don Diego López de Haro.

—¡Cómo! ¿y los Laras?

—No parecen por el mundo.

—¿Y el infante don Enrique?

—Se ha ido á Granada esta misma noche, y su mujer se ha venido á Mayorga.

—¡Cómo! ¿que está aquí doña Juana Núñez de Lara?

—Sí señor; acabo de dejarla aposentada en la plaza del Mercado, casa del mercero Lucas Satorres.

—¿Y por qué no se ha venido su mercé al castillo? ¿No sabe que esta fortaleza es un alcázar?

—Sí que lo sabe; pero á la cuenta, quiere estar más ancha.

—¿La envió la reina?

—No, señor: doña Juana viene á cosa suya. Ea, y perdonadme, señor García Fernández de Villamayor, que yo me voy á parlar un poco con mi capitán, y en seguida á mi campo, á ver si le levanto y cojo á los tres infantes enemigos.

—¡Bah! ya estuvo allí esta mañana mi compañero Diego Ramírez de Cifuentes, y de lástima se ha vuelto, porque allí, en vez de lanzas, es menester llevar la Eucaristía y el Santo Oleo.

—Pues iré yo, que no entiendo de lástimas, y veremos lo que les llevo: tengo tal hambre de aragoneses, que soy capaz de comer su carne cruda: ¡villanos! venirse así contra nosotros braveando espeso como los dedos de las manos, creyendo que se iban á llevar á Castilla por delante. Duro, duro, señor García Fernández: á los que no mate la peste se les machaca, y se queda uno tan descansado, como si hubiera comido y bebido bien. Conque que Dios os guarde. Echad detrás de mí, Zurdo, con vuestro paje: voy á presentaros á mi capitán.

El Zurdo se había acostumbrado ya á las cosas de Zancudo: le seguía como un cordero, y hasta le había tomado cariño.

Metiéronse por unas anchas escaleras que correspondían á la parte del castillo, que era alcázar, porque entonces, en toda villa de alguna importancia que tenía fortaleza, había algo que podía llamarse palacio.

Desembocaron en una gran crujía gótica, al fin de la cual, delante de una puerta, y guardándola, estaba un hombre de armas de la compañía franca.

En aquella estancia estaba Zayda Fatima.

El guarda no puso obstáculo al paso de Zancudo, pero cruzó su espada cuando fué á pasar el Zurdo.

—¿Qué hacéis, Illescas?—dijo Zancudo al guarda—¿pues no sabéis que este hombre honrodo es mi sombra, y que va pegado á mi cuerpo, ni más ni menos que mi sobrevesta? déjele pasar con su cría, que son un par de buenos mozos.

—Pero en nada comparable el uno á una jumenta, señor alférez—contestó el Zurdo.

—¿Pues qué queréis que llame sino vuestra cría á vuestro aprendiz, maestro?—contestó Zancudo atravesando con su presa, que así podía llamársela, una pequeña antecámara desguarnecida.

Entraron luego en una cámara medianamente amueblada, en la cual había un lecho.

En aquel lecho estaba Zayda Fatima.

Junto al lecho, de pie, tres personas.

Era la una el caballero Sin nombre, que conservaba siempre su antifaz, y que enfonces bestía el hábito de benedictino: las otras dos, don Tobías, maestro de curar ó físico de la compañía, y un joven que servía de ayudante.

Acababan de curar á Zayda Fatima la herida de la cabeza.

Cuando se la curaban las otras heridas, don Tobías suprimía el ayudante, y se quedaba solo con el caballero Sin nombre.

Las heridas del pecho de Zayda Fatima habían revelado al médico hebreo que el caballero del Aguila Roja era mujer; pero se había comprometido á guardar el secreto, y á pesar de que los hebreos son gente en cuya fe hay poco que fiar, don Tobías había hecho honor á su juramento.

Nadie había sabido por él el sexo del capitán.

Zayda Fatima vió á Zancudo y apareció en su semblante une expresión de impaciencia.

—¿Qué noticias traeis, alférez?—exclamó.

—Ante todo—dijo Zancudo—, ¿se puede tener con su merced una larga conversación?

—Sí, señor—contestó el médico—; ha pasado completamente el peligro y no hay fiebre.

—Pues entonces, perdonadme, señor caballero Sin nombre, y vos, señor físico; pero necesito hablar secretamente con mi capitán.

—En buen hora—dijo el conde don Lope, levantándose—, puesto que hemos conclído ya, salgamos, don Tobías.

Zayda Fativa y Zancudo quedaron solos.

—¡Poder de Dios—dijo Zancudo—y qué hermoso que estáis, capitán!; con la palidez de la sangre que habéis perdido, habéis ganado en belleza; no es extraño que haya quien se esté muriendo por vuesa merced; lástima que echéis barbas, porque no vais á parecer lo mismo; yo estaba mucho mejor antes de dejarme esta pelambrera, entre la cual se pueden cazar jabalíes.

—Charlatán venís y al parecer contento—dijo Zayda Fatima—; ¿qué ha acontecido?

—Acontecer nada, si no que la reina ha sentido mucho lo que os sucede y se ha alegrado del triunfo, aunque ha sentido la manera de alcanzarlo, porque se ha ido á rezar por los apestados; vea vuesa merced, cuando yo les echaría encima demonios encendidos.

—La reina no es como vos.

—Pues ése el mal—dijo Zancudo—, que si la reina además de ser lo que es fuera lo que yo soy, no hubiera ya dejado títere con cabeza, y estaríamos en paz y en gracia de Dios y no con estos escándalos, que son vergonzosos.

—¿Pero por qué os habéis quedado á solas conmigo? ¿Qué tenéis que decirme reservadamente? ¿Os ha dado la reina alguna carta para mí?

—No, señor, la reina no me ha dado nada, porque en cuanto supo que estaban apestados esos malditos, se entró á rezar por ellos; ¡cien rayos!, mire vuesa merced, rezar por los enemigos; en fin, puede ser que la reina me hubiera dado algo si yo me hubiera estado ayer en Valladolid, pero no me estuve.

¿Y por qué no os estuvisteis?—dijo severamente Zayda Fatima—; ¿quién os mandó venir?

—Nadie; heme venido yo—contestó algo cortado Zancudo.

—¡Ah, os habéis venido sin respuesta de la reina, como yo os lo mandé. Paréceme que voy á hacer un escarmiento con vos, Zancudo. ¿No sabéis que yo no sufro desobediencias, que las castigo á sangre?

—Lo sé, señor infante, lo sé (aunque no se sabía de dónde, todos sus soldados conocían por infante á Zayda Fatima, aunque usaban muy poco de este calificativo); pero si yo me vine no fué por gusto mío, sino por servir á vuesa merced, porque como en cuanto yo dije á la reina que los aragoneses habían levantado el cerco, su señoría me llamó caballero, quería yo ir al Alcázar á ver á la reina para que me hiciese bueno lo de la caballería; porque, ¿á qué estamos si no á crecer y á medrar, ni quién se metería á cada paso á que le rompiesen la cabeza si no esperase una buena recompensa? Pero es el caso que fué á buscarme de parte de su señora á mi posada un paje de la señora infanta doña Juana Núñez de Lara, y me llevó á su casa y hablé con la infanta, que me dijo que quería venirse al amanecer á Mayorga.

—¿Y á qué quería venir á Mayorga doña Juana Núñez?—preguntó Zayda Fatima. ¿Querrán los Laras revolvernos la villa?

—Lo que quiere doña Juana es revolver á vuesa merced.

—¡A mí!

—Vuesa merced tiene una suerte que da envidia; cuidado si es hermosa, hermosota, rica, la señora infanta, y que no llega á los veinte años, una diosa; pues toda esa divinidad, toda esa Venus está perdidamente enamorada de vuesa merced desde la noche que le vió en nuestro campo de Valladolid, y yo dije para mí, el infante don Enrique está viejo, anda allá por la frontera de Granada, y mucho será que á pesar de los tratos que trae con los moros, como no puede hacerlos, no le den un día un porrazo que le dejen seco; pues mira tú ahí, me dije, que la señora infanta se queda viuda y se casa con mi capitán; agárrome á la ocasión, con la infanta me voy; es menester que mi capitán sepa lo que pasa antes que llegue, para que esté sobre aviso y acabe de volverla loca.

—Habéis caído en una equivocación grosera, señor Zancudo, y habéis acabado de disgustarme—dijo Zayda Fatima.

—¡Equivocación grosera!—exclamó Zancudo un poco picado.—¿Amaréis acaso á otra?

—Eso no os importa á vos—exclamó Zayda Fatima un tanto irritada por el acento singular que había dado á sus últimas palabras Zancudo, acento en que se veía clara por un no sé qué, la sospecha de que el caballero del Aguila Roja estuviera enamorado de una alta persona—; sin embargo, para evitar juicios temerarios, sabed que yo no amo á nadie, porque tengo hecho voto de castidad.

—¡Cáspita!; perdone vuesa merced, que no había yo podido figurarme tanto. ¿Y qué vá á ser de doña Juana Núñez de Lara? ¡Pobre señora!

—Callaos, que puede ser que me convengan esos amores—dijo Zayda Fatima.

—Si me castigáis á sangre como me habéis amenazado—saltó Zancudo agarrándose á la palabra—, harto callaré.

—Os perdono, en gracia á que todo, aunque al revés, lo habéis hecho con buena intención; pero decidme, ¿cómo está su señoría? ¿Está triste, desconfiada?

—Su señoría confía en Dios, á lo que he visto, porque va rezando de iglesia en iglesia con el rey; yo la encontré cuando salía de San Pablo

de rezar al Santísimo Cristo de los Desamparados.

—¡Y que al Padre de los Desamparados se vea obligada á ir, ella que es madre de todos los que no tienen amparo! Dios es misterioso é incomprensible, cuando permite que una tan buena señora se vea en tales tribulaciones. ¿Y qué dicen los de Valladolid?

—Cuando yo llegué había mucha gente y todos aclamaban á grito herido á la reina; pero ¿quién fía? El *populo bárbaro* aclama todo lo que reluce: ¡lanzas y más lanzas!, ¡sangre y exterminio!; no hay que fiar en aclamaciones; en cortándoles á todos los enemigos las cabezas, se puede dormir tranquilo; no, si no, ándese vuesa merced con blanduras con esta gente que está á la que salta y que son capaces de tragarse al *sursum cordam* si les va en ello dos maravedises; ¡rayos y truenos!

—Ya sabéis que no me gusta que votéis, Zancudo, que estáis muy mal educado y se os va la la lengua.

—Perdone vuesa merced, que se me había olvidado que es menester hablarle como quien habla con una doncella; perdóneme vuesa merced, pero no puedo irme de la mano; digo todo lo que tengo sobre el corazón, y como el corazón es un tonto, es muy posible que diga sandeces; vaya si estaba yo temblando de hablar mucho con la reina, de miedo que se me fuera alguna tontería, porque como es tan llana y alienta tanto á los que con ella hablan, le parece á uno que está hablando con su madre, y allá va eso.

—La reina es muy buena y lo que quiere son corazones leales, lo demás importa poco. Pero ya que conocéis vuestro flaco, refrenaos como refrenais á vuestro corcel para que no os meta en mala parte, y bueno es que el hombre conozca de qué pie cojea, porque así está cerca de la enmienda.

—Verdad es eso, pero condición y figura hasta la sepultura, y así me echó á mí al mundo mi madre, y así he de morir; y si por mi franqueza me sucede alguna cosa mala, no habrá más que tener paciencia y aguantarse por Dios; pero en fin, la verdad del caso es que su señoría está muy apurada, que el nublado se le viene encima y que yo para ver si descargo un poco ese nublado, voy, si me dais licencia, á levantar nuestro campo y á irme sobre el de los aragoneses á ver si cojo á los infantes don Juan, don Pedro y don Alfonso, que como los coja, ya haré yo que se arme un revoltillo en el que se queden alanceados como toros, que perro muerto no muerde, y esa es la verdad, y todo lo demás es andarse por las orillas.

—Id—dijo Zayda Fatima—, y si lograis lo que intentais, yo haré que la reina os haga tanto como nunca habéis podido soñar.

—Pues á la mano de Dios, y no me detengo ni un momento, señor, que todavía queda la tarde entera y anochece tarde y se puede hacer mucho.

Y Zancudo salió, recogiendo en la antecámara al Zurdo y su satélite.

—¿Y no me presentáis á vuestro capitán—dijo el Zurdo.

—Al nuestro diréis.

—Es verdad, al nuestro; ¿pero por qué no me presentáis á él?

—Porque ahora no viene á pelo; otro día; vámonos á nuestro campo, y cuando estéis en él, veréis que nunca habéis visto otro campo mejor guardado.

Y Zancudo salió con el herrador, que podía llamarse su prisionero.

## CAPITULO XIV

### DE CÓMO LA MANO DE DIOS DESBARATÓ LOS AMBICIOSOS PROYECTOS DE ZANCUDO

Zancudo salió de Mayorga, y tomando el camino real, seguido siempre del Zurdo, que llevaba siempre á la grupa á Jusepillo, se puso en muy poco tiempo junto á la aldea de Mandiel, tomando luego por un camino de traviesa hacia una eminencia inmediata, en la cual se veía un campamento.

—Mirad, mirad desde aquí, Zurdo—dijo Zancudo señalando aquel campo—; mirad si puede haber nada mejor hecho ni mejor ordenado, cava profunda, estacada fuerte, puente levadizo, y mirad luego las barracas, qué bien enfiladas y qué bien distribuídas en cuarteles: ya, ya vereis cuando esteis dentro.

—¿Y cuánta gente sois?—dijo el Zurdo.

—Cuando llegamos á Mayorga desde Medina del Campo, éramos trescientos; pero hoy somos quinientos, y cuenta que nos han matado más de doscientos hombres, porque todos los días hemos andado con las manos en la masa.

—Mucho dinero debe de tener vuestro capitán—dijo el Zurdo.

—Dale—exclamó Zancudo:—otra vez vuestro capitán; nuestro capitán direis.

—Perdonad; pero es la falta de costumbre.

—Pues echad memoria, hermano, echad memoria, si no es que ya se os han reblandecido los cascos—dijo Zancudo—que crecía en autoridad respecto al Zurdo, á medida que se acercaba al campamento.

—No volveré á olvidarlo—dijo pacientemente el Zurdo—; pues, como decía, nuestro capitán debe ser riquísimo.

—¡Uf!—exclamó Zancudo—como que es infante.

—¿Infante de Castilla?

—No, señor.

—¿De Aragón?

—Tampoco.

—¿De Portugal?

—Menos.

—Pues entonces, ¿de dónde es infante nuestro capitán?

—Él lo sabe y á nadie lo dice: á nosotros, para tratarle con la reverencia debida, nos basta con saber que es infante, y aunque no lo fuera, bastaría para respetarle con lo que por sí mismo vale; porque mirad, que mozo imberbe como es, que ya le vereis, y hermoso y delicado al parecer como una dama, no hay en la compañía quien en lo bravo le aventaje, á pesar de que en la compañía hay leones. Pero picad, picad, y no os quedeis tan atrás, Zurdo.

—Es que el cuartago está cansado de la jornada y de la doble carga, y no es ya muy mozo.

—Pues poco le falta para descansar, porque ved, ya estamos casi tocando el campo.

En efecto, estaban ya á dos tiros de ballesta del campamento.

Zancudo espoloneó á su caballo, que partió.

El Zurdo quiso que el cuartago partiera del mismo modo, y le arrimó los talones, porque no llevaba espuelas, pero en mal hora, porque el bicho, al hacer un esfuerzo, tropezó y cayó, estropeando á sus dos jinetes.

Zancudo volvió la cara atrás á ver si le seguía el Zurdo, y al ver que éste se levantaba apretándose los riñones, haciendo gestos y dando alaridos, y que Jusepillo no se movía, exclamó:

—Cuando me decía yo que os había de suceder algo antes de llegar á puerto de seguridad, porque venís de mala gana.

Y tras estas palabras se llevó la bocina á los labios y la hizo sonar por tres veces poderosamente, á cuyo sonido se abrió la poterna del campo, se bajó el puente, y acudieron presurosos algunos soldados que habían conocido el toque.

—A ver si me recogeis esos dos atunes—dijo Zancudo cuando hubieron llegado los soldados—y que los curen; pero mantenedlos presos hasta nueva orden mía, que importa que no se vayan: recoged ese rocín y cuidad de él.

Y después de estas palabras, Zancudo partió al galope, y á poco arremetía por el puente, entraba en el campo y no paraba hasta el centro de él, junto á la magnífica tienda de Zayda Fatima.

Una vez allí, desmontó, entregó su caballo á un soldado para que le tuviese, y produjo con su bocina un toque de mando.

Apenas sonó este toque, cuando se notó en el campo un gran movimiento.

Todos los soldados se armaban.

Cuando estuvieron armados los jinetes, fueron á las barracas, donde tenían los caballos, y los ballesteros se formaron en cuatro hileras á un lado del camino, por donde se llegaba desde la poterna á la tienda de Zayda Fatima.

Poco después, los jinetes formaban al otro lado del camino un escuadrón cerrado.

Entonces, Zancudo entró en la tienda, tomó el estandarte que estaba en un astillero, salió, montó á caballo, y se puso entre los ballesteros y los jinetes.

—A Valdemorilla nos vamos, hijos—gritó—: allí están con los aragoneses los tres infantes, don Juan, don Pedro y don Alfonso: por apestados que estén los enemigos, todavía les quedan doscientas buenas lanzas y cuatrocientos ó quinientos buenos ballesteros que ponernos enfrente: conque á ver si nos portamos como quienes somos: yo necesito prender á los infantes para quitar tres formidables enemigos á nuestra buena reina: conque detrás de mí todos, y cuenta con que uno solo vuelva las espaldas al enemigo, porque si de él escapa, no escapa de mí y no os digo más, porque no es necesario deciros tanto: en marcha, y á Valdemorilla.

Y rompió el primero hacia la poterna.

Tras él siguieron las lanzas, que eran unas doscientas, y tras las lanzas los ballesteros, que llegaban á trescientos.

En el campo no quedó más que la guarda necesaria.

—Si prendo á los infantes, iba diciendo para sí Zancudo, hago una hazaña tal, que á la fuerza la reina ha de agradecérmela, y lo menos, lo menos que me da, es una villa, sobre la cual me titulo. ¿Y qué título me pondré yo? ¿Pues cuál ha de ser, sino conde de los infantes, en conmemoración de la hazaña? ¿Y qué armas me dará la reina? Pues claro está: un león de gules rampante, con un infante en cada garra y otro en la boca, y tres coronas de infante en el campo, dos sobre el leon, y otra en la punta del escudo; todo esto sobre campo de plata: pero no puede ser metal sobre metal, y del campo de plata, hay que quitar las coronas de infante; pero le pondremos orla al escudo, y en la orla, sobre azur, que significa lealtad, las tres coronas pasadas por una cadena de oro que dé vuelta al escudo; los lambriquines de oro, azur y gules. Perfectamente: he aquí á un hombre, á un pobre alférez, á un bachiller que ha ahorcado al derecho canónico y civil, para seguir el derecho militar, convertido dentro de poco en un rico hombre infanzón, si no de natura, de merecimientos: infanzones de natura lo serán mis hijos, que heredarán mi nobleza; porque yo necesito casarme, necesito tener hijos que perpetúen mi título: á más de eso, que me está haciendo cosquillas, y no me olvido de ella, Cinta, la hermosísima doncella de doña Juana Núñez de Lara. ¿Si estará enamorada ya? No, no señor, no es como su ama: entiendo yo mucho de mujeres; esa chica no ha querido á nadie todavía, y me miraba con afición: como que soy yo todo un buen mozo, y me sientan muy bien mis arreos de soldado. ¡Quél si se iba tras de mí como un perro, allá en el Páramo de la Mudarra, ¿si conoceré yo cuando una mujer se me aficiona? pues señor, Cinta será rica hembra y madre de mis hijos. ¿Qué importa que yo sea hijo de las malvas? en mí empezará mi linaje, y vale mucho más empezarle que acabarle. ¡Bendita sea la hora, Melchor, en que tú te diste tanta prisa á gastar lo que tu tío te dejó, porque así te has visto soldado, y has entrado en tu elemento!

Y Zancudo, delante de su escuadrón, y al paso, para no fatigar á los caballos de una parte, y de otra, porque no se quedasen atrás los ballesteros, siguió con la cabeza inclinada sobre el pecho, y abismado en sus ambiciosas meditaciones.

Sacóle de improviso de su abstracción clamor de campanas.

Eran las del cercano pueblo de Valdemorilla, que doblaban lúgubremente, tañendo, no á muerto, sino á agonía, porque en otros tiempos había este toque lúgubre de más, y aún suele usarse en pueblos muy atrasados por tradición, porque España, dígase lo que se quiera, es el país de las tradiciones.

—¡Diablo! ¿si en vez de venir á ser exterminadores, vendremos á ser agonizantes?—exclamó Zancudo—esto sería un augurio, porque si me encuentro con muertos, ¿cómo diablos voy á llevar á cabo la hazaña que debe darme la infanzonía, y el título y las armas? Vamos, está visto, Dios no quiere que yo posea nada.

A este tiempo vió Zancudo que por el camino avanzaba rápidamente una pequeña nube de polvo.

—¡Calla!—dijo—¿pues aquél es un jinete solo? ¿adónde irá? ¿qué querrá? con atajarle y prenderle, lo sabremos.

—Y dió orden á sus soldados, de que cuando llegase el jinete, le cercasen.

No tardó éste en llegar, y no fué necesario cercarle, porque en señal de paz, traía el capacete sobre la lanza.

Venía pálido y sudoroso, y mostraba sobre las armas una rica sobrevesta de caballero.

—Tropiezo con lo que buscaba—dijo con marcado acento aragonés.

—¿Y qué buscábais, hidalgo?—preguntó Zancudo.

—La compañía franca del caballero del Aguila Roja, y por el estandarte que traéis, alférez, veo que estoy delante de ella.

—¿Y qué queréis de la compañía franca de los Hermanos de la Selva, que así es como se llama?—dijo bon mucha voz Zancudo, que tenía el pefecto de no quitar á lo valiente, lo fanfarrón.

—Quiero hablar con su capitán.

—¡Rayos de Dios!—exclamó Zancudo—¿y cómo habéis de hablar á su capitán, si el buen caballero del Alguila Roja está gravemente herido de resultas de la traición que le armó el infante don Juan, que no le quiere bien?

—¡Maldiga Dios al infante don Juan—exclamó el aragonés, que nos ha abandonado cuando ha visto moribundo á nuestro infante don Pedro!

—¡Cómo! ¡Qué! ¿Se ha ido el infante don Juan?—exclamó Zancudo con el acento que

puede suponerse en aquel que sabe que le han robado algo.

—Hace ya horas que está hollando con el infante don Alfonso, y con las pocas lanzas y ballesteros útiles que nos quedaban, las tierras del reino de León: yo solo me he quedado, y esto por amor á mi amo el infante don Pedro, que viendo ya próxima su muerte, me ha enviado á buscar al caballero del Aguila Roja.

—¿Y para qué quiere vuestro amo á mi capitán?

—No lo sé; pero puesto que vuestro capitán no puede venir á ver á mi amo por encontrarse mal herido, y vos sois su alférez, venid vos.

—Cuenta, hidalgo, conque si lo que decís es un engaño para meternos en una celada, lo vais á pasar muy mal.

—En Valdemorilla no hay más que enfermos. moribundos y muertos; los otros, nos han abandonado cobardemente; además, yo os juro como cristiano y como caballero, que no os amenaza traición.

—Pues vamos allá, señor mío, y sea lo que Dios quiera, que siempre tendremos por fiadores nuestras lanzas y nuestras ballestas.

Entonces el caballero aragonés bajó la lanza, quitó de ella su capacete, se lo puso, y colocándose á la derecha de Zancudo, se rompió la marcha hacia Valdemorilla, que estaba ya muy cerca. Era este pueblo entonces mucho más considerable que hora.

Estaba murado, con buenas defensas, aunque no tan fuertes como las de Mayorga.

Tenía dentro de sí tres parroquias, un convento de monjas y otro de frailes, y hacia la parte del Norte, un castillejo.

Cuando llegaron, Zancudo notó que la puerta estaba franca y sin guardas, echado el puente, levantado el rastrillo, sin un solo ballestero en las almenas.

Sonaba dentro, tañido por las campanas de las parroquias y de los conventos, el tristísimo toque de agonía. Zancudo no se fió sin embargo.

—Entrad cincuenta—dijo á sus jinetes—colocaos de trecho en trecho hasta que crucéis de parte á parte la villa; si veis la menor señal de algo malo, sonad las bocinas.

—Estamos perdiendo inútilmente un tiempo precioso—dijo el caballero aragonés—mientras los cincuenta primeros hombres del escuadrón desfilaban y entraban en la villa.

—A Segura lo llevan preso—dijo Zancudo.

Lo que prueba que este proverbio, que aún dura, se remonta á más allá del siglo XIII.

—Os ruego que entréis—dijo el aragonés—mi amo agoniza y tenía grande empeño en ver al caballero del Aguila Roja.

—Pues que espere vuestro amo, que yo no expongo imprudentemente á todos estos bravos, envainándolos en una villa en que se puede tener gente prevenida en las encrucijadas para ahogarlos.

—La villa es pequeña; deben haber llegado ya á su otro extremo vuestros soldados y no suena ninguna bocina.

—Entrad otros cincuenta—dijo Zancudo—, y haced cruz con los que han entrado.

Desfilaron otros cincuenta jinetes.

—Los ciento que quedan y otros cien ballesteros, en escuadroncillos de diez jinetes y diez peones, á tomar las puertas de la villa y á rondar por fuera.

En un momento quedó hecha esta operación, y sólo permanecieron á retaguardia de Zancudo doscientos ballesteros.

—A ver, hijos—les dijo Zancudo—, entraos en la villa y repartíos por las encrucijadas.

Los doscientos ballesteros entraron, y Zancudo, con su estandarte, se quedó solo con el caballero aragonés.

—Ahora creo que bien podremos entrar—dijo éste con impaciencia—; tenéis tomada la villa, y no la hubiérais tomado tan fácilmente si nos quedasen de pie un centenar de soldados. ¿Queréis entrar ahora, hidalgo?

—Entremos—dijo Zancudo—; y á propósito, ¿cómo os llamáis? Os lo pregunto no sea que os acometa de repente la peste y os caigais muerto y no sepa yo con quién he hablado.

—Yo soy Pero Coronel, caballero y rico hombre de Aragón.

—Por muchos años—dijo Zancudo pasando á la sazón bajo la arcada de la puerta.

Apenas había entrado por las calles le aterró el silencio que las envolvía, turbado sólo por el lúgubre son de las campanas.

—Pero señor, ¿se han muerto todos en Valdemorilla?—exclamó Zancudo.

—Ya os he dicho que aquí no hay más que muertos y moribundos.

—¿Y los vecinos?

—Huyeros todos cuando se declaró la peste, llevándose de su hacienda lo que pudieron.

—Y los frailes, ¿se han ido también?

—¡Ah! no, eso; no; los frailes han sido nuestro único consuelo.

—¿Y por qué enviaban por frailes á Mayorga?

—Porque no bastaba con los que aquí había.

—¿Y las monjas?

—En su convento orando por nosotros.

—¡Pues como la reina doña María!—exclamó con disgusto Zancudo.

—¿Que la reina ha orado por sus enemigos?—exclamó con arombro Coronel.

—En cuanto supo que estabais apestados.

—Y entonces, ¿por qué hablan tan mal de la reina?—exclamó con indignación Coronel.

—Porque los que hablan, ó no la conocen ó son infames.

—¡Milagro de Dios! ¡milagro patente!—exclamó el rico hombre aragonés.—Dios castiga á los soberbios y á los injustos, y ya no me extraña que mi amo tenga tanto interés en ver al caballero del Aguila Roja antes de morir.

—Milagro parece, en efecto, y milagro lo creo—dijo Zancudo—, porque la peste se ha encerrado en vosotros, y de vosotros no ha pasado.

—Tan no ha pasado, que ni uno solo de los religiosos ni de las monjas, ni del clero de las parroquias, únicos habitantes de la villa que han permanecido en ella, ha sucumbido.

—¡Jesús! ¡Jesús!—exclamó Zancudo—, ¡y no escarmentarán los enemigos de doña María!

—Dios la protege visiblemente; pero ved, ya hemos llegado á la plaza donde está la casa en que muere mi pobre amo el infante don Pedro; es aquella grande de piedra que tiene un gran arco en la puerta.

—Pero esa casa está abandonada.

—En ella hay más de un cadáver y más de un moribundo.

—Veremos, para afirmarmos más en lo milagroso de esta peste, si nuestros soldados salen ilesos de la villa—dijo Zancudo mirando los grupos de jinetes y peones de su compañía que acá y allá ocupaban militarmente las avenidas de la plaza.

Hasta llegar á ella habían encontrado en las encrucijadas grupos semejantes.

Coronel arrimó los acicates á su caballo, y atravesó la plaza al galope, seguido de Zancudo.

Cuando hubieron llegado á la casa indicada, el rico hombre dijo:

—Llamad á uno de vuestros soldados para que nos tenga los caballos, que aquí no hay quien los tenga. Zancudo hizo señal á uno de los grupos más inmediatos, y algunos soldados se acercaron. Les entregaron los caballos y entraron en la casa.

## CAPITULO XV

### UN AMOR DE TODO PUNTO IMPOSIBLE

Zayda Fatima quedó profundamente meditabunda después de la salida de Zancudo.

¡Que la amaba doña Juana Núñez de Lara creyéndola un hombre! ¡Y doña Juana Núñez de Lara era la esposa del tutor del rey, de un traidor tal y tan terrible como el infante don Enrique!

Zayda Fatima pensó en que estos amores podían ser tal vez útiles á la reina, y se decidió á exacerbar el amor de la Palomilla.

Aquel amor debía ser violento, puesto que había obligado á doña Juana á ir á una villa libre de cerco por un enemigo tan terrible como la peste, que se había quedado muy cerca. ¿Tardaría mucho en llegar doña Juana?

Como si este pensamiento de Zayda Fatima hubiera llamado á la Palomilla, se abrió la puerta de la cámara, entró apresurado el conde don Lope y dijo á Zayda Fatima:

—Hija mía, ahí tenéis á doña Juana Núñez de Lara en persona, que pretende con gran interés hablar con vos.

—¡Ah! pues que entre, conde, que entre—dijo Zayda Fatima—, y dejadme sola con ella.

—¿Qué pretendéis?

—Después os lo explicaré y os pediré consejo; pero id, id, no la hagamos esperar.

El conde salió.

Zayda Fatima, que no podía dejar el lecho, se colocó en él en la posición más conveniente que pudo, para recibir á doña Juana.

Tenía la cabeza vendada alrededor de la frente; pero el vendaje que tenía sobre sí una cinta de seda azul, la favorecía, constituyendo una especie de gracioso tocado.

Sus anchos y pesados rizos negros, caían sobre sus hombros; estaba pálida, y esta palidez aumentaba su hermosura.

Sus ojos, sus magníficos ojos negros, tenían una lucidez infinita.

Por cima del cuello de su camisa, se veía su garganta mórbida, que á pesar del suave moreno de la tez, dejaba ver la circulación de la sangre. Aparecía irresistible.

Doña Juana, considerándola como hombre, debía volverse loca; es verdad que pocas muje-

res hubieran resistido á la influencia de un mancebo tan hermoso como Zayda Fatima.

Se levantó el tapiz de la puerta, y entró sola la Palomilla.

La mirada de Zayda Fatima se fijó en ella intensa y grave.

La Palomilla se sintió dominada por la timidez, por la primera vez de su vida.

Se detuvo dos veces al atravesar la cámara, que era extensa.

Al fin, como atraída, como absorbida por la mirada de Zayda Fatima, adelantó rápidamente, y dijo toda trémula, toda conmovida:

—¿Cómo así, señor mío? ¿cómo os han maltratado de tal manera los aragoneses?

—Azares de la guerra, señora; los que nacemos para combatir no podemos ni debemos quejarnos de las heridas que recibimos; ese es nuestro destino; y cuando las recibimos por una justa causa, debemos sentir una viva satisfacción por haber vertido nuestra sangre.

—¿Y no teméis que puedan pagaros con ingratitudes?—dijo la rebelde Palomilla.

—No debemos buscar recompensa alguna de lo que bien hacemos, y tanto es lo que hacemos más noble, cuanto menos se nos recompensa.

—¡Bah! no digais eso, señor mío: nadie piensa así en el mundo, y por lo mismo, nadie entiende á quien piensa así.

—Cada cual obedecerá sus ideas y á su corazón; pero sentaos, señora, sentaos.

La Palomilla se sentó en un sillón que estaba junto al lecho.

Por algunos momentos guardó silencio, absorta en la contemplación de la hermosura de Zayda Fatima.

La mirada, la palidez, el ligero estremecimiento que pasaba de tiempo en tiempo por doña Juana. demostraba lo enamorada que estaba de Zayda Fatima, á causa de su error.

La profunda mirada de Zayda Fatima, aquella mirada incomprensible, serena, profunda, que dominaba hasta los hombres más alentados, mirada que aparecía siempre que Zayda Fatima fijaba su atención en un objeto, mejor dicho, en un ser humano, embriagaba, fascinaba, enloquecía á la Palomilla, y al mismo tiempo la inspiraba un profundo respeto.

—¿Sabéis para qué soy venida?—dijo la Palomilla rompiendo al fin el silencio.

—Lo ignoro, señora—contestó Zaida Fatima; —y si me preguntasen lo que juzgaba de vuestra venida, no sabría qué contestar; porque como esposa del infante don Enrique el Senador, y como hermana de don Juan Núñez de Lara, podéis venir á una cosa; como dama de la reina doña María, y vasalla leal, podéis venir á otra.

—Explicaos.

—La explicación es muy sencilla—dijo Zayda Fatima; vuestro marido se alegraría mucho de separar á la reina del rey, lo que se prueba por el empeño que ha tenido en cesar á la reina con el infante de Aragón don Pedro; un tutor que se encuentra con que su pupilo tiene una madre tal como la reina doña María, no es propiamente un tutor, y vuestro esposo quiese serlo sin obstáculo ninguno; es decir, quiere ser, durante la menor edad del rey, el verdadero rey de Castilla; podéis, pues, venir... ¿qué sé yo? porque si venís en favor de los aragoneses, amigos de vuestro marido, llegáis tarde; ahora bien: si venís enviada por la reina, como su vasalla leal, puede ser que traigais por objeto el ver una manera de avenimiento entre la reina y vuestro hermano don Juan Núñez de Lara, que se dice viene sobre Mayorga, visto el dasastre que Dios ha enviado á los aragoneses, también venís tarde; porque de tal manera han sido los aragoneses castigados por Dios, que vuestro hermano se volverá en cuanto reciba la noticia, porque sólo no puede combatir la villa, que está muy defendida. Así, pues, ya vengáis á lo uno ó á lo otro, vuestra venida es de todo punto inútil, señora.

—¿Y si yo viniese á otra cosa?—dijo doña Juana.

—Os confieso que no sé á qué otra cosa podéis venir.

—Mirad—dijo la Palomilla dominandp al fin su timidez—; por hoy me importan muy poco la reina, el rey, mi marido, los aragoneses y mi hermano; no me meto en nada, allá se compongan como puedan; mi marido, creyéndose agraviado por la resistencia tenaz que la reina ha opuesto á casarse con el infante don Pedro, creyéndose además más débil para resistir al rey de Portugal que se acerca á Valladolid, no contando para ello con otro apoyo que con el de don Diego López de Haro, se ha ido á las Andalucías, á las fronteras del reino de Granada, y como á mí no me gusta estar cerca de los moros, porque les tengo miedo, me he quedado en Valladolid al lado de la reina.

—Perdonad—dijo Zayda Fatima—; no os ha-

béis quedado en Valladolid, puesto que estáis en Mayorga.

—¿Cómo había de permanecer en Valladolid —dijo ardientemente doña Juana—después de saber que vos estabais herido y maltrecho?

—Muchas gracias, señora; ¿pero habéis meditado bien el paso que habéis dado?

—Lo que se desea con el corazón, no se medita.

—¡Ah, señora!—exclamó Zayda Fatima—; desgraciado de aquel que no sabe ó que no puede dominar á su corazón; el corazón es ciego, y nos extravía, y Dios nos ha dado la razón y el conocimiento de nuestro deber, para que dominemos los impulsos ciegos del corazón.

—¡Cómo se conoce que vivís en compañía de un hombre que viste hábito de benedictino! ¿qué sermón me habéis encajado tan sin pedírosle yo? ¿os pesa que una hermana venga á cuidar de vos?

—El mundo, señora, no cree en estas fraternidades—contestó Zayda Fatima—: no verá más que lo que aparece, esto es, que una dama de alta alcurnia, una infanta, y además de esto, casada, ha venido á cuidar de un capitán de aventuras que se encuentra mal herido en el lecho, y juzgará por las apariencias.

—¿Y qué me importa á mí que piensen lo que quieran, si mi intención es buena?

—¿Y nada os importa tampoco de lo que piense vuestro marido?

—Mirad, no me he metido á pensar lo que de esto pensará el infante don Enrique; me necesita en gran manera, y nada se le ocurrirá que decirme.

—Pero vos debéis cuidar que no se diga ni de él, ni de vos.

—Me casaron con él por fuerza; convenía á mis hermanos este enlace, y yo cedí porque tenía el corazón libre; yo no he dado mi corazón á don Enrique, no puedo dárselo, ni le amo, ni puedo amarle.

—Basta, señora—dijo Zayda Fatima—, no quiero oir en vuestra boca tales palabras; además, son para mí muy peligrosas.

—¡Qué decís!

—Nada digo, sino que habéis venido á traerme la tentación y el peligro de perder mi alma.

—Pero ¿por qué decís cosas tan extrañas, tan serias, don Gutierre? ¿Por qué habéis de estar en peligro de perder vuestra alma, porque yo venga á cuidar de vos?

—Porque, señora, desde que os vi no os olvido.

—¡Qué decís!—exclamó toda trémula y palideciendo de emoción doña Juana.

—Digo que yo no puedo ni debo amaros, primero porque sois una mujer casada, después porque, aunque fuerais moza, yo no podía casarme con vos.

—¿Y por qué si yo fuera libre no podíais casaros conmigo?—dijo con altivez y nublando el bello semblante doña Juana.

—No por nada que pueda ofenderos—contestó Zayda Fatima, sino porque tengo hecho á Dios voto.

—¡Voto! ¿y de qué?

—Voto de no unirme jamás á otro ser, voto de contrariar, de dominar, de vencer mi amor; voto que he cumplido con un valor de que no me creía capaz.

—¡Cómo! ¿Habéis amado?

—He amado y amo—dijo tristemente Zayda Fatima—, he amado y amo con toda mi alma; pero este amor está vencido, martirizado, resignado; este amor, que morirá conmigo, es imposible: yo le he guardado en el fondo de mi alma, y el ser que me le ha inspirado no le conoce, no le conocerá nunca, y ese ser me ama como yo le amo á él: el pensamiento de ese ser busca á mi pensamiento; yo siento su alma en mi alma como él siente, estoy seguro de ello, mi alma en la suya; ese ser es mi sueño, le tengo siempre en mi corazón, y sin embargo, nunca le diré yo te amo; nunca yo te amo, me dirá él á mí: entre nosotros hay dos imposibles; mi voto solemne, y su dignidad, su honra.

—¡Ah!—exclamó doña Juana que estaba lívida—; ¿y quién es ese ser que tanto amáis?

—Perdonad, señora, pero no puedo deciros su nombre; básteos saber que es ilustre, muy ilustre.

—¡Ah!—murmuró de una manera ininteligible la Palomilla—¡la reina!

—¿Qué decís, señora?

—Digo que si yo no os considerara como mi hermano, sería muy desgraciada.

—¿Queréis seguir mi consejo, señora?

—¿Y cuál?

—Debéis volveros cuanto antes á Valladolid.

—Desdeñáis el afecto que me ha traído junto á vos—dijo la Palomilla, á quien se la saltaron las lágrimas.

—Ese afecto es una locura, señora; perdonad-

me si os lo digo; no sois libre, y aunque hayáis venido con la mejor intención del mundo, vuestro intento se calumniaría.

—¿Y qué me importa á mí de la calumnia?

—¡Ah!—dijo profundamente Zayda Fatima—la calumnia es terrible y mata de una manera infame al ser á quien muerde.

—¿Y qué os importa á vos que yo quiera vivir ó morir?—dijo la Palomilla, que estaba terriblemente irritada. ¡La calumnia! ¡bien! ¿hay acaso alguna persona que valga algo en nuestros tiempos que no esté calumniada? A éste le llaman ladrón, á aquél traidor, al otro asesino, y la misma reina...

—¿Qué dicen de la reina?—exclamó reprimiendo mal su cólera Zayda Fatima.

—Dicen que estima tanto á don Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, que no quiere tenerle en la corte y á su lado, por lo que le mantiene allá, en la frontera de los moros; pero añaden que de tiempo en tiempo, don Alfonso Pérez deja la frontera sin decir á nadie dónde va, y solo, sin más que un escudero de confianza, y á mata caballo, se viene adonde está la reina, á la que ve secretamente.

—¡Infames!—exclamó Zayda Fatima con un acento que tenía algo de rugido.

—Sí, infames, muy infames—exclamó doña Juana—, pero eso no quita que la infamia cunda y se crea; ¡bueno está el mundo! estorbad á alguien, y sólo porque le estorbáis, no atreviéndose á acometeros frente á frente, dirá de vos cuantas bajezas, cuantas miserias le sugieran su rabia y su cobardía. Ya veis, de mí dicen que soy la manceba del rey, de un niño, de un enfermo que nada tiene que pueda interesar un corazón, y añaden que mi marido lo sufre por la cuenta que le tiene y pensando en su engrandecimiento, y que por la misma razón lo sufren mis hermanos. Ya veis hasta qué punto han llegado, que se atreven á llamarme en son de desprecio la Palomilla: y ¡qué hay que hacer! ¿cómo se cierra la boca á tanto maldiciente, á tantos tontos que creen todo lo que oyen de buena fe, aunque sea lo más increíble, lo más repugnante? ¡La calumnia! ¿cómo ha de temerla quien ha sido ya mordido por ella?

—¡Oh! sí, sí; esta generación está maldita por Dios, y en vano se busca el remedio, porque lo que Dios sentencia, sentenciado está, y es de todo punto inútil querer evitar el castigo, cuando la ambición y las malas pasiones se apoderan de los hombres, cuando todos dan oído dócil á su soberbia, cuando el más estúpido se cree lleno de la ciencia de Salomón, cuando no hay más Dios que el dinero ni más religión que la vanidad, ni más fe que la soberbia, el hombre se embrutece y no le queda más que el valor y la ferocidad del lobo, para defender lo que posee, lo que ha robado, ó para quitárselo á otro; y entretanto los pobres pueblos desangrados, sufren y callan y se dejan desangrar más y más, y se estremecen por la batalla que dan ladrones á ladrones, sobre su terreno y sobre sus miembros. Dios lo quiere, Dios castiga en nosotros viejos crímenes de nuestra raza; Dios no nos perdonará sino cuando hayamos expiado cumplidamente el mal que hicieron nuestros padres.

—¡Ah! ¡Qué cosas decís, don Gutierre!

—Digo lo que es: hablo con la voz de la razón y de la justicia, herencia de traición es la nuestra, y las herencias de traición están malditas. Dios, que es la verdad; Dios, que es la justicia; es inevitable; dejadlos, dejadlos hacer; ellos irán cayendo uno á uno, dos á dos, ciento á ciento, mil á mil, como las hojas secas del árbol, para pudrirse en el lodo; el árbol echará hojas nuevas, hojas lozanas, hojas puras; las hojas están secas; el bramido del huracán se escucha ya á lo lejos en el espacio; las hojas secas caerán; el árbol quedará desnudo; pero, ¡qué importa! La primavera le pondrá lozano y pomposo; dejad, dejad que obre á la justicia del Señor.

—¿Conque, según vos, todos somos hojas secas?

—Sí; áridas, gastadas corrompidas; hemos arrancado al árbol cuanta savia hemos podido, y ya nada nos queda que arrancar; el árbol está seco y es necesario que el huracán le arrebate las ramas podridas para que retoñe; entretanto luchamos y mas luchamos: los buenos por mantener una sombra de derecho; los malos, por acrecentar su infame valía. Dejemos marchar el tiempo; no hemos de ser nosotros los que hemos de ver el fin de tantos males; no perecerá la monarquía, pero irá abriéndose paso sobre un mar de sangre; terribles tiempos, más terribles aún los que vendrán; traición heredamos y traición dejaremos por herencia á nuestros hijos. ¡Cuánta infamia! ¡Cuánta vileza! La reina, la pobre reina, una mártir, el corazón más grande que alienta sobre la tierra, y desobedecida, injuriada, amenazada, y, sobre todo, lo que es horri-

ble, desesperante, calumniada. ¡Ah! ¡Malditos! ¡Infames!

Y los ojos de Zayda Fatima ardían, relampagueaban, amenazaban.

—¡Oh! ¡Dios mío, y qué fiereza!—exclamó asustada la Palomilla.

—Fiereza inútil, fiereza impotente: ¡qué pueden hacer un corazón solo, una sola cabeza, un solo brazo, contra la fuerza común de tanto miserable! Rugir de cólera, callar, sufrir, desesperarse; verlos á todos ciegos, extraviados, envolviéndose en sus propias redes, empeñados en lo que no puede ser, despedazándose por lo imposible, y devorando la rapiña, único fruto que de sus rudos combates queda entre sus manos; no hablemos más de esto; que se cumpla la justicia de Dios; por lo demás, señora, yo os suplico que os volváis á Valladolid; una ausencia de dos días es disculpable, se puede encontrar para ella un buen pretexto; libradme de vos.

—¡Que os libre de mí!—exclamó la Palomilla, alentando la esperanza que la sagaz Zayda Fatima le había dejado entrever.

—Sí, libradme de vos, señora, porque os lo confieso: desde que os vi no he podido olvidaros.

—¿Qué decís, don Gutierre? ¿Y ese ser que adoráis, ese imposible, esa ilustre persona?

—A los imposibles se renuncia, señora: y cuando con el corazón sediento de una felicidad que no hemos podido obtener encontramos otro ser adorable, estamos en gran peligro de rendirle nuestro albedrío, de enloquecer por él; yo no soy libre por mi solemne voto, ni vos lo sois por la fe que habéis jurado á un hombre.

—Yo os amo—exclamó, rompiendo por todo, la Palomilla—; sólo por vuestro amor, y arrostrándolo todo, he venido á Mayorga; vos pensáis en mí, y esto es para mí una felicidad infinita; dejadme, dejadme que esté á vuestro lado, que cuide de vustras heridas, que viva como no he vivido nunca, amando como nunca he amado.

—¡Ah, doña Juana! Qué hermosa sois y cuánto me embriaga vuestro amor.

—Romped vuestro voto como yo estoy dispuesta á romper mi juramento.

—¡Oh, jamás!—exclamó Zayda Fatima.—No quiero traer sobre mí ni sobre vos la maldición del Señor. Amé menos, sí, pero con un amor casto, con un amor del alma, con ese amor descendido de los cielos, que á nadie puede ofender, porque á nadie ofende lo que es puro, inmaculado: ¿no os lo he dicho ya? Desde que os vi no he podido olvidaros, y cuando os vi me estremecí de alegría y de terror, porque en vos se me presentaba una tentación.

—¡Me amaréis, me amaréis con toda vuestra alma!—exclamó la Palomilla.—Y yo lo sacrificaré por vos todo, todo, hasta la vida: soy poderosa, riquísima; vos sois bravo, terrible; yo os haré tan grande, ayudándoos, que no tengáis que temer á nadie, ni al rey.

—Pues bien, doña Juana: si me amáis, si estimás mi amor, obedecedme, sed dócil; ni á vos ni á mí nos conviene el que permanezcáis en Mayorga: volveos á Valladolid; no tengáis cuidado por mis heridas; no son peligrosas; tengo, además, aquí buenos amigos y leales servidores; los aragoneses, heridos por Dios, han perecido en su mayor parte, y habrán de volverse de un día á otro á Aragón; nada tendré que hacer ya en Mayorga, y me volveré á Valladolid á pelear por la reina, que en Valladolid está amenazada; allí nos veremos sin que vuestra reputación padezca, sin que nadie pueda saber que nos vemos; id, señora, id, yo os lo suplico; no permanezcáis por más tiempo á mi lado: las gentes con quienes habéis venido lo extrañarían.

—Quiero daros una prueba de amor obedeciéndoos—dijo la Palomilla.

Y se levantó.

—Pero juradme que no me engañáis, que en Valladolid nos veremos.

—Os lo juro—contestó Zayda Fatima—: nos veremos en Valladolid, para permanecer en él; servid lealmente á la reina.

—La serviré, porque vos me lo mandáis.

—Porque debéis servirla, señora, si queréis que Dios os ayude; id, id, no quiero que estéis más tiempo separada de vuestras gentes.

—Apartándome de vos hago el mayor sacrificio que me pudiérais pedir: pero os obedezco. Adiós, señor mío, y que pronto nos veamos.

—Id con Dios, señora, y que él os haga feliz.

La Palomilla salió llena de dudas, de celos, de esperanzas, de desesperación.

—Ese ser á quien ama, ese corazón de oro, esa ilustre persona, ¿quién es? ¿Quién puede ser más que ella? Ella, la reina: ¡y ella, que se interesa tanto por el caballero del Aguila Roja, y él que ha venido aquí á morir por ella! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Pero él no miente, no, y me ha dicho que yo le enamoro, y no me lo ha dicho sólo con las palabras, me lo ha dicho también con los ojos! ¡Oh, Dios mío! ¡Quién sabe! ¡Yo

soy más hermosa que la reina, más jóven! ¡La reina es un imposible, y yo no lo soy! ¡Si muriera don Enrique! ¡Oh, Dios mío, yo no he amado nunca hasta ahora! ¡Yo, hasta ahora, no he tenido celos! ¡Yo voy á volverme loca!

Al llegar á este punto de sus pensamientos, doña Juana, acompañada del conde don Lope, llegó á la plaza de armas del castillo, donde al pie de la escalera la esperaban su litera y algunos escuderos.

Despidióla el conde don Lope, entró en la litera, y salió del castillo.

## CAPÍTULO XVI

### DE CÓMO MURIÓ EL INFANTE DON PEDRO DE ARAGÓN

La gran casa de piedra de Valdemorilla, donde había entrado el alférez Zancudo y el rico hombre aragonés Pero Coronel, estaba silenciosa como una tumba.

Al pie de las escaleras, sentados acá y allá, amarillos, aterrados, había algunos hombres de armas que se pusieron penosamente de pie al pasar Pero Coronel y Zancudo.

Parecía como que no podían soportar el peso de los arneses.

El que en Valdemorilla no estaba apestado, estaba enfermo de terror.

La peste negra era una enfermedad horrible, una espantosa descomposición de la sangre, que mataba en pocos minutos y dejaba lívidas á sus víctimas.

Hay quien cree que la peste negra que afligía por aquellos tiempos á Europa no era otra cosa que el cólera morbo asiático, mucho más intenso, mucho más terrible que el que nosotros conocemos.

El ejército de Almanzor fué diezmado en Calatañazor por este azote.

En lo alto de las escaleras, en el ancho rellano, había también algunos hombres de armas pálidos y aterrados, porque aquel día había sido espantoso.

Algunos centenares de aragoneses, entre ellos muchos ricos hombres y primeros cabos del ejército, habían sucumbido.

El pánico se había apoderado de los no atacados por la enfermedad, y habían huído hacia León con los infantes don Juan y don Alfonso; sólo habían quedado Pero Coronel y un puñado de hombres de armas y de servidores que no habían querido abandonar al infante don Pedro, acometido gravemente por la peste.

Los religiosos, tanto de los dos conventos de Valdemorilla como de los de Mayorga, estaban siendo ángeles de caridad: nada les importaba la peste; acudían allí donde había apestados, y se llevaban los muertos para enterrarlos, para que no aumentase la infección.

Más de una vez, desde la puerta de la villa, por donde entraron en ella hasta la plaza el rico hombre y el alférez, habían encontrado algún cortejo fúnebre, compuesto de frailes que llevaban á enterrar un cadáver.

Las monjas habían salido también de su clausura, y estaban al lado de los enfermos y de los moribundos.

El toque de agonía seguía retumbando lentamente, y para aumentar lo pavoroso de la villa, la compañía franca de los Hermanos de la Selva la ocupaban en son de guerra, y rondaban además en pequeños escuadrones por fuera de los muros.

Y, cosa extraña: ni un solo fraile, ni una sola monja, fueron acometidos por la peste; ni un solo hombre de la compañía franca se sintió invadido por ella: parecía como que en aquella ocasión era de todo punto necesario ser aragonés para ser apestado.

Por eso se consigna como un milagro en las crónicas de aquel tiempo el levantamiento del cerco de Mayorga causado por la peste.

Todos vieron entonces patente la voluntad del Señor, de afirmar en el trono al rey don Fernando el IV y librar de enemigos á su buena madre, abandonada de sus vasallos.

Pero Coronel y Zancudo entraron al fin en una gran cámara, ensombrecida por tener casi cerradas las maderas de sus ajimeces.

En aquella cámara había un gran lecho con cortinajes rojos.

En el lecho el infante don Pedro, y alrededor de él, como hasta una docena de religiosos.

A la cabecera, por el lado de la izquierda, se veía á una monja anciana teniendo en una escudilla un medicamento, y animando dulcemente al infante para que le tomara.

—Es inútil, inútil, señora mía—murmuraba

el infante con la voz desfallecida—; siento sobre mí la muerte: dentro de poco estaré en el supremo juicio, y tengo miedo; no viene, no viene ese caballero del Aguila Roja, á quien he enviado á buscar.

—No puede venir, señor infante—contestó Zancudo, que había oído aquellas palabras y acababa de llegar junto al lecho—: el caballero del Aguila Roja está gravemente herido á causa de una infame asechanza de vuestro grande amigo el infante don Juan; pero no pudiendo venir á ver á vuesa merced el caballero del Aguila Roja, yo, que soy su alférez, vengo.

—¡Ah! ¿Sois vos alférez de don Gutierre de Silva?

—Sí, señor.

—¿Y os envía él?

—Sí, señor.

—Buenos religiosos, señora, amigo Pero Coronel, dejadme solo con este hidalgo—exclamó el infante—, yo os lo suplico.

Todos se retiraron; el infante y Zancudo quedaron solos.

—Acercaos, acercaos—exclamó el infante—; apenas tengo fuerzas para hablar.

—Alentaos, señor infante, alentaos—dijo Zancudo—, que no todos los acometidos por la peste negra mueren, y ya es una buena señal el que hayáis durado tanto tiempo.

—Hace tres horas estaba sano y bueno—contestó el infante—, y ahora apenas me queda vida para deciros algunas palabras.

—¡Tres horas!—dijo Zancudo—; pues esa es una eternidad para la peste negra, que mata como el rayo.

—No perdamos, no perdamos el tiempo—dijo el infante—: yo quería ver á vuestro capitán, porque sé que le estima mucho la señora reina doña María; pero puesto que sois su alférez, y como tal debe vuestro capitán estimaros en gran manera, oid lo que quiero que le digáis para que lo diga á la reina. Protesto que no la ambición, no ningún pensamiento bastardo me ha movido á desear mi casamiento con la reina doña María: ha sido un amor terrible, un amor que me abrasa las entrañas y que me mata más que la peste; no quiero morir con el desconsuelo de que la reina mi señora me crea villano: si he movido guerra ha sido por desesperado; si he pretendido obligarla á casarse conmigo ha sido porque esperaba, si lo conseguía, conociese cuánto era mi amor por ella.

—¡Diablo, diablo!—exclamó Zacundo—, ¡y qué desgracias tan negras! ¿Y que estas cosas las haya de causar el amor?

Y se acordó de Cinta que le traía de cabeza.

—Dejadme continuar—dijo el infante—, no quería yo mi casamiento con la reina para servir al rey don Jaime mi hermano, ni para ayudar á los planes ambiciosos de los reyes de Francia, Portugal y Navarra; una vez esposo de la reina, yo la hubiera defendido, yo hubiera asegurado la corona en la cabeza del rey don Fernando el IV: no me aflige la conciencia el remordimiento de una traición; quiero que lo sepa así la reina mi señora, y pongo por testigo de la verdad de lo que digo á Dios, ante cuyo inflexible tribunal voy á parecer dentro de poco; yo la amo, muero amándola; mi último pensamiento es para ella, y temo condenarme, porque en la hora de mi muerte no pienso en otra cosa que en mi funesto amor.

Y el infante se echó á llorar.

—¡Diablo! —exclamó Zancudo limpiándose los ojos con el revés de la mano—, que yo no sirvo para esto, y mejor quisiera encontrarme metido en el horno de una batalla, que verme delante de vuesa merced, que me está abriendo el alma: vamos, no sirvo, yo no había llorado en toda mi vida.

—Vos sois bravo y noble, caballero—exclamó el infante—, vos no habéis vacilado en acercaros al lecho de un apestado.

—¡Caballero, caballero!—dijo Zancudo—, ya va de dos, á la de tres, se quedará en nada: ¡válgate el diablo por caballería! En fin, valor señor infante, valor, yo diré todo eso que vuesa merced me ha dicho á mi capitán, sin quitar ni poner letra ni tilde, y mi capitán lo dirá, cuando la vea, á la señora reina doña María.

—¡Dios os lo pague á los dos!—contestó el infante—: decid además á vuestro capitán que me perdone por haber faltado al juramento que le presté en la Selva del Abrojo, que me perdone la traición que contra él urdió el infante don Juan, y en la cual yo tuve alguna parte: decidle que sé quién es, porque me lo ha revelado el infante don Juan, y que me causa veneración y asombro el milagroso valor de que está dotado.

—Qué, ¿sabe vuesa merced quién es el caballero de Aguila Roja? Es decir, de qué casa real es infante.

—Es infante de una gran casa, de una casa

poderosa, hijo de un gran rey; pero no os diré quién sea ese rey, no os venderé el secreto con que se cubre el caballero del Aguila Roja; no me preguntéis más, aprovechemos el tiempo, estoy muy débil, quitadme una cadena de oro que traigo al cuello.

Zancudo obedeció.

Pendiente de la cadena había un medallón, en aquel medallón se veía uno de aquellos riquísimos esmaltes de la Edad Media, que tanto se admiran hoy, representando á la santísima Virgen del Pilar de Zaragoza.

—¿Y qué hago con esto, señor infante?—dijo Zancudo—, porque creo que no me la daréis para mí.

—No; á vos os daré otra cosa que la estimaréis en más.

—Muchas gracias, señor—dijo Zancudo—, deseando saber qué cosa sería lo que le daría el infante.

—Si yo no hubiera sido injusto, moviendo guerra á la reina doña María—dijo el infante—, esa imagen de nuestra santa patrona la Virgen del Pilar, que está bendecida por el Papa y que tiene dentro de sí, en el hueco del relicario, un verdadero "lignum crucis", me hubiera protegido contra las lanzas enemigas y contra la peste; pero la madre del Señor no puede proteger al injusto, al usurpador violento, y de nada me ha servido ese sagrado relicario; pero la reina doña María es buena, la reina doña María no hace ni piensa nada que no pueda ser afecto á los ojos de Dios: para ella será una ayuda poderosa, una defensa invencible ese relicario: dadlo á vuestro capitán para que él lo dé á vuestra reina, que la diga que me llevo su amor á la tumba, que la amaré hasta en la eternidad; que la pido con las lágrimas en los ojos que me perdone todo el mal que la he hecho.

—Pues mirad, señor infante—dijo Zancudo—, yo os perdono en nombre de su señoría, porque según de su señoría he oído hablar á mi capitán, estoy seguro de que su señoría os perdonará.

—Así lo espero, y con ello cuento para que Dios extreme conmigo su misericordia, oyendo las súplicas de la noble reina doña María. Aún me queda algo que deciros: manifestad de mi parte á vuestro capitán que deseo conserve siempre en memoria mía la buena espada de mi abuelo el rey don Jaime, que me ganó en campaña leal en el camino de Valladolid: decidle que yo le saludo al morir, y le doy con mi voluntad un ósculo de hermano, como infante que es hijo de rey; y ahora vos, id á aquella escarpia donde está mi arnés, tomad de él mi puñal de misericordia, y guardadlo por toda vuestra vida en memoria de que habéis asistido á la agonía del infante don Pedro de Aragón y de que habéis sido su mensajero.

Zancudo, con más viveza de lo que hubiera debido atendida la situación, buscó el arnés con la vista, le encontró, se fué á él, tomó el puñal de misericordia del infante, y se le alegraron las entrañas.

La empuñadura era de oro macizo, grande, y tenía muchos y grusos diamantes y rubíes.

La vaina era también de oro, y tenía á lo largo, sobre bellos esmaltes, una carrera de gruesas perlas; una corona real terminaba la empuñadura.

—Ese puñal fué de mi padre—dijo el infante—, no hirais con él sino á los enemigos, á los que merecen morir, porque tiene la hoja envenenada.

—Verdaderamente puñal de rey—dijo Zancudo—: ¿y qué más se os ocurre, señor infante?

—Que no olvidéis ni una sola palabra de las que os he dicho, que afirméis á vuestro capitán cuán encendido, cuán inmenso es el amor que me devora por la reina doña María; cuánto hubiera yo hecho por ella si ella me hubiera amado; decid que habéis visto llorar por su amor al infante don Pedro, y en cuanto á vos, que yo suplico á la reina os haga caballero, si no lo sois, y os de algo con que honrar la caballería en memoria del desdichado que muere amándola.

—Dios os perdone, señor infante—exclamó Zancudo—; Dios os perdone por mucho que sea lo que tenga que perdonaros: en cuanto á mí, juro á vuesa merced hacerle decir cuantas misas pueda, si es que muere, que eso aún no se ha visto, y rezar por su alma todos los ratos que tenga desocupados: otrosí; todas las noches, donde yo duerma, si hay proporción, estará ardiendo una lamparilla por vuestra alma.

—Dios os lo pague todo, pero me siento morir; idos ó quedaos, como queráis, pero avisad á esos buenos religiosos para que vengan á auxiliarmen en mi agonía.

Zancudo salió á la antecámara, donde los religiosos, con algunas monjas estaban; les manifestó el deseo del infante.

Todos, incluso Zancudo, á quien le pareció mal dejar sin acabar de morir al infante que tan bien se había portado con él, entraron.

Algunos minutos después, el infante había muerto.

—Pues señor, los otros se han ido, se ha muerto éste, no hay un aragonés que pueda tenerse de pie; el cerco de Mayorga ha concluído de todo punto; me alegro: lástima que esto no haya sucedido mucho antes, así nos hubiéramos excusado muchas batallas y muchos porrazos, y que todavía en cuanto hago el más ligero movimiento, me duele este hombro que me rabia; ¡mal rayo! la lástima es que quede uno solo para contarlo.

Esta fué la oración fúnebre que Zancudo pronunció á dos pasos del cadáver den infante don Pedro; si la hubiera pronunciado en voz alta y le hubiera reprendido algún religioso, recordándole el amor al prójimo, hubiera dicho sin vacilar:

—No es mi prójimo el que arrima á un cristiano una mazada tal como la que yo tengo sobre mi clavícula izquierda.

Zancudo era un protervo que á pesar de esto tenía mucho de buen hombre, y creía en Dios á pies juntillas, sólo que no veía el prójimo en el enemigo, lo cual es un error de que por desgracia adolece la humanidad entera.

Zancudo se salió de la casa en cuanto hubo muerto el infante don Pedro, cobró abajo su caballo, tocó su bocina, recogió la gente de la compañía que estaba diseminada en el interior de la villa, salió de ella, llamó al resto de la gente, se puso en marcha, y á la caída del sol, habiendo dejado á la gente en su campamento, entraba en la cámara de Zayda Fatima.

—Y bien—dijo ésta—, me parece que habéis vuelto demasiado pronto para haber podido coger á los infantes don Alfonso y don Juan.

—Sí—contestó Zancudo—, échales un galgo; están ya en tierra de León y bien asegurados, pero se nos ha quedado aquí el infante don Pedro.

—¿Y por qué no os habéis apoderado de él? siempre hubiera sido una buena presa.

—¿Y para qué queríamos un muerto?—dijo Zancudo.

—¡Muerto!—exclamó incorporándose Zayda Fatima—¿ha combatido?

—Sí, con la peste negra, y no ha podido vencerla.

—¡Ah!—exclamó Zayda Fatima—la mano de Dios.

—Pues mirad que el infante lloraba y me decía: decid á vuestro capitán, para que lo diga á la reina mi señora, que me habéis visto llorar por su amor.

—¿Y quién dijo al infante don Pedro que la viuda de Sancho IV podía amarle?

—Qué quiere vuesa merced; el infante don Pedro me ha dicho muy buenas cosas: que tenía las entrañas abrasadas por su señoría, que si su señoría le hubiera amado, él la hubiera defendido contra todos los reyes del mundo, y á su hijo, y me ha repetido cien veces lo que amaba á su señoría, y que su amor le mataba tanto como la peste, y me ha dado este relicario con la imagen de la Virgen del Pilar de Zaragoza, y un *lignum crucis* bendecido por el Papa, para que se lo llevéis á la reina y le sirva de amparo: y me ha dicho también que sabe quién es vuesa merced y de qué casa real es infante, porque se lo ha dicho el infante don Juan, y que está asombrado del milagro de vuestro valor y de vuestra fuerza.

—¿Y no os ha dicho de qué casa real soy yo infante?—preguntó Zayda Fatima mirando profundamente á Zancudo.

—No, señor, ni yo se lo pregunté, porque no me entrometo yo en saber secretos de tan altas personas.

—Hizo bien, y vos habéis hecho mejor, porque el conocimiento de ese secreto os hubiera costado muy caro. ¿Y qué más?

—El infante me mandó os dijese que conservarais siempre en memoria suya la buena espada de su abuelo el rey don Jaime, que le quitásteis en leal batalla: á mí me ha dado este rico puñal que dice era de su padre, y lo que importa más, señor infante, me ha encargado digáis de su parte á la señora reina doña María, que en memoria suya, y por haber yo sido su mensajero, me dé la reina la orden de caballería con algo qué para sustentarla. en lo que yo creo decía muy bien el señor infante de Aragón, porque el que trae y lleva los mensajes de tales personas, debe de ser caballero.

—Caballero seréis, Zancudo, yo os lo afirmo, que bien lo merecéis por valiente, franco y leal. Ahora, volvéos al campo y esperad mis órdenes.

Zancudo se fué.

Entró el conde don Lope, y Zayda Fatima le relató todo lo que á ella le había relatado Zancudo.

## CAPITULO XVII

DE CÓMO FUÉ EL ENTIERRO DEL INFANTE DON PEDRO DE ARAGÓN Y DE ALGUNOS OTROS MAGNATES ARAGONESES.

Tres días después, había gran bullicio y gran curiosidad de gentes en Valladolid.

Esta inmensa concurrencia rebosaba por la puerta del puente Mayor, y se extendía hacia la carretera de León.

Muchos llevaban botas llenas de vino y meriendas, y los mejor acomodados iban vestidos de días de fiesta.

¿Qué era aquello?

Se esperaba á los aragoneses, pero se les esperaba sin temor ninguno, porque venían muertos: eran los cuerpos del infante don Pedro, de los ricos hombres don Gimen de Urrea, don Remon de Urgel y otros, hasta el número de diez, á quienes venía acompañando el rico hombre Pero Coronel, á quien ya conocemos.

El resguardo de estos difuntos le daba la compañía franca de los Hermanos de la Selva, de la cual era capitán transitoriamente el rico hombre García Fernández de Villamayor, por no haber dejado aún el lecho Zayda Fatima y haberse quedado con ella el conde don Lope.

No faltaba, sin embargo, Melchor Zancudo, que llevaba enhiesto su estandarte en medio de los jinetes, llevando á su lado al Zurdo, que se había transformado en un buen hombre de armas, y que seguía á Zancudo, no porque le llevase éste preso, sino porque se había acostumbrado de tal manera á ir detrás de él, que se había convertido en su sombra.

Esto desesperaba á Zancudo, que le había dicho ya más de tres veces:

—¿Creeis que temo que se me os escapéis, y para quitarme ese cuidado os venís detrás de mí?

—No, no, señor—contestaba flemáticamente el Zurdo—; es que os he tomado cariño.

Y como Jusepillo no se separaba nunca de su maestro, resultaba de aquí que Zancudo, mal de su grado, llevaba siempre buena compañía.

¿Por qué venían aquellos cuerpos muertos á Valladolid? ¿Era acaso porque la reina quería gozarse con la vista de los cadáveres de sus enemigos?

No cabía esto en el noble corazón de doña María.

Era al contrario, una muestra de su generosidad.

Cuando murió el infante don Pedro, encontrándose Pero Coronel con aquel cadáver y con los de otros nueve aragoneses, ricos hombres, amigos, y aun parientes suyos, y no queriendo fuesen sepultados en tierra extraña, envió un correo pidiendo á la reina su seguro, para que las gentes de Mayorga que habían ocupado á Valdemorilla, dejasen salir camino de Aragón aquellos cadáveres.

La reina no había hablado aún con Zayda Fatima, y por consecuencia, no podía saber la buena disposición de ánimo en que respecto á ella había muerto el infante don Pedro.

Creía que había tenido en él su más irreconciliable enemigo, y sin embargo, envió su real carta de seguro á Pero Coronel para que pudiese sacar los cuerpos muertos de los aragoneses que quisiese para trasladarlos al suelo patrio, procurando por medio de órdenes á sus vasallos, que aquéllos podres restos fuesen conducidos con todo el decoro posible.

Llegó la fúnebre comitiva en la tarde de uno de los últimos días de Agosto á Zaratán, pueblecillo situado á un cuarto legua de Valladolid.

La comitiva venía en el orden siguiente:

A vanguardia, cien jinetes de la compañía franca de los Hermanos de la Selva; después, una manga de ballesteros; luego, el merino de Valdemorilla con algunos de los del concejo de aquel pueblo: después, veinticuatro frailes de San Francisco de la villa de Mayorga; luego, otros veinticuatro del de Capuchinos, de la misma villa; doce después de cada uno de los dos conventos de Valdemorilla.

Todos estos, merino, concejales y religiosos, en mulas: después, doscientos jinetes de la compañía franca, y por último el resto de sus peones.

Entre las religiosos que iban en dos largas filas, venían los cuerpos muertos, en grandes camillas, cubiertas por un paño y conducidas á manera de litera, por una mula delante y otra detrás.

Estas mulas las conducían palafreneros con la librea del difunto, y la seguían criados suyos que habían quedado milagrosamente vivos.

Delante iba el infante don Pedro, luego don

Gimen de Urrea, luego don Remon Urgel, y por último, los otros siete caballeros.

El gentío que había salido de Valladolid y que se había prolongado más allá de Zaratán, era inmenso.

Acudían, como el vulgo acude á todo acontecimiento, sea del género que fuere.

Decapitad al héroe más popular, y á ver la ejecución acudirá el buen vulgo como á una fiesta.

Siempre lo mismo las masas: cualquier cosa las mueve.

Cierto es que iban á ver á los enemigos muertos; pero siempre era un espectáculo lúgubre, poco divertido en verdad.

En el pueblo de Zaratán, enviado por la reina, estaba el clero catedral de Valladolid con su capilla, montados obispo y canónigos en sendas mulas, y en asnos músicos y seises.

Lo cual no dejaba de hacr una buena visualidad.

En Zaratán hubo uno de los altos funcionarios de la corte que había acudido, enviado también por la reina, que reparó en que los paños que cubrían los féretros eran tan poco decentes, que daba grima verlos; tal estaban de manchados de cera y de acribillados de agujeros y de rasgones.

Parecióle al tal señor que no estaba bien que habiendo mandado la reina se hiciesen aquellas honras á sus enemigos muertos, por razón de su categoría, fuese la honra incompleta, y deteniendo en Zaratán al cortejo fúnebre, avisó á la reina con un correo, de que los paños que traían los difuntos, eran tales, que no se podían mirar.

A la media hora volvió el mensajero con una acémila cargada de sendo y ricos paños de tartarí, que fueron puestos sobre los ataudes, adecentándose de este modo el aparato.

No podía pedirse más generosidad á la reina, puesto que no era bastante rica para hacer frente, sin sacrificio, á tales dispendios, á los que había que añadir algunos centenares de hachones de cera qun se enviaron para que los llevasen encendidos en las manos todos los que componían el fúnebre cortejo, excepto los soldados y los músicos de la capilla de la catedral, que mal hubieran podido tañer si hubiesen llevado un cirio en las manos.

Ordenóse en Zaratán el entierro en la forma siguiente:

Media compañía de lanzas de los Hermanos de la Selva, delante con trompas, atabales y trompetas, y con el estandarte abriendo la marcha.

Después, el merino de Valladolid con el concejo de la ciudad.

A seguida, una comisión, por decirlo así, de frailes de cada una de las comunidades.

Después, los otros frailes que habían venido durante todo el camino, con la sola diferencia de que dejaron las mulas para ponerse en armonía con los de Valladolid, que por ser corta la distancia, y menos blandos que el clero catedral, habían venido á pie.

A seguida, en grupo, algunos ricos hombres, camareros y pajes de la servidumbre de la reina y del rey, vestidos de gala y con hachones en las manos.

A seguida, entre dos hileras de lanzas, por honor, los ataudes.

Después, en sus mulas, el obispo y los canónigos, y en sus burros, la capilla con el guión episcopal, entonando la vigilia.

A seguida, la otra mitad de las lanzas y todos los peones de los Hermanos de la Selva.

Y meclados entre éstos fraternalmente, los legos que llevaban del ronzal las mulas de sus padres.

Por último, ruidosa y heterogénea la inmensa multitud de curiosos que habían salido de Valladolid.

Tan larga era esta procesión, que cuando los trompeteros y atabaleros de la compañía franca llegaban al puente Mayor de Valladolid, la cola tocaba todavía al pueblo de Zaratán.

Más allá de la puerta del puente, en los miradores de una gran casa de piedra perteneciente al rico hombre Gil de Arévalo, estaban la reina doña María, con el rey su hijo, y gran parte de sus servidores, todos modestamente vestidos.

Don Diego López de Haro, que tras de la reina estaba, al pasar los ataudes, lanzó sobre ellos una mirada sombría.

Tal vez al contemplar aquella miseria, pensaba que en el porvenir podía caer sobre él otra miseria semejante.

Aquellos hombres que tan soberbios habían entrado en Castilla, habían sido reducidos de una manera terrible á la nada.

El señor de Vizcaya empezó á sentir miedo á aquella reina tan patentente protegida por Dios.

Al pasar los ataudes, la reina se arrodilló y oró, y por imitación se arrodillaron el rey y los cortesanos.

El rey se alegraba, y debía alegrarse de la destrucción de sus enemigos, y á los cortesanos ni les iba ni les venía, pero se había arrodillado la piadosa reina, y era necesario que se arrodillasen todos.

El fúnebre cortejo acabó de pasar, y la reina, el rey y la comitiva se retiraron al cercano Alcázar.

La reina iba triste y acongojada; acababa de ver algo terrible, algo miserable, algo conmovedor, y su gran corazón se había oprimido.

Llevaron los difuntos á la catedral, cantáronles un responso, y luego cón algunas lanzas y algunos religiosos, los sacaron de la catedral y de Valladolid, y tomaron con ellos el camino de Aragón.

## CAPITULO XVIII

### QUE SIRVE DE EPÍLOGO AL LIBRO TERCERO

Tal había sido la conclusión de aquel cerco de Mayorga, que se había puesto con tanta soberbia y con tantas seguridades de triunfo.

Como que los aragoneses contaban con la rebelde ayuda de los principales próceres castellanos, con la de los reyes de Portugal, de Francia y de Granada.

Todo lo había deshecho la voluntad de Dios, y de una manera espantosa.

La situación empezó á cambiar de aspecto.

Lo milagroso de aquel suceso había vuelto en gran parte las cosas en favor de la reina.

Empezaban á prestarle ayuda muchos caballeros con sus mesnadas, y aunque el rey de Portugal seguía avanzando hacia Valladolid, no venía con tanto ímpetu como antes.

Parecía que le causaba cierta zozobra pensar en que como había agarrado la peste á los aragoneses, podía agarrarle á él y á los suyos.

—He aquí un ejército—decía don Dionís hablando de esto—, que no le ha tenido de coste á la reina doña María ni un solo cornado.

La verdad es que don Dionís andaba dudoso, y que si no hubiera sido por dejar bien puesta su honra portuguesa, se hubiera vuelto, sin andarse en esperas á su reino.

La situación, aunque algo despejada, era todavía para doña María de Molina sumamente difícil.

No era muy claro, que á pesar del terror que había causado á los aragoneses el exterminio de su ejército por la peste, el rey don Jaime, que andaba en tierras de Murcia, no se volviese sobre Castilla.

El rey de Portugal avanzaba, aunque lentamente.

El de Francia amenazaba desde las fronteras de Navarra.

El rey de Granada corría las fronteras de su reino, dando mucho que hacer á Guzmán el Bueno, y muy poco al infante don Enrique, porque como estaba en connivencia con él, no enviaba por aquella parte sus taifas.

Don Juan Núñez de Lara, don Juan Alfonso de Haro y muchos ricos hombres castellanos, venían con el rey de Portugal, quejosos de que la reina no hubiese satisfecho una vez más su insaciable ambición.

Doña María, por otra parte, no tenía dinero ni de dónde le viniese, y sus caballeros andaban descontentos por mal pagados.

Aquello se hacía á cada momento más difícil.

Quince días después, Zayda Fatima, ya restablecida, aunque débil, vino á su campo, cerca de Valladolid, situado en el mismo lugar, fuera del arrabal de los Molinos, en que había estado antes.

Encontró la cava; pero fué necesario hacer de nuevo la estacada y las barracas, porque habían cargado con todo los vecinos del arrabal.

Zancudo y todos los que pensaban algo en la compañía, se asombraban de que nunca faltase dinero á su capitán para tan enormes gastos, y Zancudo decía con mucha frecuencia:

—¡Cuerpo de mi bisnieto, aquel que vendrá no se sabe cuándo! qué gran rey debe ser el rey padre de nuestro infante, cuando da á la mano tanto dinero á su hijo.

Zayda Fatima, el mismo día que llegó, por la noche, fué á ver, acompañada del conde don Lope, á la reina, por la mina que empezaba en la ermita de Nuestra Señora del Carmen.

La reina la recibió con alegría, y Zayda Fatima cumplió el encargo que la había cometido

por medio de Zancudo el infante don Pedro de Aragón, y dijo tomando el relicario:

--Me negué á sus pretensiones de ser mi marido; pero acepto esta manda sagrada de un desventurado moribundo: que Dios quiera me proteja esta santa reliquia, ya que por sus malas obras contra mí, que yo le perdono, no le ha podido proteger.

Y la reina guardó el relicario entre sus ropas, pero no se lo puso en la garganta; le había llevado un hombre enamorado de ella.

Las cosas fueron mejorándose.

La reina envió mensajeros al rey de Portugal, que adelantaba sobre Valladolid, para que le recordasen los deberes que para con el rey su hijo había contraído voluntariamente.

Pero cuando el rey de Portugal supo que iban á buscarle enviados de la reina, no quiso que llegasen á él, y envió á decirles que se volviesen, que no quería oir nada de lo que les había mandado la reina le dijesen.

Volvieron los mensajeros á Valladolid, y manifestaron á la reina el mal éxito de su encargo.

Esto afligió á la reina, porque dilataba aquella situación penosa, y no podía soportar los gastos de la guerra, porque todo lo que producían los tributos, lo tenían el infante don Enrique y don Diego López de Haro, y los otros ricos hombres y caballeros que servían al rey.

Tenía necesidad de dar á don Diego López de Haro y á los otros caballeros dos mil maravedises diarios para que se mantuviesen y no abandonasen al rey.

Además de esto, necesitaba mantener los soldados que tenía en la frontera del reino de Granada y á los que en lo restante del reino guardaban las villas y los castillos.

Sin contar con el mantenimiento de muchos almogaraves y hombres de guerra.

Exigíanle además con suma frecuencia muchos caballos los hombres de armas, aunque les mataban muy pocos en la guerra; lo cual, aunque era un abuso, no podía excusar, encontrándose pues, á causa de esto muy pobre; y sabiendo que todos sus enemigos estaban de acuerdo con el rey de Portugal para venir á cercar al rey en Valladolid, pensó en acuñar moneda por el rey, en lo que buscaba dos resultados: afirmar primeramente al rey en el trono, y hacer que, cuando los enemigos lo supiesen, la respetasen más, porque la considerasen con dinero suficiente para hacer la guerra.

Consultó esta medida la reina con don Diego López de Haro y con los prelados, ricos hombres y caballeros que la servían, y todos hallaron buena y aprobaron la determinación de la reina.

Envió luego la reina mensajeros con este propósito á los concejos de Zamora, Burgos, Avila y Segovia, y ellos, conociendo la buena razón que para esto tenía la reina, se complacieron y lo otorgaron.

Mandó, pues, la reina acuñar la moneda, y obtuvo sobre ella un empréstito ó *manlieva,* como se decía entonces, con lo que pudo pagar cumplidamente á sus defensores y mantenerlos á su servicio.

Pesóle mucho de esto al rey de Portugal cuando lo supo, y confesó que ninguna otra cosa podía haber hecho la reina doña María que más dañosa hubiese sido para él ni más beneficiosa para el rey.

Sin embargo, no dejó de adelantar hacia Valladolid, ocupando las villas y lugares que encontraba al paso y destruyendo la tierra.

Visto lo cual por la reina, apellidó á todos los caballeros en Castilla para que viniesen á socorrer al rey, que estaba en peligro de ser cercado en Valladolid.

Pidió consejo á don Diego López de Haro, al maestre de Santiago y á todos los caballeros que la asistían, acerca de lo que debería hacerse.

Aconsejáronla que no esperase á ser cercada en Valladolid, y con el rey su hijo se fuese á Avila ó á Segovia ó á Toledo, para evitar el gran peligro de ser cercados sin esperar socorro alguno.

Negóse á este partido la reina doña María, que conoció que huir era dar aliento á los enemigos y desalentar á los amigos, y declaró que ella permanecería en Valladolid, y se dejaría cercar, porque si del cerco salía bien, lo habría ganado todo; pero que en cuanto al rey, por evitar el peligro de que fuese preso, podían llevarle adonde pareciera mejor; pero que ella se quedaría en Valladolid para lo que Dios quisiese, afrontando el peligro, si lo había.

Y cuando todos vieron que no podían reducir á la reina á que huyese, dijéronla que, puesto que quería quedarse, quedase, pero que con ella quedase también el rey, porque así se obligaría más á la defensa á los de Valladolid.

Acordado esto, la reina envió cartas á don Juan Alfonso de Haro, manifestándole el peli-

gro en que se encontraba, y que viniese á ayudarla.

A lo que don Juan Alfonso de Haro, contestó que no podía hacerlo, porque estaba desheredado del señorío de los Cameros, y que si la reina no se lo daba, no iría á ayudarla.

A tal altura estaba entonces la lealtad en Castilla, sujeta á tarifa. Bien es verdad, que así, sobre poco más ó menos, ha sucedido en tiempos más modernos.

Costaba mucho trabajo á la reina ceder á esta exigencia de don Juan Alfonso de Haro, porque el rey don Sancho su marido, había heredado aquel señorío de su hermano el infante don Jaime, y le tenía en mucha estima, y al morir el rey había dejado este señorío al infante don Pedro su hijo, que entonces tenía cuatro años.

Pero obligada de la necesidad, y porque don Juan Alfouso de Haro tenía muchas villas y fortalezas en Castiila, é importaba mucho tenerle á buen servicio, mandó al fin entregar el señorío de los Cameros á don Juan Alfonso de Haro.

Esto era contemporizar: siempre ceder, siempre puesta la esperanza en Dios, de que llegase un día en que cesaran tantas humillaciones.

Conseguido esto por don Juan Alfonso de Haro, empezó á hacer alistamiento de gente de armas y preparativos, para venir á ayudar al rey en Valladolid.

Había recibido el precio, y era necesario prestar el servicio.

Entre tanto, el infante don Juan, que se llamaba rey de León, y el infante don Alfonso de la Cerda, que se llamàba rey de Castilla, y don Juan Núñez de Lara, que estaba en el reino de León, como supieron que el rey de Portugal adelantaba á Valladolid, fuéronse para él con sus huestes, y le encontraron en Salamanca, y cuando con él se vieron, dijéronle que toda la tierra tenía quebrantada, y que podían irse á Valladolid todos juntos, seguros de que podían prender al rey; que preso, le quitarían el reino, y se lo repartirían.

El rey de Portugal movió entonces su hueste, avanzando más sobre Valladolid, y llegando al Duero, pasaron junto á Tordesillas, y á otro día llegaron á Simancas, donde estableció su campo y envió un caballero á la reina doña María, para que la dijese enviase otro caballero en quien ella fiase para hablar con él algunas cosas que quería supiese la reina.

Negóse á esto doña María, y respondió al enviado del sey de Portugal:

—Decid á vuestro señor de mi parte, que teniendo él solemnes tratos hechos con el rey mi hijo, como lo acreditan cartas suyas, y habiéndole dado el rey villas y fortalezas en cumplimiento de estos tratos, le entra ahora por la tierra quemándole, robándole y arrasándoselo todo; y puesto que él este daño le ha hecho, y le viene á cercar en su villa de Valladolid, decidle que le digo yo que si él llega con su hueste á ningún lugar desde donde pueda ver con sus ojos á Valladolid, donde está el rey, ó si se detiene más en su reino, tenga por cierto y por seguro, que su hija la infanta doña Constanza, no llegará á unirse con el rey mi hijo, por más que sea su desposada, y que se la enviaré para que la guarde.

Volvióse el enviado con esta enérgica respuesta de la valiente reina, y halló al rey de Portugal más allá de Simancas, y por lo que el enviado le dijo, y porque había recibido aviso de que se fuese á Castil Rodrigo y á Sabugal y á Alfayates, que se los entregarían, y además, porque don Juan Núñez, viéndole resuelto á cercar á Valladolid, le dijo, y asimismo los otros caballeros castellanos que con él estaban, que no cercarían al rey don Fernando, ni mandarían tirar piedras, ni saetas, ni otras armas, contra el lugar donde él estuviese, y habiendo dicho esto mismo los caballeros que servían á los infantes don Juan y don Alfonso, temió que si se obstinaba en lo del cerco, y toda aquella gente de guerra se fuese con el rey don Fernando, se encontraría en gran peligro, é imposibilitado tal vez de volver á su reino, levantó el campo, y al día siguiente pasó el Duero, llegó á Medina del Campo, y allí, separándose de él los dos infantes, y don Juan Núñez de Lara, y los otros caballeros castellanos, volvióse á gran paso hacia su tierra, metiéndose en ella.

Otro milagro acababa de salvar á la reina doña María, porque era verdaderamente un milagro que á don Juan Núñez de Lara y á los otros traidores de Castilla, que ayudaban al rey de Portugal, se les ocurriese respetar de tal manera al rey, de cuyo señorío se habían desnaturado, que no quisiesen arrojar piedra ni saeta, ni otras armas, al lugar donde el rey estuviese.

Verdad es que la reina doña María tenía dinero, por el empréstito que había sacado sobre

la moneda, y se podía esperar pagase bien á los que se fuesen de nuevo á su servicio.

Abandonados los infantes don Juan y don Alfonso, y ciegos de rabia, fuéronse á Palenzuela, desde donde el infante don Juan se fué á su usurpado y mal seguro reino de León, y el infante don Alfonso, con el rico hombre Pero Coronel y muy pocos caballeros, se fué á Aragón.

Tales fueron los resultados de el, para los aragoneses, funestísimo cerco de Mayorga.

A haber tomado aquella villa, hubieran tenido una fuerte base de operaciones, se hubieran apoderado de Burgos, hubieran ganado por las ventajas de la guerra tanto prestigio como hubiera perdido doña María, y la perdición del reino hubiera sido asaz segura para el rey don Fernando.

La peste negra le había salvado, y aquel socorro imprevisto, aquel socorro terrible, cambió de todo punto el estado de las cosas, y se tuvo con harta razón por milagro.

# LIBRO CUARTO

## El infante don Enrique.

### CAPITULO PRIMERO

DE CÓMO DON ALFONSO PÉREZ DE GUZMÁN DIÓ EN EL MAL HECHO DE IMPEDIR QUE LOS MOROS MATARAN AL INFANTE DON ENRIQUE.

Mal le habían salido sus negocios con el rey de Granada al infante don Enrique en lo de la venta de la villa de Tarifa.

Porque si don Enrique estaba muy en ello, no lo estaba don Alfonso Pérez de Guzmán, el Bueno, que tenía siempre fija la vista en aquellos terribles muros, que le habían costado la vida de su hijo defendiéndolos por el rey de Castilla.

Y tanto temía el rey moro á Guzmán el Bueno, que en lo de Tarifa no pudo haber avenencia, y llegó el caso de que Mojammet-el Ansarí receló que Guzmán el Bueno y el infante don Enrique estaban en inteligencia para entretenerle con lo de Tarifa, para que no corriese la frontera cristiana; de tal modo se irritó contra el infante don Enrique, que si un moro que poseía la confianza del rey y era muy amigo de don Enrique no le avisara á tiempo y no se escapara el infante don Enrique una noche de Granada, descolgándose por un adarve de la puerta Elvira, ciertamente que lo pasara muy mal.

Fuese el infante á Córdoba.

Por este tiempo habían tenido lugar grandes sucesos en Castilla, favorables al rey.

El rey de Portugal, al retirarse, llegó á Castil Rodrigo, que era de don Sancho, hijo del infante don Pedro, y el alcaide le entregó la villa, y luego dió sobre Alfayates y Sabugal, que eran del señorío del rey, y que se le entregaron sin combatir, y de este modo el rey de Portugal tuvo toda Rivadecoa hasta Ciudad Rodrigo.

Estas ocupaciones del rey de Portugal en señoríos de Castilla, causaron á la reina gran sentimiento, y como vió que no tenía buenos y leales defensores extremó más su energía para combatir á todos los enemigos del rey, que pretendían quitarle el reino y repartírselo como botín de su victoria.

Y habiendo llegado á Valladolid don Juan Alfonso de Haro, ya señor de los Cameros, con una numerosa hueste, y otros ricos hombres y mesnaderos, con mucha gente de guerra, les rogó la reina que, siguiendo el estandarte del rey, fuesen contra el rebelde don Juan, que se llamaba rey de León, para reducirle á la obediencia.

Otorgáronlo ellos; la reina envió á Guadalajara á su hija la infanta doña Isabel para que guardase toda la tierra de Toledo y castigase á un traidor, rico hombre castellano de Fita, que cogía por los caminos á los judíos recaudadores del rey y les quitaba el dinero que llevaban, y andaba, además, en aleves tratos con los reyes de Aragón y Portugal.

Dejó, además, á su hijo el infante don Pedro en Valladolid para estimular á los habitantes á que guardasen mejor la villa.

Y después de esto, ella, con el rey y con don Diego y don Juan Alfonso de Haro y el maestre de Santiago y la compañía franca de Zayda Fatima, se fué á Palencia, donde se reunieron á la reina Pero Ruiz de Castañeda y Hernán Ruiz de Saldaña.

Habido consejo acerca de lo que se haría, la reina fué de parecer que se marchase sobre la ciudad de León, donde estaba el infante don

Juan con don Juan Núñez de Lara, y se la pusiese cerco.

Lo cual no aprobaron los del consejo, teniendo por mejor que se fuese á cercar á Paredes, villa inmediata, adonde se encontraba doña María de Haro, esposa del infante don Juan, y doña Juana Alfonso de Molina, hermana de la reina, viuda, á lo que creía, del conde don Lope y madre de doña María.

Viendo la reina que todos eran de opinión de cercar á Paredes, por excitarlos á que hiciesen algo, porque conocía las malas ganas con que iban, convino en lo del cerco de Paredes, y el ejército marchó de Palenzuela, donde se encontraba, sobre Paredes, á fin de Septiembre.

Estableciése el cerco, que se redujo únicamente á poner los diferentes campos de los capitanes que con la reina iban alrededor de la villa, y aunque pugnaba la reina porque la villa se combatiese, era en vano, porque no parecía sino que toda aquella gente de guerra no había ido allí á otra cosa que á ponerse delante de los muros con los brazos cruzados.

Durante este sitio adoleció la reina de un tumor en el brazo, que le producía agudísimos dolores y que le duró diez semanas, á pesar de lo que acudía á todo y recibía todos los días en corte á los ricos hombres y caballeros de la hueste, y tenía con ellos consejo, sentenciando además todos los pleitos que á ella venían de todo el reino.

Viendo, pues, la reina, que adelantaba poco ó nada contra Paredes, porque si algún día la combatían sus caballeros lo hacían tan flojamente que mostraban claro que no tenían gran voluntad, y temiendo que los que la servían se separasen de ella y la dejasen abandonada, llamó á don Diego y á don Juan Alfonso de Haro, á don Juan Ozores, maestre de Santiago, á Pero Díaz de Castañeda y á Fernán Ruiz de Saldaña, y díjoles que por Dios no la abandonasen, y que pues tanto tiempo habían andado por su tierra sus enemigos, era gran vergüenza para ellos y para todos los que eran leales al rey su hijo, supiese el mundo que tenían cercado aquel lugar, y no lo podían combatir, y que, además, en la corte de Roma, donde se buscaba cada día mucho mal al rey don Fernando, su hijo, suponiendo que había perdido toda su tierra, le tendrían en mucho cuando supiesen que el rey tenía campo por sí, y buscaba á sus enemigos y los combatía.

Y añadió tales y tantas cosas, que todos juraron de no abandonarla, con tal de que la reina viese el modo de mantener la hueste.

A lo que ella respondió que así lo haría.

Entonces envió á Burgos á hacer manlieva ó levantar empréstito "sobre todo cuanto en el mundo había", según dice enérgicamente la crónica, lo que produjo dinero bastante para mantener bien al ejército tres meses.

Pero inútilmente seguía el sitio de Paredes, porque no parecía sino que los que combatían la villa no querían tomarla.

Sin embargo, la reina no se había engañado; porque aun cuando no tomaba á Paredes, sonaba que el rey hacía la guerra á sus enemigos, y cuando el infante don Enrique supo que el infante don Pedro de Aragón era muerto, ido á León el infante don Juan, á Aragón don Alfonso de la Cerda, á su reino el rey de Portugal y que el rey con hueste suya cercaba á Paredes, tuvo miedo á que si no acudía al servicio del rey le quitasen la guarda del reino, y desde Córdoba, donde estaba, se vino á Andújar, adonde acudieron don Alfonso Pérez de Guzmán y otros muchos ricos hombres y caballeros de la Andalucía.

Estando en esto, vinieron noticias de cómo la caballería del rey de Granada había entrado por tierras del reino de Jaén, talándolo todo, robando ganados y haciendo cautivos; lo cual, visto por los hombres buenos andaluces, dijeron que la caballería granadina, por mucha que fuera, no había podido estar nunca más de tres días talando la tierra cristiana, y que no era en honra ni en pro del infante, que estando él allí, los moros de Granada se atreviesen á tanto como se atrevían.

Cuando oyó esto el infante don Enrique, con el recelo de que los castellanos le quitasen la guarda del reino, y además, porque los de Andalucía nunca le quisieron recibir por guarda de ellos, por darles á entender que tenían gran voluntad de ayudarlos y defenderlos, dijo que quería ir contra los moros y combatir con ellos.

Nunca tuvieron tan buen día los andaluces por el contento de que un infante, tutor del rey y guarda ó gobernador de sus reinos, los acaudillase para ir contra los infieles.

Armáronse todos, cabalgaron, salieron al campo, y caminaron hasta cuatro leguas más allá de Arjona.

Eran en todos trescientos rocines y quinien-

tos peones, sin contar con la caballería de Guzmán el Bueno, aunque no mucha, vieja y escogida y acostumbrada á lidiar con moros.

Al dar vista á los moros, embistieron denodadamente con ellos los andaluces; pero á la primera espolonada, los del infante don Enrique volvieron grupas y dieron á huir, porque encontraron á los moros muchos más, y más fuertes de lo que habían creído.

Y aunque don Alfonso Pérez por la parte que había embestido se mantenía bien y llevaba ventaja, visto el trance apurado en que el infante don Enrique se veía, hubo de abandonar su batalla y venir á socorrer al infante, que huía á todo cuanto podía.

Cuando llegó á él don Alfonso, encontró que al caballo de don Enrique le habían cortado las riendas y á don Enrique en tierra sin poder valerse, á los moros encima, muertos muchos de los cristianos y desbaratados los otros.

Dió don Alfonso Pérez un caballo á don Enrique, sobre el que pudo escapar, mientras sú caballo, yéndose derecho á los moros, se metió entre ellos y fué cogido.

Don Alfonso Pérez de Guzmán, con los suyos, contuvo á los moros para que no avanzasen á don Enrique y á los andaluces que huían, y cuando éstos estuvieron en salvo, se fué retirando en buen orden, porque no tenía él fuerzas para combatir sólo con la morisma que llenaba el campo.

Perdió por lo mismo don Alfonso la gran parte de sus vasallos que le mataron, y él mismo hubiera perecido por la impericia de don Enrique, que había llevado á tan mal trance la batalla, si no le valieran su aliento y su serenidad.

Recogiéronse los cristianos deshechos á Arjona, dejando muchos muertos en el campo, y muchos cautivos en poder de los moros.

Retiráronse á Granada los moros cargados de presa, y con un número considerable de cautivos, y entregaron al rey de Granada el caballo del infante don Enrique.

Sintió el rey mucho le hubiesen entregado el caballo solo, y no queriendo tenerle sin jinete, le envió con ricos paramentos á don Enrique, disculpándose de que sus vasallos hubiesen acometido su hueste, ignorando que él la acaudillaba.

El rey de Granada conservaba aún una apariencia hipócrita para con el infante don Enrique.

Este revés sufrido por el infante en Andalucía aumentó de tal manera su miedo de que los castellanos le quitasen la tutela del rey y la guarda del reino, que sin detenerse un punto, despidiéndose de Guzmán el Bueno, que volvió sobre la frontera de los moros, tomó harto de prisa el camino de Castilla.

Como este infante tuvo una influencia demasiado decisiva en las desgracias, en los trabajos, en las luchas de la reina doña María de Molina, nuestros lectores permitirán se lo demos á conocer.

Pero esto requiere capítulo aparte.

## CAPITULO II

### LO QUE HABÍA SIDÓ EL INFANTE DON ENRIQUE

Era hijo del rey don Fernando el Santo, y de su primera mujer doña Beatriz, hija de Felipe, duque de Suavia.

Durante su juventud, el infante don Enrique no había dado indicios de su caracter díscolo, de su malintencionada astucia, y de la inmoderada ambición de que más adelante dió patentes y terribles muestras.

En 1259, tenía por su hermano el rey don Alfonso el Sabio, la tenencia de las villas de Arcos y Lebrija, cuando se rebeló contra el rey su hermano, pretendiendo usurparle la corona.

Descubrió el rey á tiempo la traición del hermano, y envió para que le prendiese á don Nuño González de Lara, como uno de los señores más poderosos de Castilla.

Previnose don Enrique, esperó al frente de una numerosa hueste al enviado de su hermano, y cuando llegó, habiéndole retado, combatió con él cuerpo á cuerpo, y le hirió en el rostro; á pesar de lo que, como le infundiese miedo la buena gente que consigo llevaba Lara, dejó el campo, y se acogió á Lebrija; pasó aquella misma noche al Puerto de Santa María, y embarcándose, se trasladó á Valencia, que era entonces de la corona de Aragón.

Acogióse el infante á don Jaime I, sobrenombrado el Conquistador, buscando su amparo.

Pero don Jaime, unido demasiado estrechamente al rey de Castilla, por el casamiento de éste

con su hija doña Violante, aconsejó en términos bastante rudos al infante, que haría bien en salir de sus reinos, y dióle una nave, con la cual el infante se dirigió á Barcelona, embarcándose allí para Africa, siguiendo la mala costumbre de todos los cristianos rebeldes de los diferentes reinos de España, á quien salían mal sus empresas, de ir á refugiarse entre infieles, enemigos suyos naturales.

Alegróse de su ida el rey de Túnez, y le hizo capitán de las compañías de refugiados cristianos, y con ellas sirvió á su protector en sus diferencias con los reyes convecinos, ganando gran prez de esforzado y entendido capitán en aquellas bárbaras tierras.

A los cuatro años, rico con la vida aventurera que había tenido en Africa, dejó aquellas regiones el infante, se trasladó á Roma, y pidió al Papa Clemente IV la investidura del reino de Cerdeña, cuyo dominio directo pertenecía á la Iglesia.

Tanto agenció, y de tan buena manera el infante, que á pesar de que su pretensión era de todo punto inadmisible, se reunió el consistorio, y la investidura que pedía le fué concedida.

Andaba entonces revuelta Italia, manteniendo entre sí largas y sangrientas guerras sus reinos, ducados y repúblicas.

Reclamaba el Papa del emperador de Alemania la investidura de rey de romanos; güelfos y gibelinos defendían los unos las pretensiones de la Iglesia y los otros los intereses del imperio.

La excomunión fulminaba de continuo sus rayos desde el Vaticano, ayudando á los intereses de la Iglesia.

La fuerza y la fortuna decidían la suerte de los reinos de Italia.

Epoca favorable para los ambiciosos y los audaces.

Una guerra sangrienta devoraba entonces al reino de Nápoles y de Sicilia, cuyo dominio pretendían franceses, alemanes é italianos.

No podía ser otra situación más favorable para el infante don Enrique.

Era rey de Nápoles, por investidura del Papa, Carlos de Anjou, hermano de San Luis, rey de Francia, y su compañero en la última guerra santa que el rey de Francia sostuvo contra los africanos, habiendo subido al trono de Nápoles por la muerte de su último poseedor Manfredo, á quien venció en la batalla de Benevento.

Carlos de Anjou, sin embargo, era odioso á los napolitanos por la fama de su sórdida avaricia y su crueldad, y resistían su dominio, lo que produjo la terrible conspiración consignada en la historia con el nombre de "Vísperas Sicilianas".

Era muy fuerte en Sicilia el bando gibelino opuesto á la Iglesia, aborrecían los naturales el dominio de un extranjero y podía decirse que Carlos de Anjou se veía obligado á conquistar el reino, cuya investidura le había concedido la Santa Sede.

En esta empresa ayudó á Carlos el infante don Enrique, que de una parte miraba á lo provechoso que podía serle el agradecimiento de Carlos de Anjou, y por otra su parentesco inmediato con él, que justificaría que siendo Carlos rey de Sicilia, fuese don Enrique rey de Cerdeña.

Ayudóle don Enrique no sólo personalmente y con las buenas y aguerridas lanzas que había llevado de Túnez, sino también con gran cantidad de dinero.

Engañóse el infante don Enrique; el astuto Carlos de Anjou le conoció demasiado bien; vió que le apoyaba por egoísmo, pensando en su provecho propio; comprendió que tendría en él un enemigo poderoso si llegaba á ceñir la corona de Cerdeña, y trabajó cuanto pudo para que la Santa Sede revocase la concesión que de la investidura de aquel reino había hecho al infante don Enrique, pretendiéndola para sí, aunque inútilmente, porque el Papa Clemente IV acabó por negársela á ambos, bajo pretextos, si no justificados, defendibles por lo menos.

Así aparece del breve que este Papa expidió en Viterbo el segundo año de su pontificado, á 5 de Enero de 1267, cuya letra es así:

"Al amado hijo, el noble varón Enrique, hijo de Fernando, difunto.

"Atendiendo á la claridad de tu origen y procurando remunerar el afecto que tienes á la Iglesia romana, deseamos adelantar tu honor; y porque pusiste la mira en el reino de Cerdeña sobre que conferimos largamente con el caballero Juan, queremos sepas que después de haberse partido, considerada la gravedad de esta materia, juzgamos te será más útil no lo intentes, porque necesita muchos gastos, particularmente teniendo á los pisanos por tus contrarios, que se hallan inmediatos y son poderosos para

impedir tu entrada, y aunque lo consigas, te molestarán continuamente, etc., etc."

Comprendió don Enrique de dónde le venía el tiro y concibió hacia Carlos de Anjou un odio á muerte, resolviéndose á hacerle guerra á todo trance y exigiéndole le pagase en el acto el dinero que le había prestado.

Negóse el rey de Sicilia, y entonces, según el testimonio de un escritor coetáneo, don Enrique profirió estas terribles palabras:

—"Por el cuerpo de Dios, ó él me matará á mí ó yo le mataré á él."

Volvióse á Roma el infante é hízose adeptos entre gente de mal vivir, dispuesta á todo, ambiciosa y rebelde, y especialmente estrechó su amistad con un noble llamado Angelo Capuccio, que tenía gran partido entre el populacho.

Sublevóse éste, ayudado por la canalla, contra los grandes señores; se impuso y creó una especie de junta de gobierno compuesta de comisiones de siete vocales por cada barrio.

Este tribunal se hizo omnipotente por el terror, y valiéndose de la influencia que en él tenía Angelo Capuccio, hizo que nombrasen Senador de Roma al infante don Enrique, con gran contentamiento de la plebe, pero con gran disgusto y aun con terror de nobles y cardenales.

Era el Senador de Roma un altísimo magistrado que podía decirse lo dominaba todo, puesto que aquella ciudad libre delegaba en esta magistratura su soberanía, hasta tal punto que tenía el ejercicio de la justicia criminal dictatorial arbitraria sin intervención de jueces ni tribunal alguno.

Poder excesivo que estaba en relación con la absoluta carencia de garantías de los ciudadanos contra las injusticias.

Roma, Sede y centro del catolicismo, era por aquellos tiempos una república libre con todos los inconvenientes que ha tenido, tiene y tendrá este género de gobierno.

Todo se hacía sin contar con el Papa, la paz ó la guerra, el gobierno, las alianzas ofensivas y defensivas con los otros Estados, las leyes, la administración.

Los Papas eran considerados en Roma únicamente como jefes supremos de la Iglesia.

Y de esta usurpación del derecho del pontificado, habían nacido tales calamidades, un estado tal y tan lamentable de cosas, que vivir en Roma era arrostrar un verdadero peligro.

La inmoralidad y el crimen dominaban á Roma; no sólo se entregaba los excesos la plebe, sino también las altas clases; el noble romano, el patricio se convertía de noche en un bandido; no había amanecer que no mostrase á los ojos de la indiferente muchedumbre algunos miserables cadáveres, inmolados por la venganza ó la avaricia.

La castidad era hollada, la vejez escarnecida, desconocido el derecho.

La fuerza brutal y la mayor intemperancia de los vicios, eran la razón de todo.

Parecía como que pesaba sobre Roma la maldición de Dios.

De modo que los Papas, no atreviéndose á residir en Roma, moraban en Lion, Agnani, Viterbo, Terracina y Perusa.

Ardía la guerra civil, los Papas se veían obligados á ser guerreros, en continua lucha con los romanos.

Cansados los romanos de tanto desorden y de tanta infamia, viendo todos que á nadie convenía aquello, porque los sacrificadores de ayer eran víctimas mañana, se les ocurrió poner fin á tan insoportable estado de cosas, nombrando Senador á un extranjero, llamado Brancaleone d'Andalo, encargándole administrase severa y prontamente la justicia.

No aceptó, sin embargo, este gravísimo encargo d'Andalo, sin exigir condiciones bastantes á garantir la autoridad de que se le investía.

Obtenidas estas, el tirano llevó la justicia hasta la crueldad, inmolando á todo el que había caído bajo la acción de su justicia ejecutiva, sin excluir su severidad ni aun al Papa.

He aquí una relación coetánea acerca de lo que acabamos de decir:

"Al propio tiempo, como el Papa tuviese su residencia en Asis, el Senador Brancaleone y los romanos le dirigieron una solemne embajada con la expresa orden de volver sin dilación á la ciudad, de la cual era pastor y soberano.

Añadieron los embajadores cuán admirados estaban los romanos de verle andar errante por una y otra parte, como un proscripto, con abandono de su silla pontifical y de su rebaño, del cual debía dar cuenta á Dios; conducta tanto mas reprensible cuanto que estaba motivada en una desenfrenada ambición de riquezas, tras de las cuales desapoderadamente corría.

El Senador y los romanos intimaron al pueblo de Asis la orden prohibitiva de recibir en adelante al Pontífice dentro de sus muros, pues-

to que tomaba el nombre de la silla romana, y no de Lion, Agnani, Perusa; en donde tanto tiempo había residido.

Por último, prevenían á la ciudad de Asis, que si no querían sus habitantes ver para siempre asolado su territorio, obligasen al Pontífice á desalojar inmediatamente la ciudad.

Inocencio, hecho cargo de todo, comprendió que si su negaba á las órdenes de los romanos, éstos, irritados, destruirían á Asis; y por esto, más de fuerza que de grado, entró en Roma temeroso, donde por orden del Senador fué recibido con todos los honores debidos á su augusto y sagrado carácter."

De tal sociedad se había nombrado jefe al infante don Enrique, tal vez el menos á propósito para corregir la inmoralidad y gestionar la justicia.

Don Enrique no tardó mucho en dejar conocer sus intentos; estaba agradecido á los güelfos que le habían elevado á aquella alta dignidad, pero era de corazón gibelino, porque los de este bando eran partidarios de la casa de Suavia.

Alióse, pues, con los de este bando, y esta alianza absurda, atendida la cualidad de Senador de Roma del infante, le produjo las largas y merecidas desgracias que sobre él vinieron.

Después la muerte de Manfredo en la batalla de Benevento, ni los alemanes desistieron de su amistad con la Santa Sede, ni los gibelinos desistieron de los planes revolucionarios contra el Papa, que tendía á determinar decisivamente su supremacía temporal sobre todos los reinos de Italia.

Conrado, hijo de Federico, rey de Nápoles, había dejado un hijo que llamaban Conradino, y sobrino de Manfredo, y aunque durante la vida del tío nadie pensó en Conradino, muerto aquél, la mirada de los sicilianos se tornó á éste, viendo en él al heredero legítimo de sus reyes, y con más derecho á la corona que Carlos de Anjou, de quién podía decirse era un usurpador, porque los que combatían con la Santa Sede no podían reconocer como derecho la investidura del reino de Nápoles, dada á Carlos de Anjou por el Papa.

Carlos, por su parte, había dado motivos bastantes para descontentar á sus vasallos con exacciones y tiranías injustificadas, y en esto se apoyaron los gibelinos que pretendían poner sobre el trono al hijo de Federico.

Algunos comisionados de las ciudades más importantes de Nápoles fueron á ofrecer la corona á Conradino, pero era necesario conquistar la corona, no pudiendo contarse con otra ayuda que con el aborrecimiento de los sicilianos al rey Carlos, y con la ira que les causaba la rapacidad y la licencia de los soldados franceses que componían el ejército de Carlos de Anjou.

Acusábanlos de hipócritas y de miserables, que llamándose hijos afectísimos de la Iglesia, se habían apoderado de sus bienes, saqueado las iglesias y entrado licenciosamente en los monasterios de monjas.

El infante don Enrique, viendo que se levantaba contra Carlos de Anjou un enemigo terrible, se puso decididamente de su parte, y envió embajadores á Conradino, ofreciéndole, no solamente su persona y su mesnada para ayudarle, sino también su dinero.

Conradino, que apenas contaba diez y seis años y que era adorado por los sicilianos, en vista de los buenos auspicios de la empresa que se le proponía, la aceptó, aceptando también los servicios y los consejos del infante don Enrique.

Clemente IV excomulgó á Conradino y á todos los de su bando, pero inútilmente.

No era don Enrique hombre que retrocediese, y Conradino, engañado por su sagacidad y por su hipocresía, viendo en él un amoroso pariente, á él se confió de todo punto.

Por otra parte, el entusiasmo de los sicilianos le alentaba: castillos y ciudades abrían las puertas á su paso, y le aclamaban, y el ejército que Carlos de Anjou había enviado contra él, retrocedía asombrado al ver el entusiasmo y la decisión de los que seguían el estandarte de Conradino.

Así, y puede decirse que en una marcha triunfal, no interrumpida, llegó Conradino ante Viterbo, donde á la sazón residía el Papa.

Puso sitio á la ciudad, pasó ante ella revista á su ostentosa y lucida caballería, y deslumbrado por tan magnífico y marcial aspecto, se dejó arrastrar de un inexperto entusiasmo, desatendiendo la realidad de la situación, é más bien desconociéndola, cometiendo, pues, una imprudencia incalificable, y desatendiendo los consejos de don Enrique, sin haber obtenido otro resultado que haber infundido un terrible miedo al Papa y á los cardenales, siguió adelante sin hostilizar en manera alguna á Viterbo, y pasó á Roma.

Recibióle don Enrique con la solemne pompa

con que en otros tiempos la Ciudad Eterna recibía á sus triunfantes Césares.

Tenía dispuesto un ejército, que se componía de ochocientas buenas lanzas castellanas, con no pequeño número de alemanes y gran número de nobles gibelinos, servidores viejos de Federico y de Manfredo.

Conradino, pues, añadiendo al ejército que llevaba el que encontró en Roma y los auxiliares que le enviaron las repúblicas Lombardas, Florentina, de Pisa y de Génova, se encontró al frente de un formidable ejército, con el cual se entró por el reino de Nápoles, sin que nadie se atreviese á oponerle resistencia, antes por el contrario, gran parte de los ciudadanos se le unían, por el aborrecimiento que les inspiraba Carlos de Anjou.

Había entrado por los Abruzzos, y pasando por Tívoli y por el valle encantador de Cella, llegó á las llanuras de San Valentín ó Tagliacozzo.

Carlos de Anjou salió precipitadamente al encuentro de Conradino, avistándose con él en Tagliacozzo: el ejército de Carlos era muy inferior en número y calidadad al de Conradino, é iba además desalentado.

Sin embargo, el ingenio de un cruzado francés que acababa de llegar á Nápoles, y que acompañaba á Carlos de Anjou, suplió la inferioridad del ejército de éste.

Dividiole en tres partes pequeñas en número, porque la totalidad del ejército apenas llegaba á tres mil hombres.

Al frente del primer cuerpo pusieron con vestiduras reales á Enrique Cosencio, tan maravillosamente parecido á Carlos de Anjou, que el enemigo debía tomarle por él mismo.

A la cabeza del segundo cuerpo, que se componía de franceses, se puso el caballero Juan Crari.

Estos dos cuerpos se hicieron fuertes en el puente de un río que cruza la llanura, mientras que Carlos de Anjou, con sus mejores caballeros y con ochocientas lanzas, güelfos la mayor parte, estaba situado detrás de un montecillo que dominaba la llanura.

Conradino, dividiendo su ejército en tres cuerpos y creyendo que toda la fuerza enemiga era la que estaba situada en el puente, cargó sobre ella.

Conradino iba á la cabeza de los alemanes; al frente de los italianos, Galvano Lancia, y al de los españoles, el infante don Enrique.

A la primera arremetida el enemigo fué deshecho.

Visto lo cual desde el sitio en que estaba emboscado Carlos de Anjou, creyéndolo todo perdido, quiso ir á socorrer á su gente; pero el cruzado marqués de San Valerio, autor de aquel plan, se lo estorbaba, diciéndole que aún no era tiempo.

Los vencedores se entregaron á la matanza y á la persecución de los vencidos, y habiendo visto entre los muertos al desgraciado Enrique Cosencio, que tanto se parecía á Carlos de Anjou, tuviéronle por él, y su alegría no reconoció ya límites, dando ya por conquistado el reino.

Confiados ya, se dispersaron, dejando arneses y caballos para saquear á los muertos y á los heridos, y entonces fué cuando el marqués de San Valerio dijo á Carlos de Anjou:

—Ahora, señor, buen corazón, y á ellos.

Y bajando como un aluvión de la falda del monte las ochocientas lanzas de Carlos de Anjou, cogiendo desprevenidos y casi desarmados á los de Conradino, y agobiados con lo que habían robado al enemigo, causaron en ellos tal matanza y tal pánico, que la ficticia victoria se convirtió en una lamentabilísima derrota.

En vano el infante don Enrique, con algunos de los suyos, hizo prodigios de valor.

En vano los soldados de Conradino, diseminados en pequeños grupos, vendieron caras sus vidas; todo lo atropellaron las ochocientas lanzas de Carlos.

Fué necesario huir: Conradino llegó penosamente acompañado de muy pocos de los suyos al castillo de Astura, donde se embarcó en una pequeña nave con rumbo á Sicilia.

Pero el gobernador de Astura, traidor y codicioso, pensando en obtener un gran rescate por Conradino, le siguió en otra barca y le apresó, viéndose á poco obligado á entregarle sin rescate á Carlos, que había sitiado la fortaleza.

En cuanto al infante don Enrique, que se había refugiado en el monasterio de Monte Casino, fué entregado á Carlos de Anjou por el abad.

No es nuestro intento detenernos en la historia de Conradino; baste decir que fué bárbara y cobardemente inmolado por Carlos de Anjou.

En cuanto al infante don Enrique, fué sentenciado á prisión perpetua, que se redujo al fin á veintiséis años.

Entró en ella joven y salió con canas, pero no arrepentido.

Los historiadores italianos le acusan de crímenes de que no se le puede disculpar, y que estaban muy en armonía con su carácter.

Durante su alto encargo de Senador de Roma encarceló á todos sus enemigos, por nobles que fuesen; llevó al Capitolio, valiéndose de engaños, á los hijos de Orsini, á Juan Sabelly, á Pedro Stephano, á Angelo Malabranza, y robó el dinero de la Iglesia.

Don Enrique fué declarado, por breve despachado en Viterbo en jueves santo de 1268, comprendido en la excomunión fulminada contra Conradino y sus partidarios, por ser como ellos enemigo de la Iglesia y usurpador de sus bienes, y conducido á la fortaleza de Santa María de la Pulla, como gracia especial concedida al abad de Monte Casino, cardenal Berengario Anglerio, que le entregó.

Pesó sobre él excomunión durante los pontificados de Gregorio X, sucesor de Clemente IV, de Inocencio V, de Adriano V, Juan XXI, Nicolás III y Martino II.

A los diez y nueve años de su prisión le absolvió del anatema el Papa Honorio, por breve dirigi lo al cardenal legado Gerardo Blanco.

Al fin, en 1294, fué puesto en libertad, y vino á Castilla al lado del rey don Sancho su sobrino, á cuyos ruegos y á cuya influencia debió el verse libre.

Tal era el peasonaje de que nos ocupamos: ambicioso, miserable, traidor, capaz de todo por saciar su ambición insensata; su vida era una larga serie de alevosías, y no había renunciado ni por las desgracias ni por los años á aquel sueño tentador que le presentaba una corona.

A tal hombre había dejado el rey don Sancho la tutela de su hijo y la guarda de sus reinos.

## CAPITULO III

### DE CÓMO ZANCUDO SACÓ MALAMENTE DEL GRANDE APURO EN QUE SE ENCONTRABA Á DIEGO DE MORÓN, EL ZURDO.

Sentado estaba á la puerta de una barraca del campamento de la compañía franca de Zayda Fatima el buen Diego de Morón, alias el Zurdo, con la cabeza puesta entre las manos y apoyados los codos en las rodillas, en la actitud más pensativa y aburrida del mundo.

Junto á él, sentado en el suelo, cogiéndose los puntos de una calceta parda, estaba Jusepillo, que cantaba á voz en grito una copla popular.

La adolescencia es siempre feliz; no tiene cuidados.

Era una de las primeras tardes del mes de Abril, y caía el sol, que penetraba verticalmente en la barraca á cuya puerta estaba sentado sobre un banquillo de tres pies el Zurdo.

Aquel rayo vespertino brillaba en la limpia superficie del yunque é iba á morir en el negro fondo de la fragua.

En un ángulo había hierro en cantidad, y colgadas de clavos en la pared, multitud de enormes herraduras de corcel.

De otro lado colgaba un arnés completo.

Se veía una lanza en un astillero, y al pie de esto el jaez de un caballo de batalla.

Entre dos camas que había en un ángulo y las armas, se veían en tablas colgadas de la pared, redomas y vasijas de vidrio, llenas de líquidos de diferentes colores y de materias grasientas, como ungüentos.

Por allí aparecía el médico.

Por último, un astrolabio, colgado á la cabecera de una de las camas, dejaba entrever al astrólogo.

A derecha é izquierda de esta barraca corrían otras muchas, capaces cada una para ocho hombres de armas.

Detrás de esta línea había otras dos completamente semejantes.

Más altas, las barracas que servían de caballerizas.

Luego, con un buen espacio intermedio, la estacada y el foso.

Esto era la mitad del campo.

Al frente, y en el mismo orden, se levantaba la otra mitad.

En medio se veía la grande y magnífica tienda de Zayda Fatima.

Detrás de ella, rica y extremadamente severa, la del conde don Lope.

Más allá y más pequeñas, las de Zancudo y demás cabos de la compañía, y en medio de ellas una barraca grande y fuerte que servía de cárcel.

Había una gran animación en el campo.

Los soldados estaban acá y allá en grupos, charlando y riendo; unos iban, otros venían;

aquél, más cuidadoso y más aficionado á parecer bien que los otros, acicalaba sus armas ó componía sus galas.

No faltaba quienes se entretuviesen con los naipes ó con los dados, que al soldado en campaña hay que dejarle cierta licencia para que el humor no se le agrie demasiado.

En fin, aquello era un campamento de gente brava y alegre, bien pagada y bien mantenida, y para que el ruido fuese mas, el maestro de trompas, trompetas y atabales, hacía estudiar á sus subordinados, sin tener compasión ni de sus pulmones ni de sus muñecas, y no decimos de los que oían aquel monótono redoblar y trompetear que no tenía cabo, porque los del campo estaban acostumbrados á aquello; así lo estuviera el autor de este libro, y sea dicho esto entre paréntesis, que vecino de un cuartel, sufre todos los días por la mañana y por la tarde dos horas el celo del tambor mayor y maestro de cornetas de un regimiento de cazadores; perdónesenos esta salida, porque á veces lo pálido de algunas páginas reconoce por causa el erre que erre de tambores y cornetas: volvamos al siglo XIII.

El campo de Zayda Fatima no podía presentar un mejor aspecto militar, ni podía estar más bravamente situado, porque desde la puerta principal más fuerte de la villa, un ballestero de buen brazo podía meter en el campo una jara.

Continuaba en su meditación el Zurdo, cuando de improviso sintió que le ponían pesadamente la mano en un hombro.

Estremecióse poderosamente, porque era en exceso nervioso, y volvió con una acre impaciencia hacia el sitio en que debía estar el que en el hombro le había tocado, y encontróse con el bachiller Melchor Zancudo, que llevaba un sayo colorado, unas calzas verdes, un birrete azul rabioso, con pluma de águila, y unos borceguíes amarillos de ante, que daba envidia verle: parecía un loro.

—¿En qué consiste, señor Diego de Morón—dijo—, que hoy, como de costumbre, no he tenido el gusto de que me sigáis como mi sombra? os aseguro que tana costumbrado estoy á que no os despeguéis de mí, que me he sentido inquieto y he venido á pegarme á vos,

—Muchacho — dijo Diego de Morón á su aprendiz—, saca un banquillo para el señor alférez, y vete por ahí á despavorizarte, que todo el día has estado pegado á la casa y sin hacer nada.

—Me he cosido la ropa, maestro—contestó Jusepillo.

—Hacer algo es darle al fuelle, lo demás es nada; vamos vivo, el banquillo y largo.

—Muy de mal humor estáis, hermano Zurdo —dijo Zancudo—, no parece sino que sabéis lo que sucede.

—¿Pues y qué sucede?—contestó Morón.

Sentóse en un banquillo de tres pies que le había sacado Jusepillo, Zancudo, fuese el muchacho, y el alférez dijo bajando la voz:

—Que ya se conoce que está aquí el pícaro del infante don Enrique; por supuesto que la reina tiene la culpa, porque si mandara que le diesen entre las orejas, como á los conejos, nos ahorraríamos muchas cosas.

—Pero ¿qué hay, señor, qué hay?—dijo el Zurdo.

—¿Qué ha de haber? que cuando estamos en vísperas de tomar la villa, porque ya no se puede tener más, el infante don Enrique, que tiene el cuerpo aquí, pero el alma con los aragoneses, y con el infante don Juan, y con el infante don Alfonso, y con todos los enemigos de su señoría, porque quiere tenerla en un puño, y hacer de ella lo que quiera, no contento con haber hablado á los de Medina del Campo y á los de Valladolid, de los malos tratos de vender la villa de Tarifa, engañándolos con aquello de que si la villa se vende no tendrán que pagar en mucho tiempo pechos para mantener la guerra, ha soliviantado á don Diego y á don Juan Alfonso de Haro, diciéndoles que aquí no se está bien, y que la reina no tiene dinero, y que es necesario juntar los concejos del reino para pedirles un servicio de maravedises, y como lo ha dicho á flojos y malos servidores de su señoría, habéis de saber que se levanta el campo, y que nos vamos á Palencia y desde allí á Valladolid, para estarnos quedos hasta que Dios mande otra cosa; y todo, ¿por qué? porque dentro de esos malditos muros están doña María de Haro, esposa del infante don Juan, y su hijo don Lope, y la madre de doña María, doña Juana de Molina, y si la reina los tomara presos, el infante don Juan tendoía que venirse á un buen avenimiento, y sin la ayuda del infante don Juan, el infante don Alfonso de la Cerda renunciaría á sus esperanzas á la corona de Castilla, y la reine y el rey podrían hacerse temer de los otros sus enemigos, y criar fuerza, y esto es lo que no quieren ni el infante don Enrique, ni los Haros, n-

ninguno de los señores que medran y engordan con las necesidades de la reina, porque todos quieren tener á la reina esclava, sujeta á su voluntad, sin fuerzas, para hacer de ella lo que quieran, porque si un día la reina mandara, acabarían de mandar ellos, y de revolverlo todo, para sacar de las revueltas su granjería.

—¿Y por qué la reina—dijo de mal humor el Zurdo—no mete en costura á todos esos grandes pícaros?

—Porque no puede, porque necesita á los unos, para tener á raya á los otros, y así va todo; de traición en traición, y de mal en peor. Pero vengamos ahora á lo decaído, pensativo y mohino que os veo: ¿habréis dado en la peligrosa idea de evadiros de la compañía, porque no os encontréis bien en ella? Cuidado, cuidado, no sea que nos pongamos en peligro por falta de amor á la milicia.

—Señor Zancudo—dijo el Zurdo—, yo estoy contentísimo en la compañía; se trabaja bien, eso sí, pero se cobra mejor, y para rrabajar hemos nacido: pero acontece que estoy como el que se viera en el filo de una espada, teniendo á la derecha una sima y á la izquierda otra, y estando seguro que por cualquier parte que caiga, ha de perecer desastradamente.

—¡Ah!—exclamó Zancudo—pues grande debe ser la cosa que os pone en tal aprieto, porque vos, maese, no os ahogáis en dos dedos de agua.

—Pero hay tragos, y de un trago se trata, capaces de atragantar al más alentado.

—¿Que se trata de tragos?—dijo Zancudo.

—Sí, señor, y de un mal trago: yo no sé quién ha esparcido por ahí, que yo soy ensalmador, saludador y envenenador.

—Algún alma de cántaro—dijo Zancudo, que á decir verdad, tenía le culpa de aquella fama, conque se había encontrado sin buscarla, el pobre Diego de Morón.

—Algún mal cristiano renegado, judío—contestó el Zurdo—, y cualquier cosa daría yo por saber quién era, para mostrármele agradecido.

—Sin duda alguno que os cree muy sabio.

—Pues quisiera más bien que el tal me hubiera tenido por idiota, y no me vería yo en la congoja que me veo.

—¿Pero acabaréis de decir lo que os sucede?

—En eso estaba yo pensando cuando vinísteis, en que era necesario que yo me declarase á vos, y os pidiese un consejo.

—Pues allá irá el consejo en cuanto haya sobre qué.

—¿Con quién creeis que me encontré esta mañana al salir el sol, cuando acababa de herrar el blanco corcel del capitán? pues me encontré no menos que con un paje de corte, rubio y colorado, y vestido como un señor.

—Sois vos—me dijo—ese que en esta compañía tiene no sé cuántos oficios?

—Sí, señor.

—¿Uno de ellos no es el de saludador?

Miré con cólera al paje, y estuve por darle un gaznatón, pero temí no fuera que tuviese buenos padrinos, que estos tales pícaros suelen tenerlos, y aun madrinas, y que me aconteciese mal si le castigase, y tuve paciencia.

—Yo no soy saludador—le dije—, pero creo que eso dicen de mí, en lo cual mienten.

—En fin—repuso el paje—, ¿vos sois herrador, albéitar y médico todo á un tiempo?

—Sí soy, ¿y qué?

—Que vos sois á quien busco de parte de una dama muy poderosa, que necesita hablaros.

—¿Y quién es esa dama?

—Acercáos, para que yo os lo diga al oído—contestó el paje.

Acerquéme y me dijo en voz muy baja:

—Esa dama es la infanta doña Juana Núñez de Lara.

—Pues ya conozco yo á ese paje—contestó Zancudo—; es un bribonzuelo como de veinte á veintiún años, rubio, muy colorado, que tiene pelusa en la cara como los melocotones, y que es muy desvergonzado y muy insolente.

—Si no es el mismo, le vienen bien las señas.

—Válgate Dios por paje, y cuán de confianza es de la señora doña Juana: ¿y vos qué hicisteis hermano?

—Os digo en verdad—contestó el Zurdo—, que cuando yo vi que se trataba de doña Juana Núñez de Lara, me dió un no sé qué, y una comezón tal de irme tras el paje para saber lo que doña Juana me quería, que me fuí.

—¿Y qué os sucedió?

—Llevóme el paje al campo real, me metí por entre las calles de tiendas, y la verdad como el paje se iba hacia la tienda de su señoría la reina, y dicen que la reina padece mucho de tumor que la ha salido, y como doña Juana me conoce, porque vos la hablásteis de mí, yo me dije: para curar á la reina me llaman, desesperados de don Abraham y don Kag, que en es

de medicina, y comparados conmigo, son unos pobres diablos; de ésta me hago hombre, porque vive Dios que á la reina curo, y como su señoría es tan buena y tan generosa, no ha de andar escasa en recompensarme.

—¡Bah! vos estáis loco, compadre; ¿no véis que á lo de médico unís lo de albéitar?

—Albéitar ó no albéitar, lo que yo sé es que en lo de curar valgo más que los físicos; y si no, acordáos del cruel carbunclo que os salió en la espalda, si os lo curé pronto.

—Pero me tratásteis como á asno, y me hicísteis ver estrellas.

—No, si no andáos con contemplaciones con un carbunclo canceroso; ¿qué otro remedio había más que labrarlo á fuego?

—No me lo recordéis, Zurdo, porque se me ponen los nervios que se me saltan.

—La verdad es que curásteis en dos días.

—Eso es muy cierto; pero continuad.

—Pues habéis de saber que mi gozo en el pozo. Cuando vi que pasábamos de la hermosa barraca de la reina y de la del rey, y que paje me metía en otra, también muy buena barraca, en uno de cuyos compartimientos, muy alfombrado y muy cubierto de tapices, y con mucho lujo, y oliendo á mirra y áloe, estaba la señora doña Juana Núñez de Lara hecha un serafín de hermosura, y que se quedó sola conmigo... Doña Juana estaba muy pálida y muy ojerosa, y algo flaca, como quien come y duerme mal, porque tiene el alma triste; pero qué queréis, á mí me pareció más hermosa que otras veces.

—¿Sois—me dijo—el albétiar de la compañía del caballero del Aguila Roja?

—Sí, señora—la respondí.

—Dicen que también sois médico y astrólogo judiciario y saludador.

—Todo menos eso, señora—respondí—; lo de saludador es una calumnia de alguien que me quiere mal.

—No paséis miedo por mí—dijo doña Juana—, que yo no me asusto de nada. ¿No es cierto que conocéis las virtudes de las hierbas?

—Sí, señora—la respondí—, enseñóme un hombre moro que era un sabio en esto de conocer la virtud que cada yerba tiene.

—Os advierto—me dijo doña Juana—que si no queréis hacer lo que yo os mande, sois hombre muerto, y que si reveláis á alguien lo que vais á oir, nadie os creerá, y yo me ahorraré de mandar que os maten, porque haré que os castiguen á sangre, por calumniador.

—¡Cáscaras!—dijo Zaucudo—pues ahora no extraño que estéis tan pensativo, compadre: y si supiérais que doña Juana es capaz de hacer lo que dice...

—Ya se le conoce; y estoy que no me llega la camisa al cuerpo: pero oid, después de haberme leído la sentencia, doña Juana me dijo:

—Necesito el zumo de una hierba que mate, y el zumo de otra que me traiga la voluntad de la persona que yo quiera. ¿Es eso posible?

—Yo sé muchos secretos—la contesté—, para ligar voluntades, para hacer que una persona que aborrece á otra cambie su aborrecimiento en amor: sé también cómo se mata con hierbas, aunque no he matado nunca de esta manera, ni mataré: cuando yo he matado, ha sido en lid campal, lanza contra lanza, á enemigo armado.

—Tomad—dijo doña Juana—, dándome un bolsillo en que había en doblas viejas alfonsinas más de mil maravedises.

—¿Y qué hicísteis vos?—preguntó con sumo interés Zancudo.

—Yo no me acuerdo de lo que entonces hice, porque estaba muy turbado; pero cuando me volví acá, me encontré con que tenía en la escarcela el bolsillo.

—¿Y qué dijísteis á doña Juana?

—Tampoco me acuerdo si la dije sí ó no á lo que quería; pero la verdad es que no me veo: porque mirad, si la doy lo que quiere, cometo un delito que no pueden perdonarme ni Dios ni los hombres, y si no se lo doy, doña Juana es capaz de hacer que me maten.

Después de esto, callóse el Zurdo, y se quedó profundamente pensativo.

Durante algunos minutos, Zancudo guardó silencio, profundamente pensativo también.

—¿Para qué quiere—dijo al fin Zancudo—, doña Juana Núñez de Lara, una hierba que mate y otra hierba que dé el amor de una persona? Pues sabiendo lo que yo sé, esto no es acertijo, sino claridad: lo que doña Juana Núñez quiere es quedarse viuda, y para esto necesita matar á su marido: si quiere quedarse viuda, es porque quiere casarse con nuestro capitán, y para casarse con él, viuda ya, es necesario que nuestro capitán la ame. No veo inconveniente en que sirváis á doña Juana Núñez de Lara, señor Diego de Morón; porque matando al infante don Enrique, hacéis un beneficio, no digo yo á

Castilla, sino á toda la cristiandad, y haciendo de manera que doña Juana Nuñez de Lara se case con don Gutierre de Silva, nos hacéis un gran beneficio á nosotros, porque ya veis, que nuestro capitán valdrá mucho más emparentado con la poderosa casa de Lara.

—¿Y para qué queréis vos más beneficios que los que ya tenéis? En primer lugar, os han hecho caballero, y os han dado armas, y por cierto que buenas, cabeza de oro en campo de gules.

—Eso fué por una cabeza aragonesa que me vió cortar el capitán.

—Os han dado además soldada doble de alférez, y os mantienen paje y escudero como un señor, y os llaman don como al rey.

—Pero de moneda, "nequaquam"; y luego que todo eso lo he ganado yo muy bien ganado, y no me han hecho gracia, porque al fin, al que le dan lo que gana, no le dan más que lo que deben: por supuesto, que la culpa tiene el capitán, que no me dejó ir á tomar con diez lanzas ese castillejo de Candau que tenemos ahí, á media legua, á la izquierda, que me hubiera servido para empezar á fundar señorío, que es lo que yo quiero; porque hasta que me vea rico hombre y con vasallos, no paro, y gracias que me pare ahí, porque un hombre como yo, ha nacido para grandes cosas, y luego que no tengo más que veintiocho años, y hasta los cincuenta, y á un mediano paso que lleve, ya podéis calcular hasta dónde puede llegarse: no, si no, estaos quedo, y os comerán por el pie: lo que yo os digo, que ó soy mucho, ó reviento.

—¿Y por dónde os vino la caballería, señor Zancudo, por doña Juana Núñez de Lara, por el capitán, ó por la reina?

—Por los tres á la vez: pero lo que noto es que se me os vais escurriendo y no queréis entrar en la conversación de la ponzoña y del filtro tro amatorio.

—No me atosiguéis, don Melchor, no me pongáis más triste de lo que ya lo estoy; yo no me atrevo á hacerlo ni á dejarlo de hacer, porque cualquiera de los dos caminos que t me es muy malo.

—El mejor camino que podéis tomar dijo Zancudo—, es hacer lo que doña Juana os pide; porque mirad, la enemigo en la cabeza; y que es enemigo nuestro y del género humano el infante don Enrique, no hay que dudarlo: ya veis, apenas ha venido aquí, y ya lo ha echado todo á perder, y esto no es más que al principio, que ya, ya veréis lo que hace si no se le corta el revesino.

—Pues mirad—dijo el Zurdo levantándose de repente y metiéndose en la barraca—, allí tengo lo que doña Juana quiere.

Y señaló á las tablas donde estaban los botes y las redomas.

—¿Veis aquella que parece agua clara?

—Sí que veo.

—Pues aquello es zumo de acónito, sacado y muy bien sacado por estas manos pecadoras, y que lo tengo ahí, porque me sirve para cuando á los caballos se les pone la sangre agria. Pues mirad, conque doña Juana le eche á su marido lo que cabe en el cascarón de un huevo de eso que hay ahí, se le para el corazón al infante, y se va á la eternidad: ¿y veis aquella redoma de color dorado? aquello, aquello lo tengo yo para unir, para amasar voluntades, porque aunque yo no me he casado nunca, no creáis por eso que á mí no me gustan las mujeres, y como no soy nada hermoso y nada joven, tengo que valerme de mis medios. Por cierto que tiene una doncella doña Juana Núñez de Lara, á quien le tengo yo que dar una esencia para que se la eche en la ropa.

—Señor Diego de Morón—exclamó Zancudo—; os advierto que, como lleguéis á valeros de vuestras artes diabólicas con esa niña, os labro yo á hierro, mucho mejor que vos me labrásteis á fuego, y os dejo en dos periquetes en disposición de que no os duela nada: esa hembra es cosa mía, y me come por lo menos la mitad de mi soldada de alférez, y por lo menos se les come el quinto de la ración á mis caballos.

—Perdonad, don Melchor, perdonad; pero como doña Juana Núñez tendrá más de una doncella, es muy posible que la que á mí me gusta no sea la que os gusta á vos.

—Doña Juana Núñez tiene un ejército de doncellas, entre las que podéis elegir la que mejor os plazca; pero la que vos habéis visto, sin duda es Cinta, la que siempre está al lado de su señora, y si no, veamos: ¿la que vos habéis visto, no es blanca, ojinegra, pelinegra, regordeta, muy colorada y muy viva y siempre muy emperifollada, como de diez y siete á diez y ocho años?

—Sí, señor, que ésa es—dijo suspirando Diego de Morón.

—Pues ésa es la mía, y os advierto que se viene detrás de mí como un perrito, y que me

quiere que ciega, y que es hidalga de las montañas de este reino de León, y que tiene algún haber, y que su señora la da muy buen dote, y que yo la voy á hacer dama, porque tenemos tratado el casarnos; conque así, no la enviéis aguas de olor, no sea que vayáis á oler á difunto antes de tiempo.

—Perdonad, perdonad, don Melchor, que yo no sabía que tan cosa vuestra era esa doncella y por eso no hay que apurarse, que yo echaré la red por otro lado.

—Yo encargaré á Cinta busque entre las doncellas de su señora una buena, y que no tenga novio, para quitaros de ruido, y á esa se os permite que la adobéis y la llenéis de aguas de olor desde los pies á la cabeza, y hagáis que por vos se vuelva loca. Pero lo que vamos á hacer ahora, es que vos toméis cantidad de la una y la otra medicina, y os vengáis conmigo al campo real y á la barraca de doña Juana Núñez de Lara.

—Mirad que no me atrevo, don Melchor.

—Pues si no os atrevéis, me atrevo yo; dadme esas dos aguas, que yo me las llevaré, y no sabrá nadie más que doña Juana que vos me las habéis dado.

—Pues allá vos con Dios y con el mundo—dijo Diego de Morón—, que yo de esto me lavo las manos.

Y tomando de una de las tablas dos botecillos pequeños de vidrio ordinario, los enjuagó, puso en ellos parte del líquido de las dos redomas que había indicado, tapó los botecillos con cera, y los entregó á Zancudo.

—¿Conque os quedáis?—dijo Zancudo guardándose los botecillos en la escarcela.

—Sí, señor, me quedo, que no quiero que me vean entrar y salir mucho en la barraca de doña Juana, y ya que la cosa está hecha, acordaos bien: el botecillo que parece que está lleno de agua clara, es el acónito; el otro, que tiene el agua dorada, el filtro amatorio; conque adiós, que si habéis de entrar en el campo real, habéis de llegar ante de que oscurezca.

—Tenéis razón—dijo Zancudo—, muchas gracias, y hasta la vista.

Y se fué.

Salió del campo del caballero del Aguila Roja, atravesó un gran espacio descubierto por encima de una loma árida y desnuda y cubierta de un césped cenicíento, yendo á dar en el campo real, que era inmenso, porque á él estaban unidos los campos de don Diego y don Juan Alfonso de Haro, y el del maestre de Santiago, don Juan Ozores.

Más abajo, á lo lejos, en el declive de la colina, se veían otros pequeños campos de ricos hombres y mesnaderos que servían á la reina.

## CAPITULO IV

### DE LO QUE HIZO DOÑA JUANA NÚÑEZ DE LARA CON UNA RATA Y UN PÁJARO

Había en el campo real cuando entro Zancudo, una grande animación.

Salieron algunos jinetes, portadores sin duda de órdenes, que se dirigieron á los distintos campos que cercaban la villa de Paredes.

En los que estaban contenidos en la cava y estacada del campo real, se armaban los jinetes, y alrededor de las barracas del rey y de la reina, se cargaban las acémilas y se veían muchas literas.

Al pasar junto á la barraca de la reina Zancudo, entraba en ella, armado de todas armas, el infante don Enrique.

Sus escuderos tenían cerca de la tienda su caballo de batalla, y junto al caballo, se veían dos pajes, armados también, teniendo uno la lanza, el otro el escudo del infante.

—Pues esto es que nos vamos—dijo Zancudo—, y puede ser que no tenga tiempo de hablar con doña Juana: sin embargo, lo veremos.

Y adelantando, llegó á la barraca de doña Juana Núñez de Lara.

Allí se notaba también un gran movimiento.

Los criados cargaban en acémilas, arcas, cofres, tapices, muebles. Había preparadas seis literas. Una infinitamente más lujosa que las otras, destinada sin duda á doña Juana, y sostenida por mulas blancas.

Las otras, mucho más modestas, de cuero de su color, claveteado, estaban sin duda destinadas á las doncellas.

En cada una cabían dos.

Al ir á entrar Zancudo, se dió un tropezón con uno que salía, y que soltó un redondo voto.

Reparólo Zancudo, y se encontró con el paje rubio, que llevaba en la cabeza un casco de hie-

rro empavonado y con muchas plumas, un medio camisote de mallas, una cota de armas con las de la casa de Lara bordadas, y botas altas de gamuza, amén de un espadón que llevaba en la cintura.

—¡Ah, señor Damián!—exclamó Zancudo asiendo por los molleros de los brazos al paje, y levantándole del suelo como en muestra de cariño, con la misma facilidad conque hubiera levantado un monigote de paja—; me venís como llovido del cielo.

—Me alegro, don Melchor—dijo Damián—, pero soltadme, que con esas manazas que tenéis, me estáis lastimando los brazos, y no me gusta astar en vilo.

Zancudo dejó al paje en el suelo, soltando una ruidosa carcajada.

—Y vaya si tenéis fuerza—dijo Damián—; apuesto á que os tragais vos solo tres raciones de hombre de armas.

—Y lo que sobreviene entre comida y comida, Damiancillo; pero no se trata ahora de esto, sino de que necesito ver á la señora: ¿es esto posible?

—Para vos es siempre posible ver á mi ama; se os espera siempre, y á más de eso, hay aquí una personilla que á cada paso habla de vos.

—Pues metedme allá dentro, adonde vuestra señora esté.

—Pues llegais á tiempo—dijo el paje penetrando en la barraca—, porque ya han acabado de vestirla sus doncellas; como que dentro de una hora nos largamos.

—¿Y adónde, Damián? Que vos debéis saberlo—dijo Zancudo.

—De aquí á Palencia y de Palencia á Valladolid, donde esperaremos á que se reunan los concejos de todo el reino.

¡Bah! eso ya lo sabía yo; ¡mal rayo! y cuando estaba ya tan madura la villa, que se iba abriendo para entregarse; ¡permita Dios que al que tiene la culpa de todo esto, le mate un torozón!

—Esperad un momento—dijo Damián—, que voy á avisar á la señora de que estais aquí.

Y se entró por una puerta inmediata.

A poco salió, y dijo á Zacundo:

—Entrad.

Entró, y se encontró en un pequeño departamento ya casi desguarnecido, donde estaba doña Juana, hermosísima siempre, y vestida con un exquisito gusto y una gran riqueza.

Un chal de la India blanco con pintas azules, envolvía su cabeza, á la manera de las tocas árabes; dos grandes trenzas color de oro recogidas hacia atrás, corrían á lo largo de sus mejillas; un collar de coral rosa, hacía resaltar la blancura de su garganta; un albornoz ancho color de hoja seca, de una tela de seda labrada muy gruesa y muy suelta, tejida en el Albaicín de Granada, con briscaduras y adornos de oro, y bajo esto, una túnica de seda azul del mismo género con adornos de plata y ancha orla jaquelada de rojo y negro, constituían su traje.

—Bien venido seais, don Melchor—dijo con indolencia—; ¿qué me queréis?

—Nada os quiero, señora, si no que os traigo algo que vuesa merced quiere.

—¿Y qué es ello, don Melchor?

Zancudo, mirando antes con recelo si había alguien que pudiese verle, sacó de su escarcela los dos pomos de vidrio, y los mostró á doña Juana.

La palidez de ésta aumentó, y miró con ansia los dos pomos.

—¿Y qué es eso?—dijo.

—Esto, señora—contestó Zancudo mostrando en la mano derecha á doña Juana el pomo, cuyo contenido era incoloro—, es zumo de acónito.

—¿Y para qué sirve esto?

—Para matar ratas.

—¡Ah! sí, son unos bichos muy incómodos—dijo doña Juana—, y los hay en todas partes; yo creí que me comían; es muy incómoda la vida de los campamentos.

—Es verdad, señora, es verdad; hay en este mundo ratas tales, que no se las puede resistir.

—¿Y cómo se les da esto á las ratas, don Melchor?

—Si las ratas bebiesen vino sería muy cómodo, porque con echar en el vino que han de beber lo que contiene este botecillo, punto concluído, se les pararía el corazón y se irían á la eternidad; pero como las ratas no beben vino...

—Bien, bien—dijo con impaciencia doña Juana—, se les pone agua con miel en un dornajo, y se les echa esto; dadmelo.

—Tome vuesa merced...

Doña Juana se guardó el pomo entre su ropa.

—¿Y eso otro qué es?

—Esto otro, esto otro sirve para cazar pájaros.

—¡Eh! ¿para cazar pájaros?

—Sí, señora; esto se echa en un agua de olor de las que vienen de Africa ó con zumo de rosa

ó de romero ó de jazmín; se rocía con ello un mirador y una estancia, n el pájaro que llega y lo huele, se mete dentro, enamorado de la persona que ha rociado el agua de olor; y es más, a persona que esto huela se enamora de la persona que con voluntad de ser querida le ha dado este agua.

—Dadme, Zancudo, dadme, me gustan mucho los pájaros.

—Yo, señora, me los como fritos por docenas.

—¿Y quién os ha dado esto, don Melchor?

—Mi médico, astrólogo y saludador, Diego de Morón, á quien le vi manipulando esto, y le pregunte para quién lo hacía, y me dijo, que vuesa merced tenía mucho miedo á las ratas, que amaba mucho á los pájaros, y que estaba haciendo esto para vuesa merced; pero como es corto de genio y se aturde delante de las altas personas, le costaba trabajo venir; por lo que he venido yo, que me alegro de tener ocasión de ver a vuesa merced.

—Yo también me alegro mucho de veros, don Melchor, me habeis servido bien y espero que me seguiréis sirviendo á maravilla; ya sé, ya sé que quisisteis ir á tomar un castillo para tener algo de señorío, y que no os dejó vuestro capitán; pero yo haré de modo que dentro de poco os dejen ir sobre el castillo rebelado que mejor os plazca, y os daré lanzas y peones y *cabritas* y *gatas* y los ingenios que hayais menester para tomarle.

—¡Ah, señora!—exclamó Zancudo—vos sois mi angel tutelar.

—Os estimo y estimo mucho á Cinta, y tened en cuenta que no os la doy por mujer hasta que seais caballero de señorío, que la estimo yo mucho: con que, id, id con Dios, y por memoria mía tomad, y guardadlo para cuando os caseis con Cinta.

Y se quitó el collar de corales de que pendían una patena y un *agnus dei* con piedras preciosas, y lo dió á Zancudo.

—¡Ah, señora! toda mi sangre es poca para vos—dijo Zancudo—guardando en su escarcela la rica joya.

—Id, id, y no digais á nadie que me asustan las ratas, ni que me gustan los pájaros.

Zancudo salió murmurando:

—¿Pues no era menester aballestear á mi capitán ó echarle con un catapulta dentro de una villa por el delito de no amar á este ángel de Dios?

Y se salió de la barraca y después del campo real, y á poco estuvo en el campo de Zayda Fatima, en el que encontró á todo el mundo armándose y cargando las acémilas.

Allí se había recibido la orden de levantar el campo.

Se abatían las tiendas de los dos capitanes, y ya por un extremo se empezaba á poner fuego a las barracas, como se hacía siempre que se levantaba un campo, para que no le aprovechase el enemigo.

Empezaba á oscurecer, y allá á lo lejos brillaban los incendios de los pequeños campos de ricos hombres y mesnaderos, que por ser poca la gente que tenía que armarse y poco el bagaje, estaban ya en orden de marcha.

Sólo el campo real permanecía oscuro.

Zancudo se metió en su barraca, hizo que su paje le armase, y le envió á su escudero por los caballos.

Cuando estuvo armado, fué á presentarse á Zayda Fatima.

Estaba ésta junto al caballero Sin nombre, hablando con él calurosamente en voz baja, y rodeada de los cabos superiores de la compañía.

Tenía puesto el antifaz, como siempre que se presentaba á sus soldados.

El conde don Lope tenía también su antifaz de hierro.

Zancudo esperó á que Zayda Fatima concluyese su conversación con el conde.

Esta conversación era demasiado grave.

—La reina me manda—decía Zayda Fatima—que vaya escoltándola junto á su litera, con cien lanzas de la compañía; esto quiere decir que la reina recela una traición, y sé que con otras cien lanzas irá él escoltando también á la reina y al rey. ¡Ah! ¡no tengo valor, mi buen padre, no tengo valor! esta faena varonil en que hace tanto tiempo estoy metida, no ha cambiado mi corazón de mujer. ¡Ah! no, no, el caballero del Aguila Roja es siempre la pobre María de Granada; estoy temblando, padre mío, no me abandoneis; el tiempo, la ausencia, han aumentado mi amor, y este amor es maldito: él es un hombre casado, y yo, consagrada por mi padre á Dios, al convertirme á la religión verdadera, he confirmado mi voto. ¡Ah! si la reina, si el rey no estuviesen en peligro, yo me iría á

acabar de pasar mi vida al monásterio de las Huelgas de Valladolid.

—Ahora menos que nunca—exclamó el conde—; tenemos al traidor en casa, al peor de los traidores, al infante don Enrique, y preveo infames asechanzas, grandes peligros: ahora más que nunca debemos velar por el rey y por la reina: ya veis, estábamos á punto de tomar la villa, y ese miserable ha venido á estorbarlo; pero no es la culpa suya, sino de mis desleales hermanos don Diego y don Juan Alfonso, vergüenza de mi apellido: para estos hombres no hay más que dinero y dinero, mercedes y más mercedes. ¡Ah! me van dando tentaciones de arrojar el antifaz, de decir: he aquí el que habéis creído muerto en Alfaro, he aquí el señor de vuestra casa; dadme mi señorío de Vizcaya, que siendo mío servirá para defender la razón y la justicia.

—¡Ah! no, no, continuemos entrambos fieles á nuestros votos, conde; temamos á Dios y fortalezcámonos mutuamente para resistir nuestra lucha. No os separeis por Dios esta noche de mí; poneos entre él y yo.

—Descuidad, hija mía, descuidad, aunque no son necesarias esas prevenciones: sufrís, lucháis, pero teneis fuerzas para el sufrimiento, para la lucha: sois una gran mujer, un gran corazón.

—Me protege Dios.

—Pues contad con que Dios siempre os protegerá, porque Dios protege siempre la virtud.

En aquel momento llegó Damián que venía de parte de la señora infanta doña Juana Núñez de Lara.

Traía en las manos un pequeño cofrecillo de hierro y oro.

Se acercó á Zayda Fatima, y la dijo:

—Señor infante, tengo que decir á vuesa merced algunas palabras.

Zayda Fatima, que conocía demasiado á Damián, porque le había llevado y traído muchas cartas de la Palomilla, se impacientó, pero disimuló su impaciencia.

Se apartó á un lado con el paje, y éste la dijo:

—Mi señora me envía á vuesa merced con este cofre, y porque ya está levantado todo para la marcha y no tiene comodidad de escribir, me ha mandado diga á vuesa merced de palabra lo que hubiera podido decirle por escrito.

—Y bien—dijo Zayda Fatima afectando cortésmente una galantería á que estaba muy poco dispuesta—: hablad, que yo oiré con mucho gusto lo que me digais de parte de vuestra señora.

—Pues mi señora dice que sabe muy bien que esta noche nos saldrán al camino de Palencia el infante don Juan, que se llama rey de León, y el infante don Alfonso, que se llama rey de Castilla, con muchas y muy buenas lanzas y gente brava de Aragón, Navarra y Cataluña.

—Bien; los venceremos, contando con Dios y nuestro derecho—contestó Zayda Fatima.

—Así lo espera mi señora—dijo Damián—; pero como habrá gran peligro, mi señora quiere preservaros de él, y os envía un tesoro; esto es, dos huesos del dedo pequeño de la mano de Santa Eulalia dentro de un relicario, y un paño empapado con las lágrimas de la santa, que bien se conoce es una reliquia, por el suavísimo olor que tiene. Poneos ese relicario al cuello y sobre el corazón el paño, y nada temáis, saldréis del peligro, no sólo ileso, sino vencedor.

—Dad a vuestra señora las gracias por el cuidado que de mí tiene, y tomad vos para memoria mía.

Y Zayda Fatima se quitó del cuello la cadena de caballero que llevaba, que era de grandes eslabones de oro macizo, y la dió á Damián, que se lo agradeció mucho; y, dejando el cofrecillo á Zayda Fatima, se alejó.

—¡Oh, qué equivocación ésta de doña Juana Núñez! ¡Y que por amor á la reina haya de alentar yo estos amores!

Y como Zayda Fatima era piadosa, y como la casa de Lara era muy rica y muy antigua, y tenía fama de poseer entre sus riquezas reliquias de santos, y como Zayda Fatima sabía que doña Juana, creyéndola hombre, la adoraba, se metió en su tienda, que aún no estaba abatida del todo, haciendo decir, ó más bien murmurar á Zancudo, que había estado observando:

—Paréceme que, si no es hablador el Zurdo y su licor tiene la virtud que él dice, doña Juana Núñez ha cazado ya su pájaro, es posible que haya también matado á su rata.

Entre tanto, Zayda Fatima se ponía en su tienda el relicario al cuello, y sobre el corazón el paño empapado, según decían, con las lágrimas de Santa Eulalia.

En efecto, el paño olía de una manera suavísima, y como Zayda Fatima, á pesar de lo brava, era muy dama, aspiró con cierta fruición aquella fragancia deliciosa.

Después salió, y como viese que el incendio

de las barracas de su campo avanzaba y que empezaban á incendiarse las barracas del campo real, mandó que sus tropas tocasen á cabalgar y batiesen marcha; y cabalgando los jinetes y formándose éstos y los peones, salió y se colocó en orden cerrado en el espacio que se extendía entre su campo y el campo real.

Zayda Fatima dió cuenta al conde don Lope del presente que le había hecho doña Juana Núñez.

—¡Oh, pues os ha dado un tesoro inestimable!—dijo el conde—; esa mujer está loca por vos; allá, en otro tiempo, oí hablar mucho á don Juan Núñez de Lara, el viejo, de esas reliquias de Santa Eulalia dadas por un papa á uno de los de la casa de Lara, que había estado en la conquista del Santo Sepulcro, en recompensa de sus hazañas.

—¿Y qué creéis, don Lope, de lo que dicen, que han de salir á atajarnos esta noche los infantes don Juan y don Alfonso con sus gentes y sus lanzas de Aragon, Navarra y Cataluña?

—Digo que cuando lo dice doña Juana Núñez, y siendo un traidor tal su marido, podrá ser cierto; pero dígoos también que con la gente que llevamos, y yendo con nosotros don Alfonso Pérez de Guzmán, me dan poco cuidado los infantes.

—¿Y no creéis que debía darse cuenta á la reina?

—No; podrá no acontecer, y bueno es ahorrar de cuidados á su señoría; basta con que lo sepa don Alfonso Pérez para que se aperciba y ponga la gente en buen orden, á fin de no ser sorprendidos; estas precauciones no implican cuidado, porque el buen capitán, mientras va por tierra enemiga, debe ir siempre apercibido al combate. ¿Y qué uso habéis hecho de esas reliquias?

—Las llevo sobre mí, no para que me defiendan del enemigo armado, sino de otro enemigo mayor: de mi corazón y de don Alfonso Pérez.

—¡Ah, desdichada amiga mía!—exclamó conmovido el conde.

En esto, llegaron las últimas acémilas y las máquinas é ingenios que habían quedado en el campo á la salida de la compañía, y como se oyese el toque de marcha á lo lejos, en el campo real, la compañía franca se puso en movimiento.

A poco, habiendo dado orden Zayda Fatima á Zancudo de que tomase el mando de la compañía, se destacó con cien lanzas, y acompañada del conde don Lope, avanzó rápidamente, llegó al ejército real y á la litera de la reina, con la que habló algunas palabras, continuando desde allí en la guarda del rey y de la reina.

Otras cien lanzas gruesas completaban aquella guardia real, por decirlo así.

Al frente de ella, sobre un fuerte corcel, iba un caballero armado de todas armas, con rica sobrevesta y rico plumaje en el almete.

Aquel caballero era moreno, grave, hermoso, y ya de edad granada; era Guzmán el Bueno.

Empezaba á oscurecer.

Acercósele el conde don Lope, y le dijo:

—Salud al buen alcaide de Tarifa.

—Salud, señor Sin nombre—contestó Guzmán el Bueno, reconociendo por lo que se le conocía al conde don Lope, á la neutra luz del crepúsculo; á lo que parece, hacemos juntos la jornada, y me complazco de ello, porque sois muy honrados los capitanes de los Hermanos de la Selva.

Y Guzmán el Bueno suspiró.

Esto, para el conde don Lope, fué una demostración de que Guzmán había conocido á Zayda Fatima.

—Vengo á daros un aviso importante—dijo el conde.

—Hablad, señor mío—contestó Guzmán el Bueno.

—Nos ha llegado á mí compañero y á mí un espía, y nos ha dicho que los infantes don Juan y don Alfonso, con grande y brava hueste, han de salirnos esta noche al camino.

—¡Pardiez!—exclamó Guzmán.—Y cómo se conoce que entre nosotros anda ese mal amañador de infante don Enrique; si la reina mi señora no fuera tan blanda de entrañas excusaríamos muchos y graves inconvenientes; pero me parece que Dios suple por lo que la reina no hace; gran trabajo se le ha venido encima, y sin saber cómo, á don Enrique el Senador.

—¿Y qué ha sido ello?

—¡Que ha de haber sido! Que en el momento de marchar, y estando hablando con la reina, el infante don Enrique dió una gran voz, y empezó á disparatar, que ponía espanto, y luego cayó redondo al suelo, y hanle metido en una litera, y los físicos don Abrahám y don Kag se vuelven locos, sin acertar lo que el infante tiene, y auguran muy mal de su vida.

—Dios, siempre Dios—exclamó el conde don Lope.

La verdad era que, habiendo ido antes de partir á saludar á su esposa el infante don Enrique, doña Juana había estado muy amable con él, y le había festejado, dándole á beber una gran copa de vino caliente enmelado para fortificarle, á causa de sus años, para la fatiga de la jornada.

Guzmán el Bueno, atendido el aviso del conde don Lope, mandó á sus tropas tocasen alto.

Hízolo todo el ejército, y Guzmán el Bueno, á pretexto de prevención, puso la hueste en situación de entablar con ventaja un combate en el momento que se le presentase.

A vanguardia iba la compañía franca de los Hermanos de la Selva; á retaguardia, las lanzas y los vasallos de Alfonso Pérez de Guzmán, gente dura y de confianza.

Al uno y al otro flanco del ejército, grandes mangas de ballestería aguerrida en las fronteras de Granada.

## CAPITULO V

### DE LA MALA SITUACIÓN EN QUE SE ENCONTRABAN LOS DOS CAPITANES DE LOS HERMANOS DE LA SELVA.

La noche era muy apacible, brillaba clarísima la luna, y producía un magnífico efecto en las colinas, en los valles, en los horizontes, dejando ver de trecho en trecho un trozo de cinta ondulada y brillante, que no era otra cosa que la escasa corriente del Orvigo.

El ejército marchaba en silencio, porque tal orden había dado Guzmán el Bueno, que le mandaba en jefe, por delegación del rey, y á Guzmán el Bueno se le obedecía.

No cantaba, pues, un sólo soldado, ni se oía otra cosa que el ruido de las herraduras de los caballos, muchas veces sobre piedra viva, y el crujir de los arneses, lo que á lo lejos producía un rumor seco, extraño, que á nada podía compararse, semejante sólo al de una gran serpiente de acero que se deslizase sobre piedra.

Zayda Fatima iba poseída de una inquietud mortal; marchaba á la derecha de la litera de la reina; á la izquierda, marchaba Guzmán el Bueno; algo atrás, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, abandonadas las riendas, dejando ir á su placer á su caballo, iba el conde don Lope con su blanca sobrevesta de luto.

El conde había sufrido mucho, había estado tres meses á la vista de Paredes, había asistido á más de un asalto.

Dentro de Paredes estaban su mujer, su hija y su nieto, que le creían muerto, y que acaso le habían olvidado.

Este pensamiento había amargado el corazón del conde, que por mas que había prescindido del mundo, renunciando a sus antiguas traiciones, convertídose y consagrádose al servicio de la viuda y del hijo de aquel rey don Sancho, contra el cual había levantado la mano alevosa, no podía desoir el grito de la sangre.

Y tan poderoso fué éste, tal deseo sintió el conde don Lope de ver á su esposa, á su hija y á su nieto, que, exponiéndose á todo, una mañana, apenas alboreaba, se fué con su hábito de monje delante de la puerta Real de la villa, que era la más fuerte, y dijo que era un benedictino de León que tenía que revelar grandes cosas á doña María de Haro, que gobernaba la villa.

Como un fraile solo no era terrible, y había prometido grandes revelaciones en momentos de grave conflicto para la villa, y entonces se creía que todos los religiosos estaban iluminados por el Señor, franqueóse la puerta Real para don Lope, que entró en la villa.

Cierto es que los de adentro pudieron suponer que bajo aquel hábito se ocultase un espía: pero en aquellos tiempos, un hábito era un salvo-conducto, con el cual se iba con seguridad por todas partes.

Podía decirse entonces de los hábitos lo que ahora se dice de las banderas en la estera del comercio: el pabellón cubre la mercancía.

Don Lope fué recibido en Paredes con un profundo respeto.

Su ancho hábito negro de gruesa y magnífica plegadura, su continente grave, su blanquísima barba, que asomaba luenga bajo su capuz completamente calado, hasta el punto de no vérsele ni una parte del semblante, le daban una apariencia completamente venerable.

En el pequeño alcázar de la villa encontró el conde á su esposa doña Juana de Molina y á su hija doña María de Haro, que tenía junto á sí á su hijo don Lope, niño de poca edad.

Doña Juana era una hermosísima matrona, como de cuarenta y dos años, hija mayor del infante don Alfonso de Molina, padre de la reina doña María, hermana menor de doña Juana.

Al verla don Lope tranquila, infatuada por aquello de ser madre de la reina de León, como se llamaba doña María, en un estado de morbidez admirable, sonrosada, viviendo bien, en una palabra, se le oprimió el corazón.

Había sido de todo punto olvidado: no podía dudarlo.

Su hija doña María, joven como de veintidós años, casada algunos antes con el infante don Juan, era también muy hermosa, y miraba á su padre sin conocerle, con extrañeza.

El nieto miraba al abuelo con miedo, por lo cubierto de su semblante, por su larga barba blanca y por su hábito negro.

—Y bien, ¿qué tenéis que revelarnos, padre? —le preguntó doña Juana de Molina.

El conde habló con su voz natural, seguro de que se le había alterado tanto con los años y los sufrimientos, que no era posible le reconociesen los suyos.

—¿Estais segura—dijo—, señora, de que no ofendéis á Dios manteniendo levantada bandera contra vuestra hermana la reina doña María y vuestro sobrino el rey don Fernando?

—Ni ella es reina, ni él es rey—contestó con desdén doña Juana—; casóse ella por ambición con el rey don Sancho, y el rey don Sancho con ella por amor, por una pasión desordenada: Roma les negó la dispensa; manceba fué, que no esposa de mi sobrino el rey don Sancho, y los hijos que de este amancebamiento han nacido, son bastardos, por lo que don Fernando no puede ser rey: el rey legítimo lo es mi sobrino don Juan, marido de mi hija la reina doña María.

—¿Y de nada os sirve—dijo sin irritarse el conde don Lope—el ver que los reinos del rey don Sancho han reconocido como mujer legítima de su difunto rey á vuestra hermana doña María y han aclamado por su rey y señor natural á su hijo don Fernando?

—¡Ah, sí!—contestó, dejando ver una sonrisa sardónica doña Juana.—Doña María es mañera, hipócrita, la ambición la alienta, halaga á los unos, da mercedes á los otros, y puede decirse que entre mercedes y donativos, ha dado á todos los que la defienden el reino de que se llama rey su hijo.

—¿Y quién tiene la culpa de que se vendan los altos señores y no pueda contarse con ellos si no se les compra? Y sin embargo, pudieron venderse á otros; el infante don Juan no dejaría de pagar bien caros á esos señores.

—¡Ah!, no habléis de eso, padre—exclamó irritada doña Juana—; á quien se debe que el infante don Fernando se llame todavía rey de Castilla, es á ese traidor de mi cuñado, don Diego López, que más que á doña María y á don Fernando defiende el señorío de Vizcaya que ellos le han dado y que no le daría mi sobrino el rey don Juan, porque ese señorío pertenece de derecho á mi hija la reina doña María; de otro modo, ni don Diego López de Haro fuera legítimo señor de Vizcaya, ni á su hermano don Juan Alfonso se hubiera dado el señorío de los Cameros, que tampoco consentiría le tuviese el rey don Juan, porque ese señorío es del patrimonio de la corona de Castilla; no defenderían ni á doña María ni á don Fernando, como no los defienden don Juan Núñez de Lara, que está con nosotros.

—La pasión os ciega, señora, y os olvidáis de Dios—contestó el conde don Lope.

—¡La pasión! ¿Y creéis que no tengo razón para aborrecer al difunto rey, á doña María y á don Fernando? ¿No sabéis que mi hijo murió defendiendo el señorío de Vizcaya, perdido por la cobardía de su padre el conde don Lope?

—Dejemos en paz á los muertos, madre—contestó fríamente doña María de Haro.

—¡Los muertos!, ¡los muertos que han dejado tras sí tan funestas consecuencias!—exclamó doña Juana—; ¡cobarde! Tubo mil veces en su mano la cabeza de don Sancho y no la tomó; se confió neciamente en lo que creía que con el rey podía, y engañado por el rey, murió miserablemente en Alfaro, causando la ruina de su familia y la guerra civil. ¿Pues qué sería del infante don Fernando y de su madre si no los amparase el poderoso señor de Vizcaya? Pues qué, mi hijo si no hubiera muerto defendiendo su derecho, ¿hubiera reconocido nunca por rey al usurpador, como le ha reconocido y le reconoce por lo que le conviene mi cuñado don Diego López? ¡Ah!, no, guerra á muerte, sin tregua y sin fin, si es que Dios no quiere que esta guerra tenga fin, dando al rey don Juan su herencia; en cuanto a mí, el mundo me exige, si no mi corazón, que vengue la muerte de mi marido; mi alma entera que cobre la sangre de mi hijo, y no cesaré de

aconsejar al rey don Juan que no ceda y que muera antes que volver á besar la mano á aquel que le usurpa la corona.

A punto estuvo de descubrirse el conde don Lope, de aterrar á su mujer y á su hija, pero se contuvo.

Había muerto para el mundo en Alfaro y no quería volver á aparecer ante el mundo.

Devoró la inmensa amargura que le causó el odio á su memoria de su mujer y de su hija, y salió de su presencia murmurando:

—Si los muertos, después de algunos años de su fallecimiento, volviesen á la vida y buscasen á su familia, se tornarían á la tumba desesperados; el hombre está solo sobre la tierra; no tiene á nadie más que á Dios.

Esta amargura del corazón, de la que no había podido curarse y que tal vez era la mayor de las espiaciones del conde don Lope, era la que le llevaba cabizbajo, meditabundo, sufriendo un martirio, detrás de Zayda Fatima, abandonadas las riendas de su caballo.

En cuanto á Zayda Fatima, sentía una tentación formidable de avanzar su caballo y de acercarse á Guzmán el Bueno, que iba á la izquierda también muy pensativo, algo avanzado de la litera de la reina.

Se contenía, sin embargo, Zayda Fatima.

Una especie embriaguez, de locura, iba invadiendo su cabeza.

La abrasaba el corazón aquel supuesto paño empapado en las lágrimas de la mártir Santa Eulalia.

Se sentía débil, impotente para resistir á la poderosa atracción de Guzmán el Bueno.

Zayda Fatima lloraba bajo su antifaz.

Su alma sentía una corriente de amarguísimas lágrimas.

Pensaba en su desventura; mejor dicho, la sentía de una manera terrible y buscaba su causa, tal vez en alguna maldición de Dios sobre su familia; que ella había sido siempre buena, caritativa, pura; ¿por qué era tan desventurada?

A las dos horas de marcha, sin saber cómo, sin poderlo evitar Zayda Fatima, por una especie de indolencia de la voluntad, su blanco y magnífico corcel avanzó y la puso al lado de Guzmán el Bueno, hasta el punto de que chocaron los pernales de las armaduras de ambos personajes.

Guzmán el Bueno se volvió y se estremeció de los pies á la cabeza al ver junto á sí á Zayda Fatima; él, que no se estremecía por nada; él, que había tenido el bárbaro valor de arrojar desde la torre del Cubo de Tarifa el cuchillo con que fué muerto su hijo don Pedro.

Desde el momento en que Zayda Fatima, llegando á los reales, se había presentado á la reina, junto á la cual estaba Guzmán, éste, á pesar de las armas, del talante marcial y del antifaz que encubría á Zayda Fatima, la había reconocido por uno de esos misteriosos impulsos del corazón, de que no podemos darnos cuenta.

Zayda Fatima había sido la gran desgracia de Guzmán el Bueno.

Desde el momento en que la encontró al pie de las escaleras del Alcázar Viejo de Toledo, la noche en que moría el rey don Sancho, Zayda Fatima le hizo sentir su poderosa influencia, de la que á despecho suyo no había podido libertarse.

Guzmán el Bueno lo era verdaderamente; no cabía en él ni aun el pensamiento de una traición.

Ahora bien; si se hubiese dejado arrastrar por la poderosa influencia que involuntariamente había ejercido sobre él Zayda Fatima, hubiera hecho traición á su esposa; á aquella noble compañera que no había vacilado en seguirle á Africa; á aquella mártir que había partido con él el horror del sacrificio de su hijo; á aquella gran mujer que le amaba con toda su alma, y sobre todo después de Dios, con cuyo amor cumplía amando más que á sí misma á su marido.

No podía ni aun suponerse tan mal hecho en Guzmán el Bueno; pero no conservó intacta su virtud sin un enorme sacrificio.

No había dejado de amar á su buena y hermosa doña María Alfonso Coronel, ni su amor hacia ella había empalidecido ni aun levemente, á causa de la fascinación que le causaba Zayda Fatima, y que era tal y tan poderosa, que fué bastante para que con un prexto se alejase de la corte, temeroso de que su pasión creciese, dominase la conciencia de su deber y le arrastrase á la mala acción de decir amores á una noble y honrada dama que no podía ser su esposa.

Zayda Fatima era para él ese arcángel de fuego que llena todas las aspiraciones de nuestro deseo, si los encontramos sobre la tierra.

Ese imposible adorado y tentador que acaba por enloquecernos.

Guzmán el Bueno tuvo miedo por la primera vez de su vida, y huyó.

Pero las circunstancias habían hecho que la reina le necesitase de una manera grave, y su lealtad trajo á Guzmán á la corte, esto es, al peligro, porque aunque Zayda Fatima, como dama de la reina, había desaparecido, estaba junto á ella bajo la apariencia misteriosa del caballero del Aguila Roja, á cuyo incógnito y á cuyo silencio se habían acostumbrado todos, porque eran muy frecuentes en la Edad Media los caballeros ascéticos, que por piedad ó en penitencia de algún gran pecado, se encubrían y de nadie se dejaban ver el rostro, ni con nadie hablaban, sujetos á un voto solemne.

Hay entre dos que se aman con toda la intensidad del amor, que no todos los que pasan por la vida sienten, algo misterioso é inexplicable que les hace conocerse, sentirse, aunque estén encubiertos, aunque no se vean; son un alma partida en dos, que tiende á unirse, á pesar de todos los obstáculos, de todos los sacrificios.

Es este amor la gran felicidad de dos seres, el reflejo sobre la tierra de la gloria, cuando no existen contrariedades que dificulten una unión legítima; y la gran desgracia, la desgracia suprema, cuando esta unión no puede realizarse porque el amor de raza pura es altivo, soñado, poético, no transige con nada de lo que el mundo y la moral reprueban.

En esta última situación se encontraban Zayda Fatina y Guzmán el Bueno.

Cuando ella se acercó á la tienda de la reina la primera vez que fué á visitarla en los reales, presintió á Guzmán.

En efecto, Guzmán estaba al lado de la reina.

Cuando Guzmán vió al caballero del Aguila Roja, conoció á Zayda Fatima.

La buena doña María se estremeció y se entristeció.

Había visto cruzarse una involuntaria mirada de fuego entre sus dos más leales servidores, y procuró que no volviesen á encontrarse.

El campo de Zayda Fatima estaba separado por una gran distancia del de la reina.

Cuando se combatía la villa, si Guzmán acometía por un lado, el caballero del Aguila Roja tenía órdenes de acometer por el opuesto.

No habían vuelto á verse Guzmán ni Zayda Fatima: había cuidado de evitarlo la severa y previsora doña María.

## CAPITULO VI

DE CÓMO, SEGÚN LA OPINIÓN DEL EJÉRCITO, LA REINA DOÑA MARÍA IMPIDIÓ QUE GUZMÁN EL BUENO Y EL CABALLERO DEL AGUILA ROJA SE COMBATIESEN EN BATALLA CAMPAL.

La fiebre devoraba á Zayda Fatima.

La embriaguez del amor la dominaba; así esque se olvidó de su silencio, de su situación, y al chocar con Guzmán el Bueno—dijo—olvidándose hasta de que había cambiado aparentemente de sexo:

—Perdonad, iba distraída.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Guzmán el Bueno—: gracias, señora.

—¡Ah!—exclamó Zayda Fatima conociendo tarde su olvido—: ¡no sé lo que pasa por mí!

—Descuidad, descuidad, señor capitán—dijo Guzmán el Bueno—que vuestro secreto no lo era ya para mí; y si continúo tratándoos como vos queréis que se os trate, es por evitar que el viento arrastre alguna de nuestras palabras que puedan descubriros.

—¡Que conocéis mi secreto!—dijo alarmada Zayda Fatima—porque creía que Guzmán el Bueno se refería al secreto de su corazón: ¿no teméis haberos engañado?

—¡Ah, no!—exclamó Guzmán—reconozco en vos á una noble persona, digna de mejor suerte.

—¿Por qué decís eso, capitán—dijo Zayda Fatima.

—Porque os aflige la desventura; desventura que no merecéis, porque nada hay tan bueno, tan noble y tan leal como vos.

Guzmán el Bueno, por más que qniso evitarlo, dejó conocer mucho de apasionado en su acento.

—¿Qué sabéis de mi padre?—dijo Zayda Fatima—que tenía miedo á aquella conversación, y que de otra parte, no se atrevía á cortarla, ó mejor dicho, no podía.

—Yo no me trato con el rey de Granada—contestó Guzmán—sino en el campo, y lanza contra lanza, y en verdad, que siento mucho por vos, y sólo por vos, ser necesariamente enemigo de vuestro padre.

—Yo también lo soy por mi desdicha—contestó Zayda Fatima—; pero es la mía una desdicha que no deploro, porque á causa de ella, he

abierta los ojos del alma á la religión verdadera, y sirvo á la más noble de las reinas.

—Es admirable—dijo Guzmán—; tenéis fama de ser una de las mejores lanzas de Castilla.

—¡Ay, don Alfonso, que cuando yo me vi obligada a huir del alcázar de mi reina, porque me acechaban enamorados poderosos, no sabía lo que iba á ser de mí! Necesitaba ocultarme, encubrirme, y sólo por esto vestí traje y armas de hombre: nunca había pasado por mi imaginación que yo pudiera convertirme en un formidable guerrero: llevaba conmigo á sueldo cuatro hombres, bravos soldados viejos que aún continúan á mi servicio: no sabía yo que en el estado en que se encuentra Castilla no se puede andar por los campos armado, sin verse á cada momento en la necesidad de poner á prueba el esfuerzo: muy pronto nos atajaron en el camino unos salteadores; yo necesitaba encubrir mi sexo para con mis escuderos, y combatí estremecida de espanto: cierto es que mi padre me había acostumbrado á la fatiga, que más de una vez había manejado la ballesta y lanzado la azagaya; que había ido á montería; que en los patios de nuestros alcázares había corrido cañas con mis hermanas y con las esclavas del harem, pero nunca había pensado en la guerra, y aunque no era ni tímida ni delicada, jamás había pasado por mi pensamiento convertirme en soldado.

—Por Dios, capitan, estáis hablando como mujer, y pueden oiros alguna palabra—dijo Guzmán el Bueno—: adelantémonos si os place, y así podremos hablar sin temor.

Y Guzmán el Bueno avanzó su caballo; avanzóle también Zayda Fatima, y quedaron solos en un punto intermedio á las lanzas que formaban la vanguardia de la comitiva de la reina, y á la litera de ésta.

Podían hablar sin temor de ser oídos.

—Continuad si os place—dijo Guzmán.

—Con sorpresa mía, en el primer encuentro que tuve con los bandoleros de que os he hablado, cerca de Renedo, vi que mi pavor se desvanecía, desaparecía, que me entusiasmaban el combate y el peligro y que se desarrollaba en mí una fuerza que nunca había conocido; posteriormente, y después de algunos encuentros con gente maleante, en que triunfé siempre, ayudada por mis escuderos, tropecé con la compañía de los Hermanos de la Selva, que me atajaron en el camino: me combatí de solo á solo con su capitán, y al primer encuentro le derribé de los arzones, falseados la adarga y el coselete, y atravesado de parte á parte. Esto se debió sin duda al gran empuje de mi caballo y á lo bueno del encuentro. Mi fuerza se desarrollaba de día en día; hecho capitán de los Hermanos de la Selva, éstos, que eran unos aventureros terribles, admiraron mi valor y mi pujanza: todo esto me ha venido de Dios, que ha querido acorrerme.

—Indudablemente, señora, indudablemente—contestó Guzmán el Bueno—; aunque ya he conocido yo mujeres formidables.

—Dicen que vuestra esposa—observó Zayda Fatima trayendo á la situación como protectora á doña María Alfonso Coronel—es tan brava como vos.

—Hiciera ella lo mismo que yo hice en Tarifa, aunque yo hubiera faltado, y os aseguro que la dejaría yo guardando una villa tranquilo, porque sé bien que la defendería como el mejor hombre de guerra.

—Vuestro ejemplo—dijo Zayda Fatima.

—Y su sangre—repuso Guzmán—, la noble y brava sangre de los Coronel. ¿Y no pensáis, señora, en dejar al fin vuestro disfraz y aparecer de nuevo como dama en la corte, al lado de la reina?

—Yo no volveré á aparecer mujer sino para entrar en un convento.

—¿Para un convento os guardáis, doña María?

—¿Y qué he de hacer yo en el mundo?—exclamó Zayda Fatima.—Mientras me necesite la reina, la serviré: cuando el rey don Fernando esté asegurado en el trono, cuando la reina descanse al fin de tanta fatiga, de tanta zozobra, de tanta y tan terrible lucha, cuando reciba el premio que Dios reserva sin duda á su virtud y á su constancia, me encerraré en el claustro.

—Dicen—observó Guzmán con la voz poco firme—que el infante don Juan Manuel andaba muy enamorado de vos, y que con vos se hubiera casado de muy buena voluntad.

A Guzmán se le iba yendo la cabeza, se contenía á duras penas, tenía celos del infante, porque le había oído hablar con adoración de Zayda Fatima, y sus celos se rebelaban y hablaban.

La conversación iba haciéndose sumamente peligrosa.

—¡El infante don Juan Manuel!—exclamó Zayda Fatima—; dejadme á mí de niños mal criados en la traición, y que si no la cometen

andan tan cerca de ella, que puede considerárseles ya como traidores.

—Así son todos en Castilla, doña María—dijo Guzmán el Bueno—; y los que no son así, se cuentan en muy pequeño guarismo.

—Sí, es verdad: no todos son como vos, que no solamente habéis vertido la sangre por vuestro rey, sino que por él os habéis hecho pedazos las entrañas; y á pesar de esto, no pedís á la reina para defender á su hijo, como los otros señores, villas y castillos, y bien sé yo que, cuando la reina no tiene dinero para pagar las lanzas que acaudilláis en vuestro adelantamiento de la frontera de Granada, pagáis el sueldo á la gente de vuestro tesoro particular. ¡Ah! esto es ser bueno, noble y leal. No, no como ese infantillo don Juan Manuel, que cuando le quitan una villa pide otra, y si no se lo dan, se enoja; y si no ha llegado á la traición, anda en tratos poco lícitos con los traidores, como cuando ayudó en lo que pudo al intento de casarse con la reina del desventurado infante don Pedro de Aragón.

—Qué queréis, así anda el mundo; y muchos de los que obran de tal modo, no lo hacen á mal hacer. El infante don Juan Manuel no es de los peores, y al fin y al cabo, aunque se haya hecho pagar más de lo que vale, ha estado siempre bajo el estandarte del rey; casado con vos, tal vez, y sin tal vez, de seguro se hubiera convertido en un buen vasallo.

—No parece—dijo con impaciencia Zayda Fatima, cuya fiebre crecía, cuya cabeza sentía á cada momento más la embriaguez del amor—sino que el infante os ha hecho procurador suyo para conmigo.

—No por cierto—saltó Guzmán—; todo consiste en que os quisiera ver bien casada con un infante tan poderoso como don Juan Manuel, lo que os daría infinitamente más medios para servir á la reina.

—Perdonad—dijo Zayda Fatima—, pero no parece sino que os habéis propuesto impacientarme; no me habléis más del infante: él es la causa de que yo me haya apartado de la reina y convertídome en lo que nunca, ni aun en sueños, había pensado.

—Perdonadme si os hago una pregunta, doña María, y todo por vuestro interés: ¿amáis á otro hombre?

—¡Que si amo yo, Dios mío!—exclamó Zayda Fatima cogida de improviso, y ya demasiado combatida por su amor—: ¡que si amo yo!

—¡Ah, basta, basta, señora!—dijo Guzmán el Bueno—: en la manera de vuestra respuesta comprendo que amáis con toda vuestra alma.

—Es verdad—dijo Zayda Fatima—: amo, pero mi amor es de todo punto imposible; no hablemos más de ello.

—¿Y por qué no?—dijo Guzmán el Bueno, que estaba también aturdido—: vuestro amor debe ser como vos, noble y puro.

—¡Oh, sí, noble y purísimo!—exclamó Zayda Fatima.

—Los amores puros no ofenden á nadie, ni á Dios, ni al mundo.

—Sí; cuando son imposibles, cuando una desdichada mujer ama sin poder evitarlo, sin que basten toda su virtud, todo su valor, á un hombre que no puede ser suyo, porque es de otra.

—¿Y no creéis que en esos amores purísimos que vos alentáis hay mucho de fraternidad? ¿No creéis que una hermana, una madre, una hija, pueden amar á un hombre infinitamente más que una amante? ¿No creéis que hay amores que se alimentan de sí mismos, y que encuentran en sí mismos la recompensa?

—¿Amáis vos de ese modo, don Alfonso?

—No sé, no sé qué deciros—contestó conmovido Guzmán el Bueno—; pero existe un ser sobre la tierra, por cuya vida, por cuya honra, por cuya felicidad, me intereso como si fuera mi hija, mi madre, mi hermana; un ser á quien amo de esta manera desde que le conocí, un ser á quien no olvido un solo momento, por cuya suerte, ignorándola, estoy ansioso; un ser por cuya ventura daría yo mi sangre, como la daría por mi noble esposa, por mis amados hijos.

—Pues bien—dijo Zayda Fatima—, Dios lo ha querido; la última palabra, don Alfonso: ¿soy yo esa mujer?

—Sí—contestó Guzmán.

Y sin poder evitarlo, instintivamente, acercó su caballo al de Zayda Fatima.

—Adiós—dijo ésta—, adiós: no volveréis á verme más; pero sabed que yo os amo como me amáis.

Y revolviendo su caballo, fué á ponerse al lado de la litera de la reina, y tan cerca, que podía hablar con doña María.

—Señora—la dijo—, ¿dormís?

—Nunca duermo cuando voy de viaje—contestó dulcemente doña María—; además, este tumor que no aciertan á curarme, me martiriza.

—¡Ah, mi noble señora!—exclamó Zayda

Fatima, cuya voz era trémula, porque no había pasado la conmoción que la había hecho experimentar su plática con Guzmán el Bueno— ; no bastan los dolores del alma para vos, es necesario que se unan á ellos los dolores del cuerpo.

—Que se cumpla la voluntad de Dios—respondió la reina.

—Sí—contestó tristemente Zayda Fatima—, que se cumpla la voluntad de Dios.

¿Qué os sucede?—dijo la reina—; no sé lo que encuentro en vuestra voz, en vuestras palabras.

—La desventura se hace cada día más acerba para mí; me veo obligada á separarme de vos, señora.

—¡Separaros de mí! ¿y por qué?

—Porque don Alfonso Pérez de Guzmán y yo no podemos estar juntos en el ejército.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la reina—, habéis hablado, habéis sido imprudentes.

—El es tan honrado como yo, señora; pero me espanta lo que puede sobrevenir: yo no puedo ocultar nada á vuestra señoría, que es mi madre: él me atrae á mí, yo le atraigo á él.

—Pues bien, doña María, seguid, seguid á mi lado hasta Palencia; os prohibo que os separéis de mí ni de mi hueste: sigamos, sigamos hablando; yo no tengo sueño; estoy muy triste; me hacéis un favor dándome conversación.

Y así siguieron hasta que llegaron á la media noche al castillo de un rico hombre llamado Domingo de Fonseca, que aunque leonés, era amigo de la reina.

Acampó el ejército alrededor del castillejo, pero se supo con asombro que durante la noche, y hasta que se rompió la marcha, el caballero del Aguila Roja había estado preso en el castillo, bajo la guarda del Sin nombre, y que no se había dejado entrar en el castillo á don Alfonso Pérez de Guzmán.

Achacóse esto á alguna diferencia sobrevenida entre los dos capitanes, y á que la reina, teniéndolos á los dos en mucho, había impedido de aquella manera que se combatiesen, y así, separados Guzmán el Bueno y el caballero del Aguila Roja, llegó la corte con el ejército á Palencia.

## CAPITULO VII

EN QUE SE DICE LA SITUACIÓN DEFINITIVA EN QUE QUEDÓ ZAYDA FATIMA POR ORDEN DE LA REINA, Y POR DONACIONES DE ÉSTA Y DEL REY DE GRANADA.

¿Cuál podía ser la causa de la enemistad de dos tan poderosos y fuertes caballeros, á quienes tan por igual favorecía y distinguía públicamente la reina?

La maledicencia empezó á tomar cartas en el negocio; pero no anticipemos los sucesos.

Llegaron á Palencia rey, reina, magnates, capitanes, caballeros, mesnaderos y hueste, y de allí á pocos días se trasladaron á Valladolid, donde por la presión que el infante don Enrique ejercía sobre la reina, se escribieron cartas reales á todos los concejos, mandándoles enviasen personeros á Cuéllar para celebrar cortes.

Como el infante don Enrique, que según dijo Guzmán el Bueno, se había vuelto loco, á consecuencia, según dijimos nosotros, de una copa de vino enmelado caliente que le había dado su mujer, seguía ejerciendo su nociva influencia sobre los negocios públicos; aconteció que una de dos: ó la cantidad de acónito puesta en el vino por la Palomilla no era bastante, ó era de muy mala calidad, en descrédito de los conocimientos químicos de Diego de Morón, el Zurdo. La verdad fué que mucho ó poco el acónito, bueno ó malo, bastó para causar una revolución tal en el organismo del infante don Enrique, viejo ya, como que contaba sus setenta, que le trastornó la cabeza, haciéndole parecer loco de remate.

Pero don Abraham y don Kag, médicos del rey, y don Nicolao, médico de la reina, y otros físicos y curanderos de Valladolid, y á más de esto, el autor del daño, Diego de Morón, que como curandero se había hecho una gran fama, trabajaron de tal manera á instancias de la reina, que llevaba su generosidad hasta el punto de mirar por la vida de sus enemigos, que á fuerza de sangrías, de emplastos y vegigatorios, sacaron al infante de su locura, pero no pudieron curarle cierto humor negro que le quedó, que le hizo más atrabiliario y más perjudicial que antes.

Había acontecido además en la corte una gran novedad y otra gran novedad en la hueste.

A los dos días de haber llegado la reina á Valladolid, entró por la puerta de Teresa Gil en

la villa, sobre dos magníficas mulas blancas, una hermosa litera.

Rodeaban esta litera pajes á caballo, que á legua trascendían á casa real.

Iba tras la litera, con algunos criados de casa noble, un personaje que ya conocemos, esto es, don Nuño Pérez de Monroy, en una gran mula con jaeces negros.

Después un alférez de lanzas reales, con ocho hombres de armas pesadamente armados, sobre grandes corceles, como en resguardo de la litera.

Andaba Valladolid apercibido por lo que pudiera acontecer, ya de aproximaciones de enemigos por el exterior, ya de movimientos excitados por traidores y ambiciosos en el interior, y á pesar de ser conocidamente aquellas lanzas reales, hubieron de rendir una seña á los guardas de la puerta, para que los dejasen pasar.

La litera atravesó la calle de la Cordonería, que ya no existe, llegó á San Pablo, y desde allí siguió hasta el Alcázar, en el cual se metieron litera, pajes, abad, criados, y el alférez hubo de rendir otra vez la seña, para entrar, como quien dice, en su casa.

Cuando la litera hubo llegado al pie de las magníficas escaleras, se detuvo.

Bajó de su mula con trabajo, y ayudado por dos pajes, el abad de Santander; llegóse á la litera, la abrió y salió una dama encubierta, que al bajar de la litera dejó ver un pie embriagador.

La dama llevaba traje de luto, es decir, una ancha túnica de lana blanca, y envolvía su cabeza con una especie de toca, de lana también, pero mucho más fina y algo transparente, á pesar de lo cual nada podía vislumbrarse de su semblante.

La dama subió gentil, gallarda, firme, las escaleras; llegó á las galerías, entró, llevada siempre de la mano por el abad, y seguida por los pajes, en la saleta del cuarto de la reina, ó mejor dicho, en lo que podía llamarse saleta, en la cual se quedaron los pajes, y con el abad cruzó la antecámara y la cámara, y entró en la recámara ó despacho de la reina.

Al entrar se desenvolvió la toca, que rodeaba su cabeza, y dejó ver á Zayda Fatima, hermosísima, encendida, sobreexcitada, anhelante.

El abad se quedó en la puerta.

Zayda Fatima se arrojó á los pies de la reina y la besó las manos.

La buena doña María la alzo, la abrazó, y la besó en la frente.

Estaban solas y podía hacerse esto, porque tan leal y tan de la reina era don Nuño Pérez de Monroy, que podía hacerse caso omiso de su presencia.

—No olvidaré nunca—dijo la reina—, al caballero del Aguila Roja, pero le quiero mejor así, que cubierto de acero y á caballo.

—¡Ah, señora!—exclamó Zayda Fatima, Dios ha peleado conmigo por vuestra señoría y por el rey; Dios ha fortalecido mi brazo, pero vuestra señoría ha querido que yo vuelva á su lado á la corte, y yo he obedecido. Observad, señora; me parece que al desprenderme de mi arnés, he dejado en él mi bravura, y que estas ropas, propias de mi sexo, me han traído la timidez, la debilidad de que yo me creía de todo punto libre.

—¿Y por qué ese luto? ¿Por el caballero del Aguila Roja?—preguntó la reina.

—¿No ve vuestra señoría — contestó Zayda Fatima—, que mi luto está también en mi semblante?

—¿Pero qué sucede?—exclamó la reina.

—Pronto vuestra señoría recibirá cartas de mi hermano el rey de Granada.

—¡Cómo! ¿ha muerto vuestro padre?

—Sí, noble señora, sí—contestó Zayda Fatima.

Y se echó á llorar.

—¿Dónde? ¿cómo?

—En Gezira al-hadra (1), de fiebres pestilentes.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la reina profundamente conmovida, á pesar de que era uno de sus más encarnizados enemigos el rey de Granada.

Hubo un momento de silencio penoso.

Zayda Fatima lloraba: le oprimían á la reina el corazón las lágrimas de su amiga, que tal podía llamarse á la joven.

—Dios haya tenido misericordia de él—dijo la reina—: era un buen rey, un buen caballero y un bravo capitán: ¡gran lástima fuese infiell yo haré que se digan sufragios por su alma: ¿pero estais segura de esa triste nueva, doña María?

—Señora—contestó Zayda Fatima enjugando

(1) «Isla verde», en el estrecho de Gibraltar.

sus lágrimas y apareciendo en lo posible serena —. cuando en Palencia me mandásteis dejase mi apariencia de hombre para volver á aparecer como debía, y á vuestro lado, partí con mi compañía, llegué á Medina del Campo, y juntándonos fuera de la villa, me despedí de ellos: inútiles fueron sus ruegos; obedecía yo vuestro mandato; les dejé por caudillo al conde don Loye, y con mis cuatro antiguos escuderos, seguí mi camino hacia la Andalucía, sin detenerme hasta la villa de Martos. Allí esperé dos días, triste, afligida por un funesto presentimiento; la villa me parecía sombría, fúnebre; una voz secreta, misteriosa, me decía que allí había de suceder algo terrible; al pensar en esto, me acordaba de una manera singular del rey y de vuestra señoría. Al fin, sobrevino don Nuño Pérez de Monroy, enviado por vuestra señoría con pajes y escuderos de vuestra casa; entonces, yo despedí á los cuatro escuderos míos, recompensándolos largamente y mandándoles saliesen de la villa y se volviesen á las suyas; quedéme sola con el buen abad de Santander. Al día siguiente, los moros de la cercana villa de Alcaudete dejaron ver grandes lumbraradas por la noche, y por la mañana grandes humaredas; se temió una algarada de los moros, y Martos se puso en defensa.

En efecto, los de Alcaudete rompieron por la frontera, á pesar de la tregua, corrieron la tierra de Martos, talándola y robándola, y fué necesario que el rico hombre de Martos, y el merino y los alcaldes, saliesen contra ellos; yo hubiera salido de buena gana, pero obedeciéndoos, había ya dejado de ser el caballero del Aguila Roja, me había convertido en vuestra camarera doña María de Granada; permanecí, pues, impaciente en la villa, porque aún me llamaba el fragor de la pelea: por la tarde, los de la villa, volvieron cargados de presas que habían quitado á los moros, y trayéndose algunos de éstos cautivos. Cuando se les preguntó por qué habían roto la tregua sin razón bastante para ello, respondieron que entre muerte y proclamación de rey, los fronterizos eran libres para hacer lo que quisiesen, porque no tenían señor á quien obedecer; que mi padre había muerto, y que ellos habían hecho aquellas lumbraradas y aquellas humaredas para avisar á la frontera de lo que sucedía y ponerla en armas; esta noticia se confirmó por un walí, que vino de Granada á dar satisfacción á los de Martos en nombre del rey Abu-Abdala, mi hermano, por la correría que habían hecho en tierras de Martos los de Alcaudete. He aquí, señora, cómo he sabido que mi padre es muerto, y que mi hermano Abu-Abdala, que me ama mucho, ha sido proclamado rey. He aquí, señora, por qué me he vestido de luto.

Zayda Fatima inclinó la cabeza sobre el pecho, y lloró de nuevo.

La reina la consoló, y algunos días después, Zayda Fatima fué presentada a la corte, inventándose una historia.

Se afirmó (la reina se prestó á una mentira por el buen nombre de la noble joven, á quien tanto debía) que Zayda Fatima, cuando faltó de la corte, se fué á Granada, donde la había llamado su padre, y que á la muerte de éste (que ya se sabía en la corte por embajadores que había enviado el rey de Granada) y tenido licencia de su hermano el nuevo rey, había vuelto á Castilla para no separarse más de su madrina la reina doña María.

Los embajadores granadinos que habían traído la triste noticia, trajeron también una carta del rey su hermano para Zayda Fatima.

Aquella carta decía:

"En el nombre de Dios Altísimo, único y misericordioso, el rey de Granada Abu-Abdala-Mohamed-ben-Nazar-el-Ansarí, hijo del esclarecido emir de los creyentes, el invencible, el sabio, el magnánimo, el fuerte, el glorificado Mojammet-ben-Jusef-ben-Nazar-el-Ansarí; Dios sea con él; á su hermana, la luz del cielo, la alegría de quien tiene la ventura de ver el el resplandor de los soles de su cara serena como una noche sin nubes; la buena, la amada sultana Zayda Fatima, salud y bienandanza: sabrás como nuestro muy esclarecido y excelente padre ha pasado el terrible puente Sirat el día giuma primera de muharram, al alba, y yo, que estaba á su lado para recibir su último aliento vital, le escuché estas palabras: El contento de mi corazón, la luz de mi alma, el amor de mi vida, mis entrañas, mi hija Zayda Fatima, está en tierra de cristianos: traición la sacó de Granada, y su buena ventura la llevó á que la amparase la noble reina doña María, madre del rey de Castilla: airado fuí contra mi hija, porque la creí li viana, y porque ha tomado por su Dios al falso Dios de los cristianos, abandonando el camino de salvación y de luz por donde guía á sus creyentes el Dios Altísimo y único, que no tiene compañero, ni le ha tenido, ni le tendrá, y que

sólo es el santo y el fuerte: él quiera volver la luz á los ciegos ojos de mi desventurada hija; pero tales nuevas he tenido de su virtud y de la bravura con que honra la real sangre nazarita de donde viene, y lo mucho que ha servido y sirve con su sangre á la buena madre que la ha acogido en su amor, que yo la perdono, y te ruego que la ames y no la mires como enemiga, y que de los tesoros que te dejo la des á ella parte conque viva como cumple á una infanta, hija y hermana de rey, y que si permanecer quisiese al lado de la noble reina doña María, permanezca, sin que por ello tú la tomes odio, y si á ti viniese y se convirtiese, la pongas sobre tu cabeza y sobre tu corazón, y la mires como yo la miraría si hubiera venido á consolar la vejez de su padre y á cerrar sus ojos: y no dijo más, porque la muerte le atajó el habla; pero yo oí que sus últimas palabras fueron para bendecirte, y yo te digo, hermana mía, sultana Zayda Fatima, que el amor que siempre te tuve te le he mantenido y te le mantengo, y lo que nuestro padre me encargó al morir, será cumplido, tanto porque fué su postrimera voluntad, como porque está en mi corazón tu amor. Pero esto, no obstante tu amistad con la noble reina doña María, que dicen que es grande, no impedirá el que yo continúe haciendo cruda guerra á los reyes cristianos y aumentando mi reino con lo que de los suyos les quite, y si tú quisieres venir á Granada, yo te recibiré con el corazón abierto y encendido en amor para ti, y si después de que vinieses quisieres tornarte al lado de tu buena amiga la reina doña María, libre serás para ello, y si villas y castillos de los míos quisieses en la frontera, para tener infantazgo, pídemelos, que aunque me pidieras Alcaudete y Alhama, y á Illora, y á Moclin, y á Hins-Aleux, te los daría; y con esto, queda con Dios, y que él te proteja y te prospere y ayude en sus cosas, que bien lo ha menester, á esa noble reina que tanto te ama."

Mostró esta carta Zayda Fatina á la reina, y como á doña María la habían hecho recelosa los malos tratos de los traidores, creyó que aquella carta no era otra cosa que una añagaza para atraer á Zayda Fatima, si por amor á la patria, y viéndose perdonada por su padre y acariciada por su hermano, se resolvía á ir á Granada.

—¡Ah, no, mi noble señora, no!—respondió Zayda Fatima—mi hermano Abu Abdala me debe mucho para que no me ame, á más de que tengo grandes prendas de su amor: alentado fué y antojadizo en su primera juventud, y más de una vez, por el amor que mi padre me tenía, le libré yo de severos castigos; y tanto me ama el buen Abdala, que su madre me llama, y yo espero que este amor que mi hermano me tiene será de gran utilidad para que se arreglen todas las diferencias entre el rey de Castilla y el de Granada.

Pero Zayda Fatima, como veremos más adelante, si no se engañó en cuanto al amor que la tenía su hermano, se engañó completamente en cuanto á la influencia que este amor podía tener para establecer una buena armonía entre la corona de Castilla y la de Granada.

Ni esto podía ser: los reyes castellanos tenían un empeño de honor, un deber religioso y un interés patriótico y de engrandecimiento en acometer sin reposo á los últimos restos de los árabes y de los moros, relegados al reino de Granada, por una tenaz reconquista.

El rey Abu Abdala envió, sí, ricos presentes, magníficas alhajas, grandes sumas en doblas viejas de oro cendrado, y la investidura de las villas de Illora, Moclin y Alcaudete, como infantazgo á su hermana Zayda Fatima, con tal que de estas villas sacase sólo los pechos y todo cuanto en ella tenían los reyes de Granada, pero sin desajenarlas del reino y sin sacar de ellas gente de armas para ayudar á los cristianos.

Desde entonces, Zayda Fatima fué considerada en la corte de Castilla como la infanta de Granada doña María de Granada y de Molina, convertida y vasalla del rey de Castilla, á lo que se añadió el título de rica hembra y las villas de Pozaldez, Cabezón y Trigueros, con mero mixto imperio, derecho de alta y baja justicia civil y criminal, con todos los demás fueros y preeminencias que en aquellos tiempos constituían señorío.

Con lo cual quedó Zayda Fatima tan rica como una infanta de Castilla, y puso alcaides en sus villas de Pozaldez, Cabezón y Trigueros, y en las sus otras villas del reino de Granada, Illora, Moclin y Alcaudete.

Además, conservó consigo á Zancudo y á Diego de Morón, y como hasta cincuenta lanzas gruesas de su antigua compañía.

## CAPITULO VIII

EN QUE DIEGO DE MORÓN DETERMINA QUE ZAYDA FATIMA Y EL CABALLERO DEL ÁGUILA ROJA ERAN DOS PERSONAS DISTINTAS, AUNQUE SEMEJANTES.

—Os digo que sí—decía con los ojos encandilados y fosforescentes á Diego de Morón, Zancudo.

—Os digo que no—contestaba flemáticamente Diego de Morón, engullendo con delicia uña de vaca aderezada con perejil.

Esta uña de vaca estaba en gran cantidad en una tartera de barro cocido sobre un paño no muy limpio que cubría una larga mesa.

Un gran jarro lleno de vino, un enorme pan candeal y algunos pimientos picudos acompañaban esta tartera.

El lugar de la escena era un cuartucho que daba sobre un huerto, en el burdel de la Marilinda, situado en el arrabal de los Molinos.

La disputa versaba sobre Zayda Fatima ó doña María de Granada y de Molina, como mejor queramos.

—Pero testarudo albéitar—dijo Zancudo después de haber dado un buen tiento al jarro lleno de pardillo de la Mota—, ¿qué diferencia encontrais vos entre nuestra ama la señora infanta doña María de Granada y nuestro bravo capitán el caballero del Aguila Roja?

—Pues ahí es nada—contestaba Diego de Morón, engullendo siempre—; ¡lo que va de un hombre á una mujer! ¡Cáscaras!, al capitán le temía yo como á una vara verde, y cuando me miraba con aquellos ojazos negros que tenía, me echaba á temblar. Ahora, tiemblo también cuando la señora infanta me mira con sus dulces ojos, pero no es de miedo, yo os lo aseguro. ¡Pardiez!, ¿sabéis que yo no he visto en todos los días de mi vida una mujer tan hermosa y tan resplandeciente? Mirad que aquel moreno encendido y suave, y aquellos labios del color de la granada abierta, y aquellos ojos de cielo, y aquellos cabellos tan negros y tan rizados, y por los cabellos os cojo para convenceros de que, aunque la infanta doña María se parezca muchísimo al infante don Gutierre, no son una misma persona. ¡Qué hombre!, quitad allá; si el infante don Gutierre tenía la cabellera luenga, es cierto, pero luenga como la tienen los hombres, y la infanta doña María tiene unas trenzas gruesas como mi brazo y que la arrastran.

—Mirad, albéitar del diablo: teniendo cáñamo á mano, ¿no hacéis una cuerda cuan larga queréis?

—Cierto que sí—dijo Diego de Moron algo confuso con la salida, con el símil exactísimo de Zancudo, que era hombre de buen ingenio.

—Pues mal pícaro, tonto—exclamó Zancudo, que se había acostumbrado á tratar de cualquier manera al Zurdo, habiendo cabelleras que comprar, y que así que las tienen malas las de Castilla, ¿no veis que la infanta ó el infante, que yo no sé cuál de los dos sea todavía, ha podido hacerse unas trenzas tan largas, que si empieza á andar se queden las puntas aquí, mientras ella ó él estén en la frontera del reino de Granada? Sois un pobre diablo, me habéis engañado; quitando lo de herrador, que eso sí, para herrar parece que os han enviado del cielo, en todo lo demás valéis muy poco; mirad qué hombre que afirmó que con lo que había en el botecillo aquel que parecía agua, se iba á llevar el demonio al infante don Enrique, y con lo que había en el otro botecillo, que parecía oro líquido, se iba á enamorar perdidamente el caballero del Aguila Roja de la infanta doña Juana Núñez, y luego salimos con que el infante don Enrique se vuelve más malo de lo que era, y el caballero del Roja se convierte en mujer. ¡Bah!, callad y comed; para eso también servís, que á fe á fe que os habéis comido vos solo ocho patas de ternera.

—Pues os digo—insistió Diego de Morón, que se había rehecho—que la infanta doña María es mujer y muy mujer; y si no, decidme: ¿no se llamaba infante de no se sabía dónde nuestro capitán el caballero del Aguila Roja?

—Sí, señor, ¿y qué?—dijo Zancudo, que se sostenía bravamente en su terreno.

—¿Estáis vos seguro de que no son el infante y la infanta dos hermanos, hijos del rey de Granada, que se parecen como una gota de agua á otra gota? Y venid acá, señor bachiller, que estáis muy lleno porque sabéis latín y habéis estudiado cuatro vaciedades que para nada sirven, porque con ellas no podéis curar ni á un mal borrico, ¿por qué camino tomó el caballero del Aguila Roja cuando se despidió de nosotros en Medina del Campo?

—¡Toma!, tomó por el camino de Madrid.

—¿No se pasa por Madrid para ir á Toledo?

—Cierto que sí.

—¿Y no se pasa por Toledo para ir á las Andalucías?

—Sí, señor.

—¿Y á lo último de las Andalucías, no está el reino de Granada?

—Bueno, ¿y qué? Os confieso que no se me alcanza dónde vais á parar.

—Pues voy á parar no menos que á la Alhambra de Granada, en donde de seguro es ahora rey el caballero del Aguila Roja.

—¡Bárbaro!—exclamó Zancudo contrariado y como dándose por medio vencido—; ¿de dónde habéis sacado vos tal rosario de premisas para llegar á tal y tan lucida consecuencia?

—Dejadme, dejadme que me desatasque el tragadero—dijo triunfante Diego de Morón, embocándose el jarro.

Después de algunos minutos de delectación morosa del sabroso, aromático y añejo líquido, Diego de Morón dejó el jarro sobre la mesa, limpióse la boca con el revés de la mano, y dijo:

—Yo sé lo que ha sucedido: el rey Abu-Abdala, que cuando era infante, era, segun nos han dicho esos moros que han venido con la embajada, muy revoltoso y muy tratador con traidorcillos, enemigos de su padre, porque en todas partes hay traidores, hasta entre los moros, andaba, según dicen, huído de la Alhambra, sin que nadie supiese por dónde andaba.

—Han dicho también esos moros que se creía andaba en las Alpujarras, amparado por algunos parciales para que su padre no le castigase.

—Donde andaba el infante Abu-Abdala era en Castilla, y junto á nosotros.

—Y sirviendo á la reina, ¿no es verdad?—contestó como poniendo un reparo Zancudo.

—A alguien había de servir para entretenerse, á los unos ó á los otros; la verdad es que nadie sabía de dónde había venido ni quién era, y que tenía dinero á mano, y que lo gastaba largamente, sin duda de algún tesoro que se había traído de Granada; pues reparad ahora: ¿qué se ha dicho de la infanta doña María? Que la llamó su padre y que se fué á Granada y que se estuvo allí hasta que su padre murió; ¿no veis un trueque más claro que la luz del sol? El infante Abu-Abdala se fué allí cuando supo que su padre estaba dcliente de la última enfermedad, y doña María de Granada se vino, libre ya de su padre, por lo que ama á nuestra reina, y tal vez por no estar á cargo de su hermano.

—Pero hombre, si el rey dc Granada le ha dado villas y señoríos en tierra de moros.

—Lo que quiere decir que el rey de Granada está contento con que su hermana viva al lado de nuestra virtuosa y grande reina.

—Y decidme—exclamó Zancudo—, defendiéndose aún—: ¿y por qué la infanta doña María ha hecho que nos busquen y á cincuenta de las mejores lanzas de la compañía para tomarnos á sueldo?

—Pues señor, eso ha sido por recomendación de su hermano, que sabe harto la buena gente que somos.

—¿Sabéis—dijo Zancudo—, que era leal y que cuando le convencían se deba por vencido, que puede ser que tengáis razón? Porque á la verdad, á la verdad, por más que yo miro y remiro á la hermosísima infanta nuestra ama, y aunque veo que se asemeja al infante don Gutierre, me parece muy mujer y muy dama, y el infante don Gutierre me parecía muy hombre, y antójaseme que doña María es más blanca que don Gutierre, y que tiene los ojos y los cabellos más negros, y que don Gutierre era más alto; pero otras veces, qué queréis que os diga, cuando me manda así con un poco de aire, me parece oir la voz del caballero del Aguila Roja, y me entra miedo.

—Pues mirad, don Melchor, lo mejor que podemos hacer es no meternos en honduras, y no murmurar de esto, no sea que nos cueste caro, esto sin quitar con que si á mí me toman juramento sobre mi alma, juro y rejuro que la infanta doña María y el caballero del Aguila Roja son dos personas distintas, hermanas sin duda, y que él es el rey de Granada.

—Pues mirad, hermano albéitar, como castellano, lo siento mucho, porque si el rey de Granada es el caballero del Aguila Roja, y siguen por aquí como hasta ahora las traiciones, en dos veranos nos quita la mitad de Castilla.

—Muy hombre es el caballero del Aguila Roja—dijo Diego de Morón—, y si cuando sólo tenía trescientas lanzas y doscientos ballesteros hacía prodigios, calculad lo que hará ahora que tiene todo un reino de gente brava, y ansiosa de cobrar de los cristianos lo que los cristianos les han quitado. Pero sea lo que fuere, que ya nos lo dirán, ¿á qué hemos venido aquí?

—Hemos venido porque nos ha citado aquel Damián, aquel paje de la infanta doña Juana Núñez.

—Pues á mí no me ha citado nadie—dijo el Zurdo.

—Me han citado á mí con vos, y esto es lo mismo; yo os he traído, y no os he hablado de eso hasta ahora, porque desde el momento en que nos vimos, nos metimos en la disputa de si nuestra señora era hombre ó mujer, en la que hemos continuado hasta ahora.

—¿Y para qué nos querrá ese Damián, á quien no puedo tragar porque me parece un pícaro?

—Ya lo veremos, hermano albéitar, ya lo veremos; pero me parece que alguien se acerca, y no es el paje, vive Dios, no es el paje: estas pisadas son mas fuertes que las suyas y suenan á espuelas.

En efecto, por un callejón por donde se llegaba al cuartucho en que estaba Melchor Zancudo y Diego de Morón, se acercaban fuertes pasos haciendo sonar unas ruidosas espuelas.

A poco apareció en la puerta un hombre atlético, moreno hasta parecer aceitunado, con la boca prominente, la nariz roma, y lo ojos vivos, penetrantes é inquietos.

Este hombre era Ben-Tayde, el jeje ó alcaide de los escuderos del infante don Juan.

## CAPÍTULO IX

### CÓMO SE SIEMBRA LA CALUMNIA

Ben-Tayde, que era muy aficionado á los colores vivos y á los relumbrones, vestía un bonete de tela de oro sobre grana, sayo de paño rojo con largas mangas perdidas, muceta ó esclavina corta, azul, con capuz, calzas de lana fina rayadas de azul y blanco y borceguíes de velludo rojo, sobre los cuales se ajustaban unas grandes espuelas doradas de caballero.

Llevaba además, como distintivo de tal, una pesada cadena dorada al cuello, al costado fuerte y ancha espada, y á la cintura agudo y largo puñal.

Entróse en el aposento sin reparo, sentóse en un banquillo, y dijo mirando fija y audazmente al alférez.

—¿Vos sois don Melchor Zancudo, que en otro tiempo fuisteis hampón y bachiller y después alférez de la compañía franca de los Hermanos de la Selva y ahora sois capitán de la gente de armas de la señora infanta de Granada doña María, ahijada de la reina?

—Todo eso es cierto; y qué—dijo Zancudo irritado por la mirada audaz y provocativa que mantenía fija en él Ben-Tayde.

Este no contestó á Zancudo, y volviéndose á Diego de Morón, le dijo:

—¿Y vos sois el Zurdo, una especiede zorro viejo, albéitar de no sé qué villa, zahorí, ensalmador y envenenador, que habeis servido en la compañía franca y que ahora servís á la señora infanta doña María?

—Todo eso eso cierto—dijo con alguna más irritación que la que sentía Zancudo el Zurdo—, menos lo de ensalmador y envenenador.

Ben-Tayde no contestó, sino que tomó el jarro lleno aún hasta la mitad, y con desprecio de los mandamientos de Mahoma, se echó al coleto un gran trago.

Dejó después el jarro sobre la mesa, se limpió la boca con el extremo de una de sus largas mangas, y dijo:

—¡Vive Dios, que creí que no salíais nunca!

—Y bien, ¿quién sois vos—dijo Zancudo con cuanta descortesía, cuansa insolencia y cuanta amenaza despreciativa le fué posible—, ni qué os importaba á vos que nosotros saliéramos ó no saliéramos?

—Hermano—contestó Ben-Tayde—, os advierto que si lo tomáis á fuero y se me os atreváis más de lo justo, va á haber aquí una de todos los diablos, y no sabemos quién saldrá con la cabeza rota.

—Pues para que yo no os hablase así, debiérais vos haber hablado más comedido, y sabed que tanto se me da que me rompan la cabeza como rompérsela á otro, porque yo no guardo la mía para olla de escabeche, y abreviemos y sepamos quién sois y lo que queréis.

—Yo me llamo don Ayesa-ben-Tayde, soy moro africano y escudero del señor rey don Juan.

—Cogite—exclamó Zancudo lanzándose como un tigre á Ben-Tayde y asiéndole por el collarín del sayo.

Pero Ben Tayde asió la muñeca de la mano que le tenía asido, y la apretó de tal manera que la mano se abrió.

—Sentáos y oid y dejáos de bromas—dijo Ben-Tayde—, y sobre todo no me estropeéis mis galas.

Sentóse dominado por la irritante serenidad de Ben-Tayde Zancudo, y se quedó mirándole de una manera hostil.

—Mi señor—dijo—os ofrece á vos, señor ca-

ballero, y á vos, hermano zahorí, hacedor de filtros, al primero la mejor villa que quiera en el reino de León, al segundo cuanto oro le pida.

—Muy bien—exclamó Zancudo—; vuestro señor ofrece, pero por lo que ofrece, ¿qué es lo que quiere?

A este tiempo una cuarta persona se había acerdado á la puerta del aposento, y sin dejarse ver, escuchaba.

Esta persona era Damián de la Espina, paje y confidente de la Palomilla.

Tenía toda su alma en los oídos, y no perdía una sola palabra.

—Mi amo—dijo Ben-Tayde—quiere muchas cosas que vosotros podéis hacer.

—Veamos qué cosas son ésas.

—En primer lugar hay que cortarle los vuelos al infante don Enrique el Senador, que es un pícaro que no mira más que á su provecho, y y que ha engañado á mi amo más de tres veces y en cosas graves: ahora junta cortes en Cuéllar para engañar á los necios personeros de los concejos, seducir á los próceres y á los prelados, y hacer que las cortes manden que se venda la villa de Tarifa. Esto no conviene al rey don Juan, porque ya reine en Castilla el infante don Fernando, ya el infante don Alfonso, son sus sobrinos y naturalmente debe mirar por ellos, en cuanto á él no le interese: á más de esto, que ya reinen el uno ó el otro, como el legítimo señor de estos reinos es el señor rey don Juan el I, mi amo, no quiere que se los desmembre ningún traidor.

—Perfectamente—dijo Zancudo—, en lo mismo estoy yo, y no tengo ningún inconveniente en servir contra el infante den Enrique al infante don Juan.

—Al rey don Juan—dijo Ben-Tayde.

—Llamadle vos rey en buen hora, y preste Juan, y papa si queréis, que dar dictados no cuesta gran trabajo, y dejadme á mí que le llame infante, que poco importa que yo se lo llame si es rey; porque os advierto, que yo no conozco otro rey de Castilla, de León, de Asturias, de Galicia, de Sevilla, de las Extremaduras, de las Andalucías, que al señor rey don Fernando el IV, por quien he vertido mi sangre y seguiré vertiéndola.

—Y yo—contestó Diego de Morón.

—Bien, no disputemos por eso—dijo el astuto Ben-Tayde encogiendo las uñas al ver que eran dos contra él y no mancos, y que no los había puesto de su parte, ó mejor dicho, de parte del infante don Juan, el largo ofrecimiento que les había hecho en su nombre—; vengamos al caso: importa que ya que no reventó días atrás el infante don Enrique, porque sin duda no cargó la mano la mano lo que debiera el señor Diego de Morón en la ponzoña que dió á la infanta doña Juana Núñez para que la diera á su marido, la apriete ahora.

—¿Y quién os ha dicho á vos que yo he dado ponzoña á nadie contra nadie?—saltó vivamente Diogo de Morón.

—Habéis de saber, hermano—contestó Ben-Tayde—, que mi amo el rey don Juan, como que le importa, se hace servir bien y tiene en todas partes gente que escucha, y como que le importaba saber cuanto pudiese de las cosas del caballero del Aguila Roja, escuchas tenía que oyeron lo que hablásteis una tarde vosotros dos en el campo de la compañía franca sobre la villa de Paredes.

—Pues roban esos escuchas á vuestro amo el dinero que les da—dijo Diego de Morón.

—Hemos dicho—continuó con su eterna calma Ben-Tayde—, que os importa muy poco dar de través con el infante don Enrique, que es un mal hombre que á nadie quiere más que á sí mismo, y que por medrar tira á degüello á todo el mundo.

—Hasta ahora vamos bien—dijo Zancudo—, ¿y cómo creeis que puede darse de través con el infante don Enrique el Senador, que anda muy receloso?

—Pero su esposa doña Juana Núñez hace de él lo que quiere.

—Entonces quiso enterrarle—dijo Zancudo—porque como andaba enamorada de nuestro capitán, el infante don Gutierre, y quería casarse con él, era necesario quitar de en medio al viejo infante don Enrique: pero ahora es distinto; el caballero del Aguila Roja ha desaparecido, y aun cuando nosotros sabemos dónde está, en tal lugar se encuentra que no puede casarse con él doña Juana.

Sonrió de una manera burlona Ben-Tayde.

—Como que querreis hacerme creer á mí—dijo Zancudo—, que yo me engaño y que no sé dónde está el infante don Gutierre, caballero del Aguila Roja, y quién es y cómo se llama ahora.

—Fácil es que lo sepáis; debéis saberlo—contestó Ben Tayde sonriendo siempre—, porque estáis a su servicio.

—¿Lo veis, señor Diego de Morón?—exclamó Zancudo—¿lo veis si decía yo bien? ¡Y que me hayáis embaucado con vuestro cuento de la hermandad!

—¡Bah!—dijo Ben Tayde—la que se ha llamado doña María de Granada y de Molina, ha sido siempre un hombre.

—¿Lo veis, señor Diego de Morón?—dijo Zancudo.

—Yo no veo, oigo—contestó sentenciosamente el albéitar.

—Y oís la verdad—dijo Ben-Tayde—; y para que lo creáis voy á contaros una historia. Cuando mi amo se escapó de Granada por asistir, si podía llegar á tiempo, á la muerte del rey don Sancho su hermano, como que tanto le importaba, se vino con él un infante mozo, como que solo tenía quince años, hijo del rey de Granada, huído de su padre, porque éste no le descabezase, á causa de que, incitado el joven infante por algunos moros de la Alpujarra, había querido alzarse con el señorío de aquellas montañas. Ahora bien, como el infante Ismail-ben-Mohamet era muy hermoso, y por su poca edad no tenía pelo de barba, mi amo, para asegurar mejor su fuga, le vistió de mujer y se le trajo á Castilla. Mi señor llegó á Toledo la misma noche que moría su hermado el rey don Sancho, se entró en el Alcázar, encubierto, y se presentó á la reina doña María; y ésta, valiéndose de don Alfonso Pérez de Guzmán y de sus servidores, le echó fuera: vióse precisado á huir, huimos con él, y como nos estorbaba el infante Ismail, le aconsejamos que se presentara á la reina doña María, diciendo que era una infanta mora huída de Granada, y le dejamos en la puerta del puente de San Martín. La reina le recibió muy bien, le acarició creyéndole mujer. le bautizó llamándole doña María de Granada y le hizo su camarera. Tres años estuvo el infante al lado de la reina sin que nadie supiese que era hombre.

—Pero, señor, ¿y en tres años no le han salido las barbas al tal infante?—dijo Diego de Morón con acento de triunfo.

—Los moros tenemos un unto hecho con hierbas corrosivas y enjundia de rana, con cuyo unto nos quitamos, las mujeres el vello, los hombres aquella parte de barba que por subirse á los ojos afea el semblante; pero ya que me habéis puesto ese reparo, hermano herrador, y que estáis sirviendo á la fingida doña María, observad con atención de tiempo en tiempo, cómo de cuatro en cuatro días, y veréis que le azulean las mejillas, y que tiene así como asomos de barba, porque para que el unto produzca su efecto, es necesario dejar que la barba apunte un si es no es.

—Me parece á mí—dijo Diego de Morón—, que todavía no han entrado untos en aquella cara de gloria.

—¿Qué sabéis vos de eso?—dijo Zancudo—me parece que tiene razón y mucha el señor escudero del infante don Juan; pero como vos estáis enamorado miserablemente, aunque lo calláis porque no os azoten, de la que tenéis por infanta, no queréis creer que es infante.

—No es solo el señor Diego de Morón—dijo Ben-Tayde, dejando ver una sonrisa de malvado—quien se abrasa en amores por doña María de Granada.

—¿Y quién, quién?—dijo Zancudo—¿la señora infanta doña Juana?

—Esa está desesperada porque cree mujer al infante Ismail; pero la otra persona que le adora sabe que es hombre.

—¿Y quién es esa persona?—insistió Zancudo creciendo en interés.

—La reina—dijo con una audacia insufrible Ben-Tayde.

Sucedió un silencio profundo.

Aquella revelación había caído como una bomba de á catorce pulgadas podía caer hoy entre tres personas en una conversación, causando su espanto.

Aquella bomba había destruído un edificio firmísimo, el de la reputación de castidad de la reina doña María.

La calumnia, que ya había murmurado harto, aunque por lo bajo, venía de otro lado y tomaba un camino absurdo: pero, ¿qué importa? el calumniador sabe bien que el vulgo es necio y mal intencionado, y cuenta sobre seguro con su estupidez y con su maldad.

Si hubieran podido ver á Damián de la Espina, hubieran visto su mirada dilatada, hambrienta como la del gato que ve la presa indefensa; su boca entreabierta y agitada por una leve é infame convulsión, si se nos permite la frase.

—Conque—dijo Ben-Tayde levantándose—no quiero detenerme más; todo cuanto querais por la vida del infante don Enrique, y porque todo el mundo sepa que es un hombre disfrazado de mujer la infanta doña María de Granada.

—Sentaos, sentaos un momento y explicad eso—dijo el Zurdo—; no queráis hacerme creer que los asnos vuelan: ¿qué pruebas tenéis de que la infanta doña María no es una noble doncella sino un hombre miserable?

—La prueba la tenéis en su bravura, de que habéis sido testigos cuando aparecía como capitán vuestro: ¿pues qué una mujer puede regir un caballo de batalla, y manejar la lanza, la maza y la espada, como el infante Ismail ben Mohamed, que es un león bravo.

—Cuando Dios quiere...

—Dios no quiere nunca que la oveja se coma al lobo—contestó Ben-Tayde—; no seais necio, estad seguro de que es hombre y bravo, y enamorado de la reina el infante Ismail, y porque á la reina adora se salió hace meses del Alcázar, y se fué al campo con su traje y sus armas propias, y sirvió á la reina de tal manera, que por él los aragoneses no pudieron tomar la villa de Mayorga, dando tiempo á que les acometiesen la peste, y que por él, y no por don Diego y don Nuño de Haro ni por los otros ricos hombres que allí estaban, se vió á punto de entregarse la villa de Paredes; pero la reina no puede vivir sin él, y el infante Ismail ha vuelto á tomar el disfraz de mujer: si aceptáis el partido que yo os he hecho, si revelais á doña Juana Núñez lo que del infante Ismail os he dicho para que dé otra vez á su marido una ponzoña que vos haréis mejor que la otra, señor Diego de Morón, mi amo os dará de su reino cuanto querais.

—¿Pero no veis—dijo el Zurdo—que llegando á este punto es muy fácil saber si es mujer ó no es mujer la infanta doña María?

—¡Bah!—contestó Ben-Tayde—esas cosas no pueden llevarse á esos términos; la verdad de esas cosas la conocen muy pocos; los demás dicen lo que oyen.

—¡Ah!—exclamó Diego de Morón—; es verdad, decís muy bien; hasta ahora no os había yo creído; y por sus ojos pasó una expresión siniestra, un relámpago de muerte que Ben-Tayde no pudo ver, porque el Zurdo tenía la cabeza inclinada.

—Adiós, mi buenos amigos, que creo que lo seremos—dijo Ben-Tayde levantándose otra vez: —si aceptáis el partido que os he hecho en nombre de mi señor el rey don Juan, venid á decírmelo esta noche junto á la ermita de la Virgen del Carmen, que está más allá de este arrabal.

—Iremos—dijo decididamente el Zurdo.

—Vaya si iremos—añadió Zancudo—, y nos vendremos aquí y pasaremos la noche divirtiéndonos, que á este arrabal viene muy buena gente.

—Pues hasta la noche—dijo Ben-Tayde—y salió.

Cuando salió, ya no estaba allí Damián de la Espina; se había escurrido.

En vano le esperaron Zancudo y el Zurdo, y cansados de esperar, se volvieron á Valladolid.

—¿Qué decís de esto?—dijo al Zurdo Zancudo, que iba pensativo.

—Digo—respondió el Zurdo—que ese perro moro, escudero del infante don Juan tan perverso y tan infame como él, ha creído que nosotros comulgamos con ruedas de carreta, y que nos tragamos todos los disparates que nos ha dicho.

—Y qué, ¿no creéis posible todo eso?

—¡Ah! mirad: la ambición es muy mala consejera; tanto favorece Dios á la reina doña María, que sus enemigos, desesperados, apelan á la calumnia; quieren que á la que no pueden vencer por las armas, la desprecien sus reinos, que se avergüencen de ella, y la echen como una mala mujer; y como doña Juana Núñez está enamorada del caballero del Aguila Roja, y como que la infanta doña María se parece á él, como que es su hermana, han contado con que sabiendo por nosotros esa calumnia, doña Juana, irritada y celosa, lo cuente á todo el mundo en voz baja; pero esa voz baja se extiende y crece y llega desde los alcázares á las cabañas, y viene un día en que la repite todo un reino; pero yo atajo esa calumnia, don Melchor, yo mato esta noche á ese moro infame.

—¿Sí? pues con los infames no hay que reñir; me convenzo de lo que me decís, Diego, y confieso desde ahora que servís para algo más que para herrar caballerías.

Los dos amigos entraron en Valladolid.

Cerca del toque de queda salieron por la puerta de Santa María, resueltos á matar á Ben-Tayde, ya le encontrasen solo ó acompañado; pero esperaron en vano; Ben-Tayde no pareció.

## CAPITULO X

### DE CÓMO LA PALOMILLA LOGRÓ POR EL MOMENTO MÁS DE LO QUE DESEABA

No sólo se había apartado de su acechadero á tiempo Damián de la Espina, sino que dijo rápidamente á Marilinda:

—Toma estos cuatro maravedises viejos por que no digas que yo he estado aquí, y sabe que si lo dices, te doy cuatro palos que te corcovo.

Luego salió y no se detuvo ni un momento en el arrabal, metiéndose en la villa por la puerta de Santa María, y yéndose en derechura á casa de su señora ó más bien de su señor el infante don Enrique, que estaba entonces en Valladolid.

Marilinda no tuvo que hacer ningún esfuerzo para guardar el secreto que Damián de la Espina le había encomendado, porque nadie la preguntó si el paje había estado ó no allí.

Damián encontró en el gran patio de la casa del infante gran número de mulas de paso ensilladas y embridadas con sus mozos de espuela, lo que significaba que habían ido á ver al infante gentes de afuera, y que ni aun se habían detenido en las posadas para dejar sus mulas.

Había además pajes y escuderos sin mulas, lo que significaba que habían ido á visitar al infante gentes que no eran de afuera.

Damián se fué á ver á su señora, pero no la encontró, porque su señora estaba escuchando tras una puerta lo que su buen esposo trataba con las gentes que habían ido a visitarle.

Eran estas gentes personeros de los concejos de Castilla la Vieja, de Valladolid y de Segovia, que habían acudido al llamamiento del infante, que les había mandado ir desde Cuéllar, donde ya se habían reunido.

Díjoles que lo que él como gobernador del reino quería demandarles para acabar la guerra, era una cosa tal, que había de producir mucho; en tal manera, que las villas y las ciudades no tuviesen que pagar pechos para que la guerra, que no se podía excusar, continuase.

Y como es fácil engañar á una multitud indocta y de poco entendimiento, y tenían por verdad lo que don Enrique les decía, le prometieron hacer lo que él quería se hiciese.

Duró esta plática del infante don Enrique con los personeros de los concejos hasta cerca del obscurecer, hora en que, agasajados por el infante con merienda y refrescos, y alentados por muchas promesas que en particular hizo á cada uno don Enrique, porque entonces también se hacían las mayorías por lo que convenía á cada votante, fuéronse los de Valladolid á sus casas y los de afuera á sus posadas, y doña Juana, sabedora ya de todo, se quitó de su acechadero y pudo hablarla Damián de la Espina, que le contó de la cruz á la fecha lo que había oído en el burdel de Marilinda.

El pensamiento traidor de Ben-Tayde se había logrado, aunque no por la parte que él quería.

El secreto supuesto del sexo de Zayda Fatima y el género de afecto que con la reina la ligaba, había caído en la persona más á propósito del mundo para que aquel secreto se divulgase.

Doña Juana se hizo ataviar, y poco antes de la queda se metió en el Alcázar y se fué á ver á la reina, segura de encontrar junto á ella ó en su antecámara, disfrazado de mujer, al infante Ismail, nombre que á lo que parecía era el verdadero del infante don Gutierre de Silva.

Cuando entró en la cámara de la reina doña Juana Núñez, encontró en el mirador que daba sobre el Esgueva, en conversación muy animada, á la reina y á Zayda Fatima.

Esto excitó los celos, la envidia y la cólera de doña Juana Núñez.

Para ella era ya indudable que doña María de Granada y de Molina era el infante Ismail.

La reina, al entrar en la cámara la infanta doña Juana, se apartó del mirador y salió al encuentro de la joven.

Zayda Fatima siguió á la reina y se quedó á alguna distancia.

—¿Qué sucede, doña Juana?—dijo con algún cuidado la reina, cuidado que doña Juana interpretó de muy mala manera—: ¿qué sucede que venís á verme á estas horas?

—Suceden cosas muy graves, señora—contestó doña Juana—, y voy á revelarlas á vuestra señoría, porque no importa que esté presente la señora infanta de Granada, que tan leal es a vuestra señoría y tanto la ama.

—¿Pero qué es ello, doña Juana?—dijo la reina acreciendo en cuidado.

—Los personeros que los concejos de las villas y ciudades del reino han enviado á Cuéllar para las cortes, han estado esta tarde en mi casa.

—Nada tiene eso de extraño—dijo doña María apareciendo tranquila, aunque no lo estaba—: habrán venido á saludar, como es justo, al tutor del rey, al gobernador de sus reinos.

—Sí—dijo con una acerada intención doña Juana—, pero no han venido á rendir homenaje al rey.

—Vendrán mañana: querrán presentarse con aparato, con los reyes de armas, los trompeteros,

los timbaleros y el estandarte del buen concejo de Valladolid; tenedlo por seguro, prima: á vuestra casa habrán ido tal como habrán hecho el camino, aun sin detenerse á dejar sus mulas en ninguna parte.

—¿Parece que sabe vuestra señoría cómo han ido los personeros á mi casa?

—Sí, me lo ha dicho sin preguntarlo yo quien lo ha visto; ¿cómo queríais que esos buenos hidalgos se me presentasen empolvados de los pies á la cabeza? Esto hubiera sido una falta de respeto, y no hay que esperar tales faltas de su lealtad.

—Sí, leales, muy leales, señora — contestó doña Juana—; pero se prestan á hacer traición al rey.

—¡Cómo!—exclamó la reina—; ¿traición me hacen los buenos personeros de los concejos de las villas y ciudades de mis reinos?

—Sí, señora, porque ceden á las sugestiones de un traidor.

—¿Y quién es ese traidor, prima?—dijo la reina, que no quería entender á doña Juana, porque la repugnaba aquella mujer que de tal manera vendía á su marido.

—El traidor—contestó sin vacilar doña Juana—, es mi marido, el infante don Enrique.

—Hay que admirar vuestra lealtad, prima—dijo la reina—: vuestro hermano don Juan Núñez mantiene levantado contra nosotros su rebelde pendón, y vos no seguís la parte de vuestro hermano; y no sastifecha aún, venís á decirnos que vuestro marido nos hace traición.

—Antes que mi hermano, qué mi marido y que mis hijos si los tuviera, es la lealtad que debo al rey, mi señor natural.

—Gracias, gracias prima—dijo la reina, á quien se hacía cada vez más repugnante doña Juana—; pero deseo que os hayáis equivocado; no temo que nuestro buen tío el infante don Enrique se olvide del deudo que con nosotros tiene, y de las obligaciones que le imponen la tutoría del rey y el gobierno de estos reinos, hasta el punto de traicionarnos.

—Vuestra señoría es muy buena—dijo doña Juana, no pudiendo quitar á su acento un ligero tinte de sarcasmo—, y cree que todos son buenos también. Sin embargo, que nuestro buen tío el infante don Enrique, que todo lo debe á vuestra señoría, hasta el haberse casado conmigo, aumentando su poder con el poder de mi casa, se olvida de todo por su ambición, y se obstina en vender la villa de Tarifa, para quedarse con los dineros que el rey moro le ofrece por ella.

—¡Ah! no—dijo la reina perfectamente tranquila, aunque la indignación conmovía su alma—; cierto es que nuestro buen tío se obstina en vender la villa de Tarifa, porque necesitamos dineros para hacer la guerra, y es muy agrio pedirlos á los concejos del reino, que tanto y tanto han dado ya, que desgraciadamente, sin que yo pueda evitarlo, se empieza á sentir el hambre en nuestros reinos.

La voz de la noble reina, al decir estas palabras, dejaba sentir una gran tristeza y una gran conmoción, como si la hubieran dolido más que sus penas propias las penas de sus vasallos.

Después continuó:

—El infante don Enrique se equivoca, pero no cree hacernos traición, ni nos la hace: el infante don Enrique nos ha dicho muchas veces: el rey de Granada da diez cuentos de doblas por Tarifa, y con este dinero podemos acabar la guerra y volver á ganar de los moros á Tarifa, sin pedir más pechos á los concejos, que ya no pueden darlos. El infante don Enrique es imprudente, pero no traidor; desconoce lo que importa guardar la villa de Tarifa, llave de las Andalucías y del reino todo; yo he resistido, resisto y resistiré; y en prueba de ello, he enviado allá á don Alfonso Pérez de Guzmán, para que aunque el reino entero en cortes decrete la venta de Tarifa al infiel rey de Granada, la defienda como la defendió antes; esa venta no se hará, porque Dios ha puesto al lado del rey á su madre para que le guarde sus reinos, y se los entregue cuando llegue á su mayor edad, enteros como se los dejó el rey don Sancho su padre, á pesar de torpezas, imprudencias ó traiciones. Pero estad tranquila, doña Juana; vuestro marido podrá ser torpe é imprudente, pero no traidor; yo os agradezco, sin embargo, vuestro aviso y vuestro buen deseo; esta es una prueba más que de vuestra lealtad sin mancilla me habéis dado, y esto aumentaría, si fuera posible aumentarlo, el amor que os tengo.

—Y bien, señora—dijo doña Juana—, he cumplido con mi obligación sirviendo á vuestra señoría. ¡Oh Dios mío! la queda—exclamó doña Juana oyendo el toque de cubre-fuego que retumbaba sobre la torre del Homenaje del Alcázar—; ya no puedo volver á mi casa, porque en este momento se habrá levantado el puente, y no se baja para nadie.

—¿Y qué importa esto, doña Juana? pasaréis la noche en el aposento de la infanta doña María, y si vuestro marido os echa de menos, ya sabrá que habéis pasado la noche en el Alcázar en buena y honrada compañía: ahora, adiós, os dejo, voy á ver á mi hijo el rey, el único que tengo á mi lado. Buenas noches.

Y la reina salió de la cámara.

Doña Juana había previsto esto, y lo había provocado.

Había necesitado un pretexto, y le había tomado haciendo traición á su marido, á quien aborrecía de muerte.

Las dos jóvenes salieron asidas de las manos de la cámara de la reina.

La mano de doña Juana ardía y temblaba; la de Zayda Fatima estaba fría y rígida, como si hubiera sido de mármol.

La repugnaba fuertemente la Palomilla.

## CAPITULO XI

### DE CÓMO LA PALOMILLA SE ENCONTRÓ CON QUE AMABA AL AIRE

Estaba muy lejos Zayda Fatima de suponer lo que doña Juana creía, esto es, que Zayda Fatima era el caballero del Aguila Roja, á quien vió herido en Mayorga: y tanto menos podía creerlo, cuanto que doña Juana le había preguntado muchas veces con un vivo interés acerca de su hermano el rey de Granada, porque la Palomilla había creído la historia que se había contado en el Alcázar para justificar la vuelta á él de Zayda Fatima.

Esta, á pesar de que tenía en Valladolid gran casa con numerosa servidumbre, como correspondía á su rango, y á sus riquezas, tenía también al fin de la galería de los Apóstoles, cerca de la cámara de la reina y con comunicación con ella, un hermoso departamento compuesto de algunas habitaciones, y en la que tenía también alguna servidumbre.

Zayda Fatima mandó pusiesen un lecho junto al suyo, porque no podía ser de otro modo tratándose de la infanta doña Juana Núñez, y mandó la diesen de cenar.

La cena era de la cocina de la reina, y harto frugal, porque la reina se cuidaba poco de la mesa y no quería gastos exorbitantes en su despensa, en una época en que tanta falta hacía el dinero, y tan pobres y aún tan hambrientos estaban los pueblos castellanos.

Sirvieron á las dos infantas una ánade que, según dijo el camarero que las servía, había cazado aquella mañana el rey, con otras muchas, porque era muy cazador; una liebre muerta por Juan Alfonso de Benavides, privado del rey, que era también cazador á maravilla, truchas del Pisuerga, conservas y mermeladas de las monjas de las Huelgas, y vino de las bodegas del rey.

Durante la cena, como estaban delante los camareros que la servían, la conversación de las dos infantas versó sobre cosas indiferentes.

Zayda Fatima estaba pálida por contrariada y por colérica; pero con su gran fuerza de voluntad dominaba el estado de su espíritu, que no se revelaba más que en su palidez, y aparecía sonriente y amabilísima con la Palomilla.

Esta, por su parte, estaba sobrexcitada, y devoraba con sus magníficos ojos azules la hermosura de Zayda Fatima, creyéndola de buena fe el infante Ismail.

Concluyó la cena, se levantaron los manteles, y las dos infantas quedaron solas.

—¡Ah, señora, cuánto sufrol—exclamó la Palomilla.

—Sufrís—dijo Zayda Fatima—, ¿y por qué? ¿Tenéis el sentimiento de que vuestro marido sea el peor enemigo de la reina, cuando debiera ser su más leal amigo y su más fuerte apoyo?

—¿Y qué me importa á mí de mi marido?—exclamó la Palomilla excitando más la interna irritación de Zayda Fatima.—Si continúa en sus rebeldías, si se obstina en ellas insensato, y el rey, que va dando muestras de ser tan persona como su padre, le toma un día la cabeza, mejor; así me veré libre de la desventura á que me sentenciaron mis hermanos casándome con él: un viejo repugnante en el cuerpo y en el alma, un pícaro olvidado de todo, que no piensa más que en atesorar y que me tiene robada mi hacienda.

—Por Dios, doña Juana—dijo con su voz siempre dulce Zayda Fatima—; mirad que el hombre de quien habláis así es vuestro marido.

—Por mi desgracia, os lo repito, ¡Ah, si yo hubiera sido libre!

Zayda Fatima calló.

—Si yo hubiera sido libre—continuó la Palomilla—cuando conocí á vuestro hermano...

—Mirad, señora, que mi hermano es el rey de Granada.

—No hablo yo de ese hermano vuestro—dijo con la voz trémula la Palomilla—, sino de aquel

BIBLIOTECA Granada 79 ANDALUCIA

que sirvió tan bravamente á la reina bajo el nombre de caballero del Aguila Roja, á quien conocí una noche en su campo cerca de Valladolid, á quien fuí á visitar cuando estaba herido en Mayorga: ¿nada os ha dicho vuestro hermano, señora, de cuánto le amaba yo?

—No, ciertamente, señora—contestó Zayda Fatima—pugnando poderosamente consigo misma para contenerse, pero me lo habéis dicho vos muchas veces.

—Y siempre habéis sido severa conmigo, doña María.

—Debo serlo; vos sois buena, doña Juana, pero estáis obcecada, y no tenéis valor: comprendo que os casaron contra vuestra voluntad por razones de ambición, que os sacrificaron, que os unieron á un hombre completamente repugnante, al que no es posible amar: comprendo, que desventurada en vuestro casamiento, amaseis al conocerle á mi hermano; pero debisteis haber dominado vuestro amor, haberle hecho callar, haberle sepultado en el fondo de vuestra alma, haberle escondido, porque si nada debéis á vuestro esposo, ni amor, ni gratitud, ni respeto, os lo debéis todo á vos misma, á vuestro propio decoro; debíais no desconocer que la honra es el único tesoro de la mujer, que es un espejo que el más leve aliento empaña, que el más ligero choque rompe, y que el mundo es muy severo para con las mujeres que arrojan su honra deshecha en medio de la pública plaza.

—¡Oh, señora!—exclamó doña Juana—vos no sabéis lo que es el amor.

—¡El amor! ¡que no sé yo lo que es el amor! —dijo Zayda Fatima—: tal vez tenga desgarrada y desolada el alma: ¡quién sabe! el misterio de mi vida está oculto en mi corazón: tal vez haya encontrado yo sobre la tierra algún ser que me haya hecho sentir un amor de logro imposible; tal vez ha hecho Dios mi corazón insensible para el amor; ¡quién sabe! pero lo que sé muy bien es que feliz ó desventurada, tranquila ó combatida, pereceré antes que mancillar mi honra: y mirad que no os culpo, mirad que no os desprecio, mirad que soy yo muy indulgente para las flaquezas y las pasiones humanas, porque comprendo bien cuánto valor se necesita para resistir á la tentación.

—Yo no he amado nunca, no he amado hasta que amé al caballero del Aguila Roja—exclamó doña Juana mirando de una manera intensa á Zayda Fatima.

Esta había dominado completamente la situación, y comprendió que era necesario romperla, acabar con ella; ¿pero cómo? esto no se ocurría á Zayda Fatima.

¿Cómo sin ofensa del pudor, de su invencible pudor, convencer de su error á doña Juana?

Por otra parte, la situación en que ésta se encontra era muy natural, aunque hubiera debido sobreponerse á ella la Palomilla; pero ya sabemos que había sido mal educada, que había vivido á su libertad, que nadie la había reprendido, que, por el contrario, todos habían adulado á la poderosa señora de la casa de Lara, y que si no había dado escándalos había dado graves muestras de licencia, había visto al caballero del Aguila Roja, con el corazón libre y sediento de amor, y se había enamorado de una manera voluntariosa, tenaz, acabando por contraer una pasión capaz hasta de lo imposible.

Todo lo disculpaba la maravillosa hermosura de Zayda Fatima, el haberla creído hombre la Palomilla, la fama de valentía, la aureola de grandeza que rodeaba al caballero del Aguila Roja, infante misterioso que no se sabía de dónde fuese, pero del cual emanaba algo regio de una manera indudable; como que Zayda Fatima estaba acostumbrada desde que nació al dominio.

—Decís que nunca habéis amado—observó Zayda Fatima—, y sin embargo, según dicen, habéis alentado los galanteos de muchos hombres.

—Que no han pasado de ser galanteos—respondió con altivez la Palomilla.

Algo más que galanteos fueron los amores que tuvisteis con el rey, cuando no era un mancebo como hoy, sino un niño.

—Aquello no pasó de entretener á su señoría—dijo con impaciencia la Palomilla—, y de ello tuvieron la culpa los grandes ofrecimientos que me hizo el infante don Juan, hasta hacerme entrever que podía ser reina.

—¡Por un doble crimen!

—El infante don Enrique es ya muy viejo, está achacoso: y en cuanto á la infanta doña Constanza, aunque están celebrados los esponsales, no se ha celebrado aún el matrimonio.

—Se celebrará dentro de muy poco, así como las bodas de la infanta doña Isabel con el duque de Bretaña—dijo Zayda Fatima.

—Y bien—contestó la Palomilla no pudiendo resistir más—; yo he renunciado á todo por vos, por vos á quien adoro.

—¿Pero estáis loca, doña Juana?—exclamó de la manera más severa del mundo—con una terrible energía; con la energía que conocemos en el caballero del Aguila Roja, lo que acabó de engañar á doña Juana: ¿qué adoráis á una mujer?

—Vos no sois una mujer, vos sois un hombre que de mujer se disfraza: vos no sois tampoco el rey de Granada; vos sois su hermano el infante Ismail, huído de Granada antes de que muriese vuestro padre y que os habéis quedado aquí porque amáis.

—¡Que amo yo, y al decir que yo amo me creéis hombre! ¡y yo estoy en el Alcázar! ¿A quién creéis ama el infante Ismail, ese infante Ismail que vos decís, señora?

—¡A la reina!—exclamó la Palomilla—; á la reina que os ama y que porque os ama os tiene á su lado.

—¡Ah! es imposible, imposible ya de todo punto dejar de patentizar la verdad—exclamó Zayda Fatima.

Y encendida, cubierta de rubor, se abrió su traje, y dejó ver su garganta desnuda, sus hombros y el nacimiento de su seno á la Palomilla.

En la parte superior izquierda del seno había una ancha cicatriz, causada al parecer por una lanzada.

—¡Ah!—exclamó la Palomilla con una expresión indescribible—, es cierto, es mujer: ¿y esa cicatriz?

—Esto quiere decir—exclamó Zayda Fatima cubriéndose vivamente—, que el caballero del Aguila Roja, herido gravemente en el cerco de Mayorga sirviendo á su reina, y la infanta doña María de Granada eran una misma persona, y para que os convenzais mejor, mirad.

Y Zayda Fatima se desató las trenzas, las deshizo, echó fuera de sí los cabellos postizos y quedó con una magnífica cabellera rizada, cuya longitud no pasaba de los hombros.

A más de esto, se abrió la cabellera, y en la parte superior de la cabeza mostró á la Palomilla la cicatriz de un hachazo.

—¡Ay de vos!—exclamó Zayda Fatima—, y ¡ay de los que propalen la infame calumnia de que la reina mancilla su limpia fama! ¡Ay de vosotros! porque para castigaros, la infanta doña María de Granada volverá á ser lo que ha sido durante un año. Ahora, recojámonos, doña Juana, y no hablemos ni una palabra más.

Doña Juana confusa, aturdida, avergonzada, no contestó.

Zayda Fatima llamó á sus doncellas, y un momento después las dos infantas estaban recogidas en sus respectivos lechos.

## CAPITULO XII

DE CÓMO LOS TRAIDORES QUE SABEN APROVECHAR LAS CIRCUNSTANCIAS CAEN SIEMPRE DE PIES.

—¿En dónde habéis pasado la noche, señora mía?—dijo al día siguiente á las diez de la mañana, hora en que se le presentó su mujer, á ésta el infante don Enrique.

—¡Oh, señor! ¡y qué cara y qué acento para preguntarme eso!—dijo de muy mal humor la Palomilla, que estaba pálida y ojerosa de no haber dormido.

—¿Y qué cara y qué acento queréis que tenga — repuso don Enrique, que desde que su mujer le dió para matarle aquel insuficiente acónito se había hecho feroz—un marido cuya mujer se marcha al principio de la noche y no vuelve sino muy entrado el día, sin saberse donde haya estado?

—Por la manera que tenéis de preguntarme—dijo la Palomilla—, no quiero responderos: preguntad y lo sabréis.

—Sí, sí; ya sé que habéis pasado la noche en el Alcázar, como sé que cuando yo me fuí de la corte para las Andalucías, vos os fuisteis á Mayorga á ver á cierto caballero herido.

—Fuí á llevar órdenes secretas á la reina, y la prueba es que me volví á las veinticuatro horas.

—¿Y habéis ido esta noche al Alcázar y os habéis quedado en él para recibir órdenes secretas de la reina?

—He ido á ver á su señoría, me ha cogido allí el toque de queda, y me he visto obligada á quedarme.

—Y os habéis quedado en el aposento del caballero del Aguila Roja.

—¿Pero estáis loco, don Enrique?—exclamó la Palomilla—; si nadie sabe por dónde anda el tal caballero.

—Carta canta—dijo el infante.

Y sacó de su escarcela un pergamino enrollado, y le dió á la Palomilla.

Esta leyó lo siguiente:

"Señor infante, sois un tonto, vuestra mujer os desprecia."

—¿Y quién se atreve á escribir así?—exclamó irritada la Palomilla.

Y buscó la firma y no la encontró.

Aquella carta era anónima.

—Esta es una infamia y una calumnia—exclamó la Palomilla—, y no se debe creer al que para decir tales cosas se oculta; bien es verdad que es una lástima que no se dé á conocer, porque así podríamos castigarle á nuestro sabor.

—Seguid, seguid leyendo, señora—dijo don Enrique.

La palomilla empezó de nuevo:

"Señor infante, sois un tonto, vuestra mujer os desprecia; vuestra mujer ama, y no es ciertamente á vos á quien ama vuestra mujer; esta noche la ha pasado en el Alcázar, lo que debe inquietaros mucho, porque en el Alcázar vive, y al lado de la reina, el hombre á quien vuestra mujer adora; este hombre se llama en la corte la infanta doña María de Granada; en el campo, en el cerco de Mayorga y en el de Paredes se llamaba el caballero del Aguila Roja; en su aposento ha pasado la noche vuestra mujer, porque la reina confía demasiado en la lealtad de su caballero."

—¡Infames! ¡infames, y mil veces infames!—exclamó la Palomilla.

—Seguid, seguid leyendo, señora.

—"Si dudáis de lo que os decimos, buen infante, preguntad acerca de la infanta doña María de Granada y del caballero del Aguila Roja, al señor infante don Juan Manuel, ó á su señoría el rey, que ya os dirán. Se cree que es un secreto que el caballero del Aguila Roja está disfrazado con traje de mujer, y gracias á su juventud y á su hermosura, al lado de la reina, y que de él está enamorada, hasta la locura, vuestra esposa, y no sólo ella, sino otras damas de palacio; y esto lo va sabiendo todo el mundo, sólo que se murmura por lo bajo, porque todo el mundo teme ser castigado si lo dice en voz alta: pero vos, que sois marido de vuestra mujer, tutor del rey y guarda del reino, debéis atajar estos escándalos por lo que os conviene como marido de una parte, y como guarda de estos reinos por otra, porque tal puede acontecer que la casa se caiga y os coja debajo. Guarde Dios á vuesa merced, señor infante don Enrique, como lo han menester vuestra mujer á quien tanto amáis, y la reina á quien tan bien servís."

—Pero aquí se burlan de vos, don Enrique—dijo lá Palomilla—; dicen que me amáis, cuando no podéis verme, ni os casaisteis conmigo más que por lo que os convenía, y que servís bien á la reina, á quien quisierais ver hecha pedazos. Tomad, tomad y avergonzaos de que se burlen de vos y quieran usaros como arma para malas maquinaciones.

—He visto al infante don Juan Manuel en su posada—exclamó con irritación el infante—; le he preguntado si, en efecto, la infanta doña María de Granada era el caballero del Aguila Roja, y se me ha echado á reir, y cuanto más le he preguntado más se ha reído, y allá le he dejado riéndose; lo que quiere decir que el infante don Juan Manuel se reía porque sabía que os habíais quedado en el Alcázar, en el aposento de doña María de Granada.

—Pues no había de reirse vuestro sobrino—dijo doña Juana—si él sabe bien hasta qué punto es mujer, y terrible é impía la infanta doña María de Granada y de Molina.

—Y el rey...

—¡Ah! habéis ido también á ver al rey, y le habéis dicho... Pues mirad, si yo no me río también de vos, es porque no estoy de humor para reirme, por lo feliz que he sido en mis amores; eso sí, los años pueden más que vos, y estáis ya loco, don Enrique, y os advierto que con vuestra locura os estáis metiendo temerariamente en grandes peligros.

—El rey no se ha reído de mí—dijo don Enrique—, sino que me ha dicho: idos á reposar, mi buen tío, habéis dormido mal y habéis tenido malos sueños; procurad tener de noche á vuestro lado á vuestra mujer, por si os ponéis gravemente malo y necesitáis que os socorran.

—Necesariamente—dijo la Palomilla—; ¿qué otra cosa podría responder el rey á una impertinencia como la vuestra? No seáis loco; por lo pronto, os aconsejo que probéis otro camino, que el que habéis empezado llamando cortes á Cuéllar; la reina lo sabe todo, me ha hablado largamente de ello, y me ha dicho que ella deshará todo el engaño que habéis querido hacer á los personeros de los concejos.

—¡Bah! ¡bah! las cortes de Cuéllar aprobarán la venta de Tarifa al rey moro de Granada, porque esta venta conviene á todo el mundo.

—Cuidad de que vuestro propósito no esté ya deshecho. Cuando yo salía del Alcázar se estaba preparando todo para recibir á los personeros que iban á ir en procesión por toda la villa con el estandarte y los heraldos y el concejo de Valladolid á besar las manos al rey y á la reina.

—¿Qué decís, doña Juana?—exclamó alarmado el infante.

—Lo que oís, don Enrique.

—Pues yo no tengo noticia alguna de eso.

—¿Y qué habéis de saber vos, más que lo que os hace soñar vuestra ambición, y lo que os dicen los que hacen su negocio engañándoos y metiéndoos en malos pasos?

—¡Fernán Dávalos!—exclamó el infante tocando una campanilla de plata que estaba sobre su mesa de despacho.

Se presentó al momento un camarero.

—Vete al Alcázar—dijo don Enrique—, é infórmate de si han ido allá los personeros de los concejos, cuántos son, y si es posible, á qué han ido.

Fernán Dávalos salió, y volvió muy pronto, diciendo:

—En el patio de honor del Alcázar están los timbaleros, los trompeteros, los heraldos, y el estandarte de la villa de Valladolid; y á más de esto, las mulas y los criados de los personeros de los concejos que están en la cámara de honor, y en corte con el rey y la reina.

—Pronto, Fernán Dávalos—dijo el infante, —vísteme de corte á fin de que yo me presente como debo, y como esos imbéciles se habrán presentado, con todas sus galas encima. ¡Ah! no querrá oirme su señoría el rey. ¿Cómo se atreven ni él ni su madre á recibir en corte, no digo yo á los personeros de los concejos, sino á cualquier embajadorcillo que venga con cartas del último reyezuelo de la tierra? Yo soy el tutor del rey, y tengo la guarda de estos reinos por voluntad del difunto rey don Sancho y por decreto de las cortes de Valladolid. Pronto, acaba pronto, Fernán; tráeme la espada de oro que me dejó mi padre el señor rey San Fernando y mi puñal de corte; ¡ah! que enjaecen mi caballo tordillo con paramentos de gala, y que cabalguen para acompañarme mis escuderos.

Fernán Dávalos salió, y don Enrique se quedó solo, porque antes que Fernán Dávalos volviese, había abandonado muy enojada la Palomilla á su marido.

Pero por pronto que estuvieran dispuestos corcel y escuderos para acompañar á su amo como correspondía á su alcurnia, y tratándose de presentarse en la corte, cuando llegó el infante, se encontró con que todo había concluído, y con que los personeros de los concejos bajaban muy gravemente, muy engalanados y muy finchados por las anchas escaleras del Alcázar.

A las diez de aquel día, los personeros de todos los concejos del reino, quién en mula, quién en caballo, quién con paje, quién con escudero, y vestidos todos lo más gravemente posible, empezaron á reunirse en la casa del consistorio, que estaba, como ahora, en la plaza Mayor.

A las diez y media, el concejo de Valladolid salía del consistorio, precedido de sus maceros, sus timbaleros, sus trompeteros y su estandarte, y seguidos de todos los personeros del reino, cada cual pata acá, pata allá en su mula, llevando junto á sí, á pie, un criado ó criados, y cerrando la marcha una tropa de alguaciles del concejo de Valladolid á caballo.

La representación popular de los reinos del señor rey don Fernando el IV, atravesaba solemnemente la noble villa de Valladolid, para ir á cumplimentar al rey y á la reina; los del pueblo, que se agrupaban alrededor de ellos, les decían con los ojos espantados:

—Dios ponga tiento en vuestras lenguas, para que no mandéis que se haga algo que acabe de matarnos de hambre.

El pueblo miraba con cierto reojo á las cortes, porque de ellas no esperaba más que desdichas.

Tan corrompidos estaban entonces los personeros, representantes de las necesidades de los reinos, que todo pobre que pagaba pecho, los miraba como á sus enemigos jurados.

Llegaron con gran pausa y gran contoneo las cortes al Alcázar á las once y media; recibiéronlos el rey y la reina con las damas y camareros, en el primer descanso de la escalera del Alcázar, y fuéronse luego á la gran cámara de Honor, y allí, sin ponerse el rey y la reina en el trono, doña María fué hablando sencillamente con todos los que conocía, que eran muchos, encantándolos con su sencillez, con su dulzura, con su extremada amabilidad, con su gran fuerza de simpatía, apoderándose de ellos, en una palabra.

—¿Cómo os va, Garcillanes?—decía al uno—: cuando yo pasé por vuestra villa de Alaejos, teníais un hijo muy hermoso; desde entonces acá debéis haber tenido algunos más.

—¡Ah, mi noble señora!—decía el personero,

—desgraciadamente tengo hoy cinco, los tiempos están muy malos, y cuesta mucho trabajo y muchas penas criar tanto hijo.

—Dios proveerá—decía la reina.

Y volviéndose á otro, añadía:

—¿Y qué es de vos, Miguel de Santisteban? hace un siglo que no se os ve por acá; antes con mucha frecuencia veníais á servir bajo nuestro estandarte.

—¡Ah, señora!—decía el personero — hace dos años caí de la mula, me derrengué de este costado y no sirvo para nada.

—¡Ah, qué desgracia!—exclamó la reina—yo mandaré á mi físico don Nicolao que vaya á veros, y tal vez os curará, porque es muy sabio.

Y así, hablando á todos de sus cosas, é interesándose por todos, la reina pasó algunos minutos, hasta que al fin ocupó el trono, y los personeros fueron besando la mano al rey y á la reina en señal de homenaje.

Después de lo cual, y desde el trono, la reina les dijo:

—Señores personeros de los concejos de las villas y ciudades de voto en cortes de los reinos del señor rey don Fernando, mi muy amado hijo; bien sé que mi tío el infante don Enrique el Senador, guarda de estos reinos durante la menor edad de mi hijo, el señor rey don Fernando, ha convocado cortes en Cuéllar, con el intento de proponeros la venta de la preciada villa de Tarifa al rey moro de Granada; ahora yo quiero hablaros sobre esto en secreto, y espero que me le guardaréis, y que haréis como después de oirme os aconseje vuestro amor á la patria y vuestra lealtad al señor rey don Fernando, vuestro señor natural.

Sucedió un murmullo general de asentimiento y de amor á la noble reina.

—No olvidéis—continuó la reina—el gran daño que causaría, no sólo á Castilla, sino también á toda la cristiandad, la entrega de ese gran puerto del Estrecho de Gibraltar á los moros, nuestros enemigos irreconciliables; acordáos el mucho dinero que costó á estos reinos el cerco de aquella villa, hasta que se ganó, y que tanto afán y tanto trabajo tomó para ello el rey don Sancho, mi muy amado esposo, que le causó la mala enfermedad de que á la postre murió.

Y la voz de la reina se mojó en lágrimas al pronunciar sus últimas palabras.

Luego continuó:

—Dinero, sangre y rey, rey noble y bravo, nos costó á todos esa fuerte villa, defensa de nuestros reinos, sangre de su corazón, dolor de sus entrañas; muerte de su hijo, costó á nuestro excelente vasallo don Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, el defender á Tarifa de la innumerable hueste del soberbio Aben-Yacub; ¿y querréis que una villa que tanto nos importa guardar, á tal precio ganada, con tal heroísmo defendida, se venda miserablemente á nuestros enemigos que no la quieren para otra cosa que para abrir por ella franca entrada contra nosotros á las bárbaras legiones de Aben-Yacub? No; ni lo creo, ni lo temo: vosotros no os habréis olvidado del honor, de la patria, de la lealtad á vuestro rey, y de vuestra propia seguridad para ceder á las sugestiones del malaconsejado infante don Enrique. Y tened en cuenta, que tan grande es el poder de Aben-Yacub, que si á Tarifa vendiéramos, perderíamos nuestra tierra como se perdió por aquel mismo sitio, en los tiempos del rey don Rodrigo, y que nunca los moros pudieron hacer nada contra nosotros hasta que Tarifa tuvieron; así lo cuenta la historia de aquel tiempo, y desde que se perdió aquella vez, nunca, ninguno de los reyes cristianos hasta el rey don Sancho, mi muy amado esposo, la pudieron cobrar. Además de esto, aunque el infante don Enrique os diga que el rey de Granada da por Tarifa tanto dinero que por él, y en muchos años, se verían libres de pechos estos reinos, no lo creáis, porque yo sé bien que no es tanto lo que el rey de Granada ofrece, que baste para pagar las soldadas de un año á los ricos hombres y á los otros caballeros é hijodalgos que asisten á la guerra, por lo que sería mayor el daño que recibiría vendiendo á Tarifa que el provecho que se sacaría de ello. Y esto os digo, porque lo entendáis bien y verdaderamente, y os aseguro que si vosotros y don Enrique queréis hacerlo, yo nunca lo otorgaré y buscaré medios para impedirlo, y Dios me acorrerá

De tal manera, con tal energía, con tal dulzura, con tal persuasión, con tal sentimiento á la vez, y tan con su alma dijo su discurso la reina á los personeros, que éstos se conmovieron, comprendieron cuánto patriotismo, cuánta verdad había en las palabras de la reina, que juraron todos que por su voto Tarifa no se vendería, y que si eran menester dineros para asegurar en el trono al rey don Fernando el IV, y hacerle triun-

far de sus enemigos, decretarían cuantos servicios con este objeto se les pidiese.

Fué este un gran día de triunfo para doña María, triunfo amargado por la inmediata entrevista que tuvo su tío el infante don Enrique.

Encontróse éste, como hemos dicho, á los personeros bajando de la audiencia con la reina, habló con el uno y con el otro, y todos le dijeron, que puesto que aquellas cortes habían sido llamadas y ayuntadas para tratar de la venta de Tarifa al rey moro de Granada, y ellos eran de acuerdo, porque bien la habían pensado, de que aquella venta no se otorgase, á sus casas se volvían, sin esperar á juntarse en cortes en Cuellar.

Subió con esto irritado el infante don Enrique y en lo que tardó en llegar desde el patio del Alcázar á la cámara de la reina, buscó otro medio, otra nueva exigencia que le indemnizase de lo que había perdido por no poder vender la villa de Tarifa al rey moro de Granada.

Trabajo era de la reina tener que pagar con irritantes mercedes y con insoportables humillaciones los malos servicios de los que ayudaban al rey, no en provecho de éste, sino en provecho propio.

Encontró don Enrique muy contenta á la reina por el triunfo que acaba de alcanzar, y no hubo ya nada que estorbase el cinismo del infante don Enrique.

—Puesto que—la dijo—contra todo mi buen consejo y propósito no se vende Tarifa al rey moro de Granada, de quien la podíamos cobrar luego fácilmente, no soy yo de acuerdo de perder lo pue si el trato que como guarda de estos reinos había yo hecho con el rey de Granada se cumpliera, hubiera tenido; y afírmoos, señora, que yo no permaneceré ni un momento más en la guarda de estos reinos ni en la tutela del rey, si para remunerarme de lo que he perdido y que me ofrecía el rey de Granada no se me dan en señorío las villas de Gormaz y Caltañazor.

Y la reina, viendo que para satisfacer al infante don Enrique no había otro medio que concederle lo que quería, y por que no urdiese otra nueva intriga para vender á Tarifa, y por evitar el desconcierto de que don Enrique dejase la guarda de los reinos y se fuese con los enemigos llevándoles su influencia, y pensando en que cuando su hijo llegase á su mayor edad y se encontrase fuerte, podría invalidar y anular todas las mercedes que la fuerza de las circuntancias la habían arrancado, hubo de otorgar lo que don Enrique quería, y sin levantar mano, y llamando la reina á su canciller don Nuño Pérez de Monroy, abad de Santander, se extendieron los privilegios, y el infante don Enrique se volvió con ellos muy satisfecho á su casa.

—Paréceme qne venís más tratable que os fuisteis, don Enrique—dijo la Palomilla—; algo os han hecho sin duda.

—Aumentamos nuestro señorío—dijo el infante—con el de las villas de Gormaz y Caltañazor.

—Pues á ese paso—dijo la Palomilla—y con lo que yo tengo, dentro de poco vamos á ser los verdaderos reyes de Castilla.

—Y qué queréis—dijo don Enrique—es necesario aprovechar los tiempos como vienen.

—¿Y vuestros celos?—dijo doña Juana.

—Creo muy bien—contestó don Enrique—que el caballero del Aguila Roja ha sido siempre la infanta doña María de Granada, que ahora viste su propio traje.

—¿De veras?—dijo la Palomilla—; pues mirad, hasta hay quien cree que el caballero del Aguila Roja y doña María de Granada, son, aunque hermanos, dos personas distintas.

—¡Ya!—dijo don Enrique—¿y dónde está esa otra distinta persona que se parece tanto á la infanta doña María, y hay quien los cree una persona misma?

—¿Pues dónde ha de estar? en Granada, y sobre el trono.

Echóse á reir el infante don Enrique.

—¡Bah! os han engañado, señora—dijo—; el rey de Granada Abu-Abdala-ben-Mohamed, es un barbudo cetrino, que se parece á la infanta Zayda Fatima, su hermana, como yo me parezco á vos. Quedaos con Dios y luchando con vuestra suerte, doña Juana, que yo, como he comido muy bien con la reina mientras se extendían los privilegios de mi señorío sobre las villas de Gormaz y Caltañazor, me voy á dormir la siesta hasta que se ponga el sol.

—Y yo—dijo la Palomilla—me voy al Alcázar hasta sabe Dios cuándo.

Y los dos esposos se separaron en la buena armonía que ven nuestros lectores.

## CAPITULO XIII

DE LA TREMENDA APARICIÓN QUE TUVO EL SEÑOR DE VIZCAYA, Y DE LAS TERRIBLES COSAS QUE LA APARICIÓN LE DIJO

Nuevas exigencias afligieron á la buena reina doña María.

Su primo el infante don Juan Manuel, mañero siempre aunque joven, y manteniéndose en una dudosa lealtad, habiendo perdido su señorío de Elche, que se lo quitara en su entrada por Murcia el rey de Aragón, vínose á la corte, y como mantenía buenas amistades con su tío el infante don Enrique, le eligió por intermediario, para que por su perdido señorío de Elche le diera la reina el de Alarcón, que era del rey. Como tutor de éste y gobernador del reino, hubiera debido don Enrique negarse á aquella exigencia, porque no era admisible que las pérdidas de señoríos de los ricos hombres y los magnates, causadas por los enemigos, fuesen resarcidas con señoríos de la corona; sobre todo, esto era establecer un mal precedente y dar ocasión á que todos los señores que se encontrasen en el caso del infante don Juan Manuel, pidiesen lo mismo que él pedía, y se descontentasen si no se les otorgaba lo mismo que al infante hubiera sido otorgado.

Muy al contrario de oponerse á esto el infante don Enrique, se alegró y lo tomó por su cuenta, porque según sus torcidas intenciones, cuanto más perdiese la corona y más se debilitase, más podría dominar él y hacerse necesario.

La buena doña María concedió también esto, pensando en un día futuro en que se recobrasen tantas pérdidas.

Por este tiempo, también el rey de Portugal, viendo que no le era fácil la guerra en Castilla, porque doña María se había rehecho, la envió embajadores, á decirla que ya era tiempo de que el casamiento de su hija la infanta doña Constanza con el rey don Fernando, convenido entre él y el rey don Sancho antes de que muriese, y cuyos esponsales se habían ya celebrado, se llevase á cumplida realización.

Pretendía además casase la infanta doña Beatriz, hermana del rey de Castilla, con su hijo el infante don Alfonso, heredero del reino de Portugal; y como si estos dos casamientos fuesen un gran favor otorgado por el rey don Dionis al rey de Castilla, pedía se le diesen las villas de Olivenza, Onquela y Campomayor en Badajoz y San Felices en Ciudad-Rodrigo.

Bien comprendía la reina la grande usura que el rey de Portugal la exigía; pero tendiendo de una parte á concluir la guerra con aquel rey, y por otra á apartarse de la alianza del rey de Aragón y del infante don Juan y del infante don Alfonso de la Cerda, consintió en toda la demanda del rey de Portugal, perdiendo cuatro preciadas villas, para cambiar en amigo á un enemigo, y quitar á sus enemigos una poderosa ayuda.

Señaláronse las vistas de los dos reyes para Alcañiz, y entretanto llegaba el tiempo de estas vistas, como supiese la reina que don Juan Núñez de Lara estaba en la villa de Fompudia, por acabar, ya que no con mercedes, con las armas, con otro poderoso enemigo, tomado consejo á los ricos hombres, prelados y caballeros, acordaron todos, que el rey y la reina con su campo se partiesen para Fompudia á ponerla cerco, y que entre tanto se quedase la reina en Palencia.

Hiciéronlo así, y partió toda la corte con el ejército, lo que es lo mismo que decir que fueron allá con el rey, el infante don Enrique, su mujer la infanta doña Juana Núñez, el infante don Juan Manuel, que aún no se había casado y que molestaba harto á Zayda Fatima: iba además en el ejército, como aventurero independiente sin sueldo, con la compañía franca de los Hermanos de la Selva, el caballero Sin nombre, siempre cubierto, siempre misterioso, al que hemos perdido hace algún tiempo de vista, y que no se separaba de la reina doña María, siendo para ella tan buen servidor y tan buen consejero, como traidor había sido al difunto rey don Sancho.

Don Diego López de Haro sentía cierto escalofrío siempre que junto á él pasaba armado de todas armas y con su larga vesta de luto, el caballero Sin nombre, ó bien cubierto con su sombrío hábito benedictino.

Nada tenía esto de extraño, porque siempre que don Lope Díaz de Haro pasaba junto á su hermano don Diego, fijaba en él de una manera terrible sus penetrantes ojos negros, á través de las aberturas de su antifaz de hierro.

Siempre que pasaban el uno junto al otro, se saludaban ceremoniosamente.

Muchas veces decía don Diego, después de haber pasado su hermano, á los ricos hombres y

caballeros que le acompañaban, haciéndole la corte, porque convenía á su poder:

—Es mucho, es mucho hombre ese caballero sin apellido, sin mote y sin empresa, y gran persona es, porque tiene talante de rey, y su palabra es tal que impone respeto.

Don Diego se había ido alguna vez querelloso á la reina, diciéndola que era recia cosa hubiese en la hueste un capitán de gente de guerra, que parecía gran personaje, y que debía serlo, puesto que pagaba de su propio peculio gran sueldo á una gran mesnada, sin que se le reconociese señorío, y que cosa era de saber cuáles eran las intenciones de aquel hombre, puesto que no se comprendía estuviese siempre sirviendo durísimamente en la guerra sin tener ningún provecho, antes bien gastando bizarramente su hacienda, y que era de advertir que mantenía trescientos caballeros y quinientos ballesteros, lo que no podía mantener el más poderoso rico hombre, empezando por él mismo, y que llevaba ingenios y pertrechos de guerra muy bien aderezados y de gran poder, y que daba más ración y más sueldo que lo que era costumbre, y que sus caballeros llevaban mejores armas, mejores galas y mejores corceles que los de los demás, pudiendo añadirse que en los cercoe de villas y castillos él era el que ponía el campo más cerca de los mur s, y el que combatía más fuerte y más reciamente, y el que más pronto reponía los hombres y los caballos que le mataban.

A lo cual respondía la reina:

—Primo don Diego López, ¿cómo queréis que yo apriete al caballero Sin nombre para que el suyo me diga, si ya más de una vez me ha protestado que su nombre ha muerto, que está con otros que se leen en las historias, que tiene hecho voto solemne de ocultarle, así como el semblante? ¿ni que queréis que yo haga más que agradecer lo bien que me sirve, á un hombre que nada me pide, y que por mí tan valerosamente combate? Dejaos de temores, primo, que si algún intento avieso abrigase el caballero Sin nombre, con la gente que tiene, que es como vos decís, tanta y tan bien mantenida, bien pudiera habérsenos apoderado de algunas villas y castillos, como lo ha hecho sin tanta fuerza mi buen primo don Juan Núñez de Lara.

Ofendióse el soberbio Don Diego López de Haro por la intención que creyó encontrar en las palabras de la reina, sobre aquello de servirla sin mirar al provecho, que hubo de decir sin recato, que á la reina doña María no podía servírsela, porque lo mismo favorecía á los unos que á los otros, llegando hasta el caso de mantener misterios que nadie comprendía, como el del caballero Sin nombre, y que todo aquello era una añagaza, y que el tal caballero Sin nombre no era más que un falsario y que no había tal voto ni tal mantener de su peculio que el aventurero su mesnada, sino que era alguno á quien la reina tenía muy obligado, y que era muy de su confianza, y que la reina lo pagaba todo bajo cuerda, hasta el punto de que cuando faltaban soldadas á los ricos hombres y á los caballeros que hacían servicio por la reina, nunca faltaban y más crecidas, á los caballeros del Sin nombre, y que si la reina tenía esta gente era para meter miedo á los ricos hombres y mesnaderos y caballeros, para que no se separasen de su servicio, temerosos de ser castigados por aquel terrible incógnito.

Como vemos, la soberbia de don Diego López se había revelado, porque mientras él pedía un ojo de la cara, como suele decirse, á la reina por servirla, el caballero Sin nombre la servía mejor y de balde.

Cuando llegaron á Palencia, habiendo acampado fuera de la villa la hueste, allá á la media noche se oyó el temeroso son de una bocina, que turbando el nocturno silencio retumbaba sobre el campo.

Sólo la voz de la tradicional bocina de Roldán podía compararse á la de aquella tremenda bocina.

Había en su sonido algo de lúgubre, algo del otro mundo.

Oyóla en su tienda don Diego López, que andaba desvelado dando vueltas á sus proyectos ambiciosos, y cogiendo su bocina de marfil, que estaba colgada junto á su lecho de campaña, llamó á sus escuderos, que estaban dando la guarda de la tienda.

—Paréceme que llaman á nuestro campo—dijo el señor de Vizcaya, y de una manera tal, que no he oído voz como la de esta bocina en todos los días de mi vida.

—A noticiaros venía yo, señor—dijo uno de los escuderos—, que el que ha llamado y está delante de la poterna es el caballero Sin nombre, que quiere hablar con vos.

—Que entre, pues—dijo con gran extrañeza don Diego López, arrojándose fuera del lecho, poniéndose rápidamente los borceguíes y echán-

dose encima un largo ropón talar ó sobrevesta de velludo rojo que tenía al lado de la cama.

Calóse un birrete orlado por una diadema de infanzón, y dijo á sus escuderos:

—Avivad la luz de esa lámpara, y salid.

Un momento después estaban frente á frente los dos hermanos, conociendo harto don Lope á don Diego, desconociendo completamente don Diego á don Lope, y sintiendo el mismo frío pavor que siempre que don Lope se le acercaba sentía.

Debemos recordar que de tal manera había cambiado la voz del conde, que ni sus parientes ni sus antiguos amigos le habían reconocido, á pesar de que había hablado con ellos.

Llevaba el conde don Lope su arnés redoblado, su túnica blanca, un ancho y largo montante, y al cinto un largo puñal.

Ninguna de estas armas era lujosa, sino de terso y limpio acero.

Ocultaba parte de su brazo derecho en la abertura del pecho de su sobrevesta.

En la mano izquierda empuñaba, como al descuido, una magnífica y gran bocina hecha de un colmillo de elefante, con preciosos relieves, representando cacerías, y borde y boquilla de oro.

Era lo único lujosísimo que llevaba, más que por el valor de la materia por el mérito artístico.

Púsose pálido de envidia don Diego López.

Había reconocido harto bien aquella bocina, que había pertenecido al rey don Sancho IV, lo que demostraba cuánto debía estimar la reina al caballero Sin nombre, cuando le había regalado una prenda que había sido tan de uso de su difunto esposo, cuya memoria sabían todos adoraba la reina.

—Estoy rojo de vergüenza por vos, don Diego López de Haro—exclamó con voz tremenda, sin cuidarse de si era ó no oído por los de afuera el caballero Sin nombre—; estáis manchando con maledicencias indignas de un villano la clara sangre de los Díaz de Haro, con los cuales tal vez me han unido estrechos vínculos, no importa cuáles, ni os metáis á averiguarlo, porque sería lo mismo que si pretendierais saber lo que se oculta en el fondo de la eternidad.

Retrocedió dos pasos, mirando atónito á don Lope, su hermano.

Don Lope continuó:

—Traidores ha habido alguna vez en vuestra familia, pero traidores altivos, reyes feudatarios que se medían con su señor feudal, que le dominaban y le esclavizaban ó perecían despedazados por él; pero nunca ha habido traidores pequeños en vuestra familia, puestos á sueldo como cualquier mezquino mesnadero, menudos maldicientes y murmuradores como vos; y tanto es esto, que cuidad no me canse de que os sigáis llamando señor de Vizcaya, y deje por quince días el servicio do la reina mi señora y os tome vuestro señorío, para librarle de la mengua de teneros por señor.

En vano don Diego quería responder á don Lope; el pavor que éste le inspiraba crecía.

—¿Quién sois?—dijo barbotando sus palabras—; ¿quién sois que así me aterrais?

—¿Pues no sabéis vos quién soy yo?—contestó don Lope, cuya tremenda severidad crecía.—¿Pues qué no soy yo un aventurero oscuro, un miserable, tal vez un golfín del Muradal, á quien la reina tiene á su servicio, como pudiera tener á un perro de presa, que se finge rico, poderoso, generosísimo con sus caballeros, puesto que los tiene mejor armados, mejor asoldados, mejor mantenidos, mejor montados que los demás que tienen gente á sueldo, cuando todo esto es mentira, porque todo esto lo paga secretamente la reina doña María, sin que nunca falte, ni aun cuando falta para los demás? ¿No habéis dicho vos esto á todo el mundo, sembrando en la hueste el descontento contra esa noble señora, digna de mejores servidores, y el odio y la envidia contra la brava, contra la invencible compañía franca de los Hermanos de la Selva? Decid: ¿es digno de llevar el apellido de Haro quien desciende á tales miserias? ¡Ah! Estoy cansado hace mucho tiempo de vos. ¿Quién hizo levantar el cerco de Paredes, obedeciendo á sugestiones de ese traidor infante don Enrique, cuando la villa estaba próxima á rendirse, cuando hubiéramos podido tomar presa la familia del rebelde infante don Juan, haciendo cambiar la faz de la guerra? Vos, que no queréis que la guerra se termine, porque en ella tenéis vuestra granjería; vos y vuestro hermano el mezquino don Nuño, á quien Dios perdone sus ruindades. ¡Qué vergüenza! ¡Qué ignominia! ¡A qué extremos tan miserables han llegado los nobles castellanos! Hoy no se comprende la lealtad; hoy se desoye la voz de la patria, que grita dolorida: hoy se desgarran sus entrañas por un miserable provecho, por una repugnante sed de dominio; hoy los traidores se enlazan á

los traidores como la hiedra á la hiedra, acometiendo la torre fuerte que no pueden destruir por más que crezcan agarrados á ella, elevándose en ella, cubriéndola de un revestimiento que oculta sus ricas labores. ¡Ah! ¿Y creéis que la traición puede ser constante, que los traidores no destruirán á los traidores, debilitándose con una continua lucha de lobos rabiosos? ¿Qué habéis hecho de vuestro temor á Dios, de la limpieza de vuestro honor, de lo sagrado de vuestros juramentos? Acometeis todos al árbol secular, y pretendeis roerle las raíces, pero en vano, porque las raíces de ese árbol están defendidas por la durísima roca del tiempo, de la historia, de la conveniencia. ¡Ah! Pero vosotros no pensais en nada de esto; el honor, la lealtad, la patria, la justicia, Dios, son en vuestras bocas palabras vanas, farsas repugnantes, que no salen de vuestro corazón, y que murmuran fríamente vuestros labios; no, vosotros sois la sanguijuela hidrópica de sangre, que chupa y chupa y chupa, sin saber que la sangre que la hincha ha de matarla; no, vosotros sois los grandes bandidos, los grandes miserables, los grandes infames que ensangrentais estos pobres reinos desvalidos y los reducís al hambre, á la peste, á la desesperación; no, vosotros sois los malditos de Dios, permitidos de Dios como un castigo; no, vosotros sois la carcoma, la vergüenza, la ignominia de la patria; ¿qué tiene de extraño que no comprendais la lealtad, el desinterés, la grandeza, el heroísmo, y los calumnieis y pretendais envilecerlos, porque si los reconoceis os sentenciais á vosotros mismos? No habéis podido desconocer la grandeza de Guzmán el Bueno, y también le hubéis mordido, venenosos, llamándola locura; el ladrón que no puede comprender al hombre honrado, llama cobarde y necio al que no roba; no le concede que deje de robar por virtud, por respeto al derecho de los demás, por la conciencia de su propia dignidad. ¡Oh, qué tiempos y qué generación! ¿Con qué tinta escribirá la historia vuestros hechos? con tinta de cieno y sangre. ¿Con qué desprecio no apreciará vuestras acciones? ¡Ah, don Diego, don Diego! no os digo que volvais en vos, porque de la mano de Dios estais dejado como el infante don Juan, el infante don Enrique y don Juan Núñez de Lara y todos los miserables castellanos que con ellos son, y si vos no os vais con ellos, es porque todavía le queda alguna sangre á esa pobre, á esa desventurada, á esa incomparable reina, á esa mártir; y el día en que vos y los otros que miserablemente la sirven robándola, porque cobrais vuestros sueldos y exigís mercedes sobre mercedes y no combatís, la hayais sacado hasta la última gota, entonces la abandonareis y vendreis con los otros raposos infames á darla el golpe de gracia.

El señor de Vizcaya temblaba de los pies á la cabeza; le parecía que la voz de la conciencia le hablaba desde la eternidad, y no se atrevia, no podía romper su silencio de terror, parecía como que una helada mano de mármol, oprimiendo su garganta, ahogaba en ella la voz.

El conde don Lope continuó:

—Y oid, don Diego López de Haro, señor de Vizcaya; no he venido aquí solamente á reprenderos, á conminaros por la grosera y miserable calumnia que os habéis atrevido á lanzar contra mí; yo la desprecio, yo no desciendo á tales ruindades, otro objeto más alto me trae, no quiero que se repita el traidor escándalo de Paredes; sobre Fompudia vamos, y vamos sobre Fompudia por la cabeza del rebelde don Juan Núñez de Lara; que no acontezca lo que aconteció en Paredes, porque vive Dios que si una vez sobre la villa, no la combatís por la parte que os toque reciamente como es vuestra obligación, ó si dais la menor señal de levantar vuestro campo, á vos me torno, os desafío en combate do solo á solo, libro á la reina de un traidor, arrojo puñados de oro á los de vuestra mesnada y la hago hacer lo que vos no hayais querido que haga, y en señal de que no miento, mirad.

Y acercándose rápidamente á su hermano, se quitó el antifaz, y le dejó ver por un momento su semblante, volviendo á ponerse la ferrada máscara.

—¡Hermano! ¡hermano!—exclamó don Diego López.

Se oyó una carcajada hueca, terrible, debajo del antifaz del conde don Lope.

—¡Tu hermano!—dijo—; los muertos no se levantan de su tumba. Olvídate, olvídate de que has creído ver á tu hermano primogénito, no lo digas á nadie, porque puede acontecer muy bien, que la sombra de tu hermano te se aparezca y te haga morir de terror.

Y tras estas palabras, el conde don Lope salió, y dijo á los guardas que todo lo habían oído menos el último período, y que estaban tan dominados y tan aterrados como su señor:

—Id, precededme, franqueadme la poterna.

Y marchó rígido, precedido por los guardas terrerosos.

Salió, y se perdió entre las tinieblas en dirección al campo de la compañía franca de los Hermanos de la Selva.

## CAPITULO XIV

EN QUE SE HABLA ALGO DE HISTORIA Y SE TRATA DE UNAS BODAS Y DE UNAS FIESTAS REALES, Y SE CONTIENE UNA CONVERSACIÓN DE DOS ANTIGUOS CONOCIDOS.

Esta entrevista, que podía llamarse fantástica, entre los dos hermanos, no influyó en el suceso del sitio de Fompudia.

El rey, que había llegado á Palencia desde Valladolid, siguió con la hueste hacia Fompudia, sobre la que amaneció al día siguiente, acometiendo desde el momento á la villa.

Pero importábale poco á don Juan Núñez de Lara del rey, porque era mozo é inexperto en las cosas de la guerra.

Don Diego López de Haro, estaba enfermo de terror por la aparición de su hermano, de la que no había dado noticias á nadie, y no hacía cosa con concierto, ni que de provecho fuese.

Acometían sus mesnaderos bravamente la villa, pero tan mal dirigidos, que eran siempre rechazados.

Al maestre de Santiago don Juan Ozores, no le iba mucho mejor, ni á los otros mesnaderos que al rey servían, siendo infructuosas las escaladas, y adelantándose muy poco con los ingenios.

La compañía franca pugnaba acometiendo á la villa por la parte de su campo, haciendo gran estrago en los defensores, y rechazándoles en las salidas que hacían.

Pero don Juan Núñez de Lara tenía dentro de la villa mucha y muy brava gente de guerra, y se defendía más de lo que hubieran deseado los cercadores, y contestaba con mofa á las intimaciones que el rey le hacía de que se rindiese.

Así pasaron cuatro días, sin que se hubiese adelantado otra cosa que aportillar un muro viejo, cuyo portillo defendieron enérgicamente los de adentro, reparándolo durante la noche, y al fin la reina determinó marchar de Palencia para Fompudia, con el intento de animar con su presencia á los cercadores.

Salió de Palencia al quinto día muy de mañana, y envió un anuncio de que llegaría al real sobre Fompudia á la hora de comer.

Saliéronla á recibir el rey, el señor de Vizcaya, el maestre de Santiago y los demás ricos hombres y mesnaderos, y viendo don Juan Núñez de Lara todo aquel movimiento de gente desde lo alto de una torre de la villa, preguntó adónde iban, y le respondieron que iban á recibir á la reina doña María.

Tal pavor le entró á don Juan Núñez de Lara al saber la llegada de la reina, porque la temía á ella sola más que á todos los que le cercaban, que se dió por de todo punto perdido.

Y cuando la reina había llegado con el infante don Enrique y con la mujer de éste y con Zayda Fatima y con algunos caballeros que la acompañaban, habló con todos los capitanes del campo, y los excitó para que al otro día combatiesen en toda su poder la villa, y que del cerco no se partiesen hasta que la hubiesen ganado.

Tales razones les dijo, de tal manera les afeó su flojedad y su impericia, que todos juraron tomar la villa, ó perecer delante de sus muros.

Súpolo todo don Juan Núñez aquella misma noche por sus espías, y que los de la reina habían prometido cogerle preso ó muerto, y le entró tal miedo, que aquella noche en el punto en que sonó la queda y estuvo toda la gente de la vida sosegada, partió de ella con solos diez hombres de á caballo, yéndose á su villa de Lobaton.

Sintió gran pesar de esto la reina, cuando por la mañana lo supo, y reunido consejo de capitanes, y consultado lo que se debía de hacer, acordaron, que puesto que era inútil seguir á don Juan Núñez, porque iba de huida, y no pararía si sabía que le salían al alcance, y llegando ya el plazo fijado para las vistas entre la reina y el rey de Castilla y el rey de Portugal, se dejase por entonces aquello, que tiempo quedaba para castigar á don Juan Núñez, que por entonces iba bien escarmentado, y con más deseos de verse en tierras de Aragón que de intentar nuevas cosas en Castilla.

Volvióse la Corte á Valladolid, donde permaneció ocho días, pasados los cuales, y llevando consigo la reina á la infanta doña Constanza, que como desposada de Fernando IV, y aun como rehenes del rey de Portugal había tenido

consigo, partió toda la corte para Toro, y de allí pasó á Zamora, donde permanecieron hasta que supieron de cierto que ya venía el rey de Portugal.

Pasaron entonces á Alcañiz, adonde al otro día de haber llegado la corte llegó el rey don Dionís.

Durante el tránsito de la corte desde Valladolid á Alcañiz, unióse á ella Guzmán el Bueno, que no quiso la reina que las bodas del rey se hiciesen sin que asistiese á ellas aquel lealísimo vasallo, que tan bien había cumplido la promesa que había hecho al rey don Sancho en su lecho de muerte de defender la corona de su hijo. Y no era poco lo que don Alfonso Pérez de Guzmán había hecho como adelantado de la frontera del reino de Granada, conteniendo bravamente al rey moro, para que no entrase por tierras de Castilla á empeorar los negocios del rey ayudando á sus enemigos.

Celebráronse con grande ostentación las bodas del rey don Fernando con la infanta de Portugal, que aún era muy niña, y al mismo tiempo se celebraron las de la infanta doña Beatriz, más niña aún, con el infante don Alfonso de Portugal heredero de aquel reino.

Afirmóse el pacto de amistad y de alianza perpetua entre el rey de Castilla y el de Portugal, y éste dió al primero trescientos buenos hombres de guerra, acaudillados por el conde Juan Alfonso de Alburquerque.

Hubo justas, toros, cañas, luminarias, danzas, músicas; se lucieron como grandes justadores don Alfonso Pérez de Guzmán, don Juan Alfonso de Alburquerque, el alferez Zancudo, que se había hecho un grande hombre de armas, y dos hermanos llamados Pedro y Juan de Carvajal, que asistían á la corte como camareros de la reina.

Naturalmente, para que se luciesen unos, tenían que deslucirse otros.

Tocóle, por contrario, á Guzmán el Bueno, don Diego López, y le hizo medir la arena del primer encuentro.

Combatióse Alburquerque, con Fernán Díaz de Padilla, comendador de Uclés, y le hizo saltar fuera de los arzones, como si hubiera sido de paja.

Zancudo entrecogió á un montañés gigantesco, que se llamaba Pero de Loaisa, y era escudero del maestre de Santiago don Juan Ozores, y le desgobernó de tal manera, que tuvo que quedarse en Alcañiz cuando se fué la corte, y en un mes largo, á pesar de bizmas y de remedios, no pudo moverse sin que le doliesen los huesos.

En cuanto á Pedro de Carvajal, había afrentado á Juan Alfonso de Benavides, camarero del rey, esquivándole al ir á encontrarle, arrebatándole una banda azul en que llevaba por divisa el nombre de una dama de la reina que se llamaba Estrella; y en la segunda carrera, encontrándole y lanzándole por la grupa del caballo á una gran distancia.

En cuanto á Juan de Carvajal, había enganchado por el capuz del camisote á Gonzalo Gómez de Caldelas, trinchador del rey, grande amigo de Juan Alfonso de Benavides, grande adulador como él, y gran traidor, que volvía en su provecho el oficio que á la indiscreta confianza del rey debía.

Arrastróle Juan de Carvajal, estropeóle el rostro, que fué lo peor que podía haber hecho, porque Gonzalo Gómez de Caldelas se preciaba de lindo, y le puso tal, que su misma madre no le conociera.

—¿Y aquí estais vos?—decía de mal humor aquella tarde al oscurecer el alférez Zancudo á Diego de Morón el Zurdo—que llevaba detras de sí a su acólito, esto es, Jusepillo; no me dejais ni á sol ni á sombra: ya decía yo; ¿quién es ese bulto que pegado á otro bulto más chico se me viene detrás? y érais vos; vos, mi espíritu foleto; vos que se me os vais haciendo ya una postema; vos, á quien no puedo despegar de mí.

—Vamos, don Melchor—dijo el buen Diego de Morón—que ya sé yo que no os pesa de la afición que os tengo, y que hace que no me halle sino cuando estoy cerca de vos.

—¿Y quién os ha dicho que á mí no me pese de tanto cansancio, señor Diego de Morón? ¿A quién le gusta tener un pegadizo que se entere de todas sus acciones, que va á todas partes donde él va, y que se mete en todos los lugares donde él se mete?

—Poco á poco, que yo no me meto nunca, y esto porque no puedo, en la morada de la señora infanta doña Juana Núñez, y en el departamento donde habita mi señorá doña María de la Cinta.

—Cuando digo yo que es una desgracia tener amigos como vos, señor Diego el Zurdo, que como siempre están encima, saben necesariamente lo que uno hace y lo que deja de hacer:

pues sabed, señor mío, que yo guardo para que sea mi esposa á doña María de la Cinta, y que como á tal la respeto, y que si entro, si no entro en su aposento, no es sino porque nos amamos tiernamente, y nos complace mucho decirnos ternezas: qué, ¿soy yo como vos, que tan olorosa habéis puesto á la otra desdichada doncella de la infanta, Petra Juana, que ya no se puede resistir el olor á lo que huele?, señor mío, yo soy platónico y vos sois herrador.

—A propósito, porque soy herrador no me aparto de vos esta noche hasta que me convidéis á cesar grandemente, porque sí, y porque gran parte de lo que os habéis lucido en las justas, lo debéis á lo bien que os herré esta mañana el caballo, y á ciertas friegas y untos que le dí en los ijares y detrás de las orejas, con cierta cosa que yo me sé.

—¡Ah! ¿tenéis también virtud para los caballos? hombre, pues bueno es saberlo; de hoy en adelante no entro en batalla como no me hayais adobado el caballo convenientemente para ser invencible: á propósito, bien podiais gobernarme esta muñeca, que tal latigazo me dió en ella con su lanza aquel jayán sin saber lo que hacía por haber errado el bote, que me escuece que me rabia.

—¿Sí? Pues descuidad, señor Zancudo, que mientras cenamos yo os arreglaré eso.

—¿Y dónde vamos á cenar, pecador de mí? Que yo no conozco á este pueblo, y no sé si hay en él bodegón ú hostería en que se pueda comer buenamente; porque habéis de saber que desde que soy caballero no me contento yo con cualquier bodrio, ni con vinillo matalote, que el gusto mío es comer únicamente, y no quiero comer ruindades.

—Pues decía el señor rey don Alfonso, aquel que llamaban el Sabio, que el buen caballero debe ser sobrio, y contentarse si á mano viene con un puñado de bellotas, y tener como regalo un pedazo de pan, aunque fuese tan duro que hubiese necesidad de enviarle al molino.

—El rey don Alfonso decía eso refiriéndose á los casos apretados y de poca comodidad, que bien sé yo, aunque no le he visto, que al susodicho rey don Alfonso le gustaban grandemente los buenos bocados.

—El faisán le gustaba mucho á su señoría.

—Pues ahí veréis, y que no sería sólo faisán lo que aquel rey sabio embaulase; desengañaos, el hombre hombre ha nacido "ad emendum, ad bibendum, ad amandum, ad dormiendum, quia cœtera nulla sunt"; lo que quiere decir, porque os habéis quedado confuso, que el hombre ha nacido para comer, para beber, para amar y para dormir, y que todo lo demás es nada; y los que seguimos la estrecha ley de la caballería, señor Zurdo, y nos aperreamos andando de día y de noche á caballo, con el arnés á cuestas, y comemos mal y bebemos peor con suma frecuencia, y dormimos sobre la dura tierra, siendo para nosotros un regalo si logramos por lecho verde césped, y por techumbre la copa de alguna haya, y nos pasamos semanas y meses sin ver más hembras que la estrella Venus cuando sale por la noche, y á la descarnada y horrenda muerte cuando nos revolvemos entre las haces enemigas; si todo esto sufrimos, digo, y otras mil perrerías y trabajos que no relato por prolijos, y porque vos los conocéis tan bien como yo, no lo hacemos con otro fin que con el de ganar algún señorío, en el cual, y dentro de fuertes muros y almenadas torres, podamos reposar en lecho de pluma, comer holgadamente á manteles de cuantas buenas cosas cría la ancha mar, los caudalosos ríos, la umbrosa selva y el infinito espacio, en compañía de atguna noble matrona, nuestra esposa digo, criando á nuestros hijos como Dios y la honra mandan, y encaminándolos por el buen sendero de la verdadera caballería, á fin de que después de que hayan sufrido todos sus trabajos, gocen de la biendanza de que nosotros gozamos, ostentando con la frente alta y la conciencia limpia nuestras luengas y honradas canas. Pero á todo esto, señor Diego de Morón, ¿adónde vamos por esta pendiente, pedregosa, oscura, estrecha y fementida calle?

—¿Adónde hemos de ir sino en demanda de la cena, y del agua milagrosa con la cual voy á gobernaros la muñeca? A la plaza del Castillo vamos, donde hay una brava hostería en que han tomado aposento muchos nobles y ricos caballeros de la corte, y los camareros de su señoría la reina, que aunque son muchos, y de buen diente, como gente gorda, la avaricia del hostelero por la ganancia, ya habrá hecho provisión bastante para que para nosotros haya algo craso y sabroso.

—Pues mirad que sin saber cómo me habéis llevado por mi camino, porque á la hostería de la Cruz de Fuego, que así se llama esa que decís, que está en la plaza del Castillo, iba yo,

porque allí se aposenta nuestra señora en toda un ala que ha tomado para sí y sus doncellas; y habéis de saber que cuando me dió el grande anillo de oro que gané por premio de la justa en que nuestra señora ha sido la reina, me dijo:

—"Zancudo, id á verme esta noche, necesito hablaros: os espero á la queda."

—Pues desde aquí á la queda—dijo Diego de Morón—nos podemos comer un cochinillo tostado, si lo hubiese, un par de ánades y alguna otra bagatela.

—Tenéis razón, amigo Zurdo—dijo Zancudo—, y yo me alegro de que os hayáis venido pegado á mí, porque ¿qué me iba yo á hacer desde ahora que oscurece hasta la queda, que bien se pasarán dos horas? Conque buen brío para ejercitar el diente y buen acierto para ese licor maravilloso, con que habéis de curarme la muñeca, que me duele que me rabia; y como supongo que habréis necesidad de enviar á Jusepillo á vuestra posada, á fin de que busque en la caja de vuestros ungüentos esa famosa medicina, mandadle cuanto antes, que ya tendrá tiempo en viniendo de roer los huesos.

—Dígoos—contestó el Zurdo—que ni Jusepillo roe esta noche huesos, porque es la noche del gran día en que habéis ganado un gran premio, ni es menester que vaya á buscar en mi arca de medicinas la que para vos necesito, que en la hostería nos la harán.

—Hermano Zurdo, yo no me meto en lo de si la harán en la hostería ó si no la harán la medicina, porque ya sabréis vos lo que os decís; pero lo que yo os digo es que ni aquí ni en el imperio del Gran Turco habréis visto que se siente á par de un caballero y á los mismos manteles un muchacho de fuelle.

—Buen mantel es para Jusepillo el suelo—dijo Diego de Morón—, y con tal de que se le den buenos bocados, quedaráse él muy contento de la mesa.

—Pues no se diga más, y como estamos en la plaza del Castillo enderecemos hacia la hostería, que, mirad, tiene señalada su cruz de fuego, que de día es colorada, con cinco candelillas, una en la punta de cada brazo y otra en medio.

—Oid, oid qué música tan regalada sale del castillo, y mirad qué iluminación tan galana se ve por el cañón de la poterna.

—Como que allí tiene "gaudeamus" la corte por las bodas, y hay sarao, y juglares, y trovadores, y farsantes, y allá estará nuestra señora hacha un arcángel, y me parece á mí que aunque nos estemos cenando hasta después de la queda, no haré falta, porque ya será bien mediada la noche cuando la fiesta real se acabe y vuelva la señora á su posada.

Y en esto entraban por el gran zaguán de la hostería Zancudo y el Zurdo, y detrás de ellos Jusepillo.

Colárónse nuestros personajes en un gran patio, acometieron á uno que parecía de la casa, y le preguntaron que dónde podrían meterse para cenar algo qué, prometiendo que harían buen gasto, para que les dieran buen aposento.

Echó en silencio el preguntado, que era un mozo motilón, para adelante, subió por unas escaleras y metió á los que le seguían en un trozo de salón, y decimos en un buen trozo de salón porque se había hecho una especie de separación como para tener un aposento más, con unos tapices y unos lienzos viejos clavados al techo, á las paredes y al suelo y convenientemente atirantados.

En aquel espacio, aunque pequeño, había tres camas fementidas, de esas que se encuentran aún en las posadas de los pueblos.

El sirviente encendió dos bujías de cera que estaban sobre una negra mesa, y dijo mientras las encendía:

—Pues podéis dar gracias á Dios de que en toda la hostería haya quedado este aposento sin ocuparse, que todo lo demás está lleno de mucha y muy noble gente.

—Pues sin dar gracias á Dios—dijo Zancudo—porque lo mismo hubiéramos cenado mi compañero y yo en un rincón de la cocina, decidnos si podéis traernos de cenar algo que al riñón se pegue, y que pueda dar gusto al delicado paladar de dos hidalgos ricos, acostumbrados á buena mesa.

—De empanadas—contestó el mozo—, hay de cuantas podéis imaginar.

—¿Haila de perdiz, ó de liebre, ó de conejo?

—Pues no hay otra cosa de sobra en la hostería.

—Venga, pues, una de las mayores—dijo Zancudo.

—¿Y hay lechón?—preguntó el Zardo.

—Hailos de todos pesos, desde una arroba hasta dos libras.

—Pues traed dos de á cuatro—dijo Zancudo—y así no tendremos que quedarnos ni el uno

ni el otro con la gana de una de las partes que nos guste más, porque en el lechón nada hay de desperdicio.

—Que sean tostados y bien tostados—dijo el Zurdo.

—¿Y qué más?—preguntó el mozo.

—¿Hay ánade?—dijo el Zurdo.

—Sí, señor, hailas chicas y hailas grandes.

—Pues traed dos de las medianas.

—¿Y qué más?

—Cuando nos hayamos comido eso—dijo Zancudo—y queráis traernos más, subíos para cada uno de nosotros un nuevo estómago, bergante; pues qué, ¿acaso somos lobos ó adolecemos del feo vicio de la gula? Lo que os hemos pedido es una cosa razonable, que cualquiera se la come, pero lo demás sería un repugnante exceso: ea, añadid á eso una ensalada abundante, un par de morcillas con los lechones, y vino, así como media cántara, que no queremos excedernos.

El mozo no se movía.

—Qué, ¿no os vais?—dijo Zancudo.

—Os diré—contestó el mozo—, cuando le pidenpor personas á quienes no se conoce y que van de paso, cosas que montan unos diez maravedises viejos, hay que anticipar la paga, y vosotros habéis pedido lo que monta á más de cincuenta maravedises.

—¿Cómo, bergante, á un caballero te atreves?—dijo Zancudo indignado—; pero, en fin, ahorremos de disputas que entretienen el tiempo y dan largas al hambre: toma estas dos doblas alfonsinas, y para que llegue á lo que valen, añade sobre lo que hemos pedido lo que te parezca.

—Esto ya es distinto—dijo el mozo—; y perdonad, caballeros, que el que no sabe, es como el que no ve, y hemos sufrido grandes chascos en sólo dos días que hace que está aquí la corte.

—Que no vayamos á perder más tiempos con vuestras disculpas que el que hubiéramos perdido con la disputa.

Giró el mozo para irse, y Diego de Morón exclamó.

—¡Ah! detente, hombre.

FIN DEL TOMO TERCERO

# La libertad de la Cátedra.

## Asalto de la Universidad de Madrid por la policía en 1884.

Esta obra del ilustre catedrático don Miguel Morayta, relata uno de los episodios más dramáticos de la vida universitaria española. Se lee con el mismo interés que una novela y con la misma emoción que un documento histórico. El asalto y clausura de la Universidad Central por la policía, las cargas en las calles, los sucesos del Noviciado y en la Facultad de Medicina, la prisión de los estudiantes, todos los hechos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos asociándose á la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos. La velada que los escolares madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad*. La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver.

Por último, la definitiva conquista de la libertad de la Cátedra por la que había luchado denodadamente todo el Cuerpo escolar.

Esta interesantísima obra se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos á la Editorial Española Americana, Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado de correos 376.

# Novísima Historia Universal,

desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV, por ERNESTO LAVISSE, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París, y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, Profesor de la Universidad de París. Traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. La Historia Universal más moderna y más barata del mundo. 20.000 retratos de hombres célebres, estatuas, cuadros, armas, monedas, monumentos, artefactos militares, naves antiguas y modernas, ídolos, costumbres populares, grabados de época, autógrafos, edificios y monumentos, reconstrucciones, historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en numerosas láminas de colores, mapas, planos, etc.

Tomo I.—Introducción á la Historia, por Michelet.—El hombre primitivo, por E. Lagrange.—Historia antigua de los pueblos de Oriente, por G. Maspero.

Tomo II.—Historia del pueblo de Israel, por Ernesto Renán.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán.

Tomo III.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán *(continuación)*.—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy. Obra premiada por la Academia francesa.

Tomo IV.—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy *(continuación)*.—Historia de la República romana, por Michelet

Tomo V.—Historia de la República romana, por Michelet *(continuación)*.—El Imperio romano, por Víctor Duruy.—Historia de la literatura romana, por Alexis Pierron.

Tomo VI.—Los orígenes (395-1095).

Comienza en este tomo y prosigue en los sucesivos hasta el fin de la obra, la magnífica **Historia Universal, desde el siglo IV hasta nuestros días,** escrita bajo la dirección de los académicos Ernesto Lavisse y Alfredo Rambaud, por lo más notable de la Ciencia francesa.

Tomo VII.—La Europa Feudal.—Las Cruzadas (1095-1270).

Tomo VIII.—Formación de los grandes Estados 1270-1492).

Tomo IX.—Renacimiento y reforma.—Los nuevos mundos (1492-1559).

Tomo X.—Las guerras de religión (1559-1648).

Tomo XI.—Luis XIV (1643-1715).

Tomo XII.—El siglo XVIII (1715-1788).

Tomo XIII.—La Revolución francesa (1789-1799).

Tomo XIV.—Napoleón (1809-1815).

Tomo XV.—Las Monarquías constitucionales (1815-1847).

Tomo XVI.—Revoluciones y guerras nacionales (1848-1870).

Tomo XVII.—El mundo contemporáneo (1870-1900).